

TOMOS		TOMOS	
Moratin.—Poesias....	148	Cartas escogidas....	160
Alocuciones militares.	149	Conocimientos útiles.	161
Fray Luis de Granada — Sermones....	150	Vocabulario artistico.	162
Canciones patrióticas..	151	Epigramas clásicos...	163
Discursos selectos. 152 y 154	151	Chateaubriand. Viajes.	164
Compendio del «Quijote».....	153	Iriarte y Samaniego.—	
Curiosidades históricas	155 y 156	Fabulas.....	165
Máximas y pensamientos	157	Romancillos anónimos.....	166
Romancero popular...	158	Baltasar Gracián.—El Discreto.....	167
Curiosidades literarias.....	159	Lope de Rueda.—Pasos y comedias	168
		Lope de Vega.—La moza de cántaro....	169

BIBLIOTECA CLÁSICA

CLÁSICOS—Tomo III



DRPS
FA
1264

UNIVERSITAT D'ALACANT
Biblioteca Universitaria



0500776319

PERLADO, PÁEZ Y C.^a (SUCESTORES DE HERNANDO)

Arenal, 11. — Madrid

TOMOS		TOMOS	
Moratin.—Poesias....	148	Cartas escogidas....	160
Alocuciones militares.	149	Conocimientos útiles.	161
Fray Luis de Grana-		Vocabulario artistico.	162
da.—Sermones.....	150	Epigramas clásicos...	163
Canciones patrióticas..	151	Chateaubriand. Viajes.	164
Discursos selectos. 152 y	154	Iriarte y Samaniego.—	
Compendio del «Quijo-		Fabulas.....	165
te».....	158	Romancillos anóni-	
Curiosidades históri-		mos.....	166
cas..... 155 y 156		Baltasar Gracián.—El	
Máximas y pensamen-		Discreto.....	167
tos.....	157	Lope de Rueda.—Pasos	
Romancero popular...	158	y comedias.....	168
Curiosidades litera-		Lope de Vega.—La	
rias.....	159	moza de cántaro....	169

BIBLIOTECA CLÁSICA

Colección de las obras más selectas de clásicos griegos, latinos, españoles, ingleses, alemanes, italianos, franceses, etc., etc.

Se publica en tomos en 8.º de 400 á 500 páginas.

Todas las traducciones son directas del idioma en que han sido escritas las obras originales, y están hechas por personas competentes.

Precio de cada tomo: 3 pesetas en rústica y 4 pesetas encuadernado en tela ó pasta.

Van publicados 230 tomos, que pueden adquirirse por subscripción tomando los volúmenes que se deseen.

DIRECCIÓN:

PERLADO, PÁEZ Y C.ª (SUCESTORES DE HERNANDO)

Arenal, 11. — Madrid

Ossian. POEMAS GAÉLICOS — Tomo III

90



VOLUMENES EN VENTA

TOMOS		TOMOS	
Romancero del Cid....	1	Eusebio Blasco.—Poe-	
La Celestina.....	2 y 3	sías.....	41
La Edad Media.....	4	Victor Hugo.....	42-44-83
Fray Luis de León y		Poesías mejicanas....	45
San Juan de la Cruz.	5	Melo.—Guerra de Cata-	
Poesías alemanas....	6	luña.....	46-47-49
Proudhon.....	7	Campoamor.....	48
Romancero morisco... 8 y 10		Mesonero Romanos..	51 y 52
Cervantes.—Novelas..	9	Bossuet.—Oraciones	
Herculano.—Novelas..	11	fúnebres.....	53
Espronceda.—Poesías.	12 y 19	Mirabeau.—Discursos.	54
Goethe.—Werter.....	13	Eurípides.....	55
Larra.—Artículos.....	14 y 15	Voltaire.....	56
Romancero caballe-		Victor Balaguer.....	57
resco.....	16	Escritoras españolas..	58
Tesoro de la poesía cas-		Nicolás Gogol.....	59
tellana.....	17-18-20-22-30	Poetas americanos....	60
Dante.—Tasso.—Pe-		Jovellanos.....	61-80-81
trarca.....	21	Poetas contemporá-	
Firso de Molina.....	23	neos.....	62 y 64
Calderon de la Barca..	24-138	Lord Byron.—Poemas	63
Fray Lope de Vega....	25	Ventura R. Aguilera..	65
Zorrilla.....	26	Marco Polo.....	66
Quevedo.....	27-36-91-94	Cristobal Colón.....	67
Soulié.....	28-32-43-50	El Universo en la Cien-	
Balzac.....	29	cia.....	70
Santa Teresa.....	31	Poesías inéditas de Cal-	
Alarcón.....	33	derón.....	71
La perfecta casada....	34	Argumento de Amadís	
D. Ramón de la Cruz.	35 y 133	de Gaula.....	72
Moratin.....	37	Lope de Vega.—Nove-	
Lope.—Niño de Molina	38	las.....	73
Castillejo.....	39	Demóstenes y Esquines	74
Schiller.—Dramas.	40-68-69	Fabulistas extranjeros	75

BIBLIOTECA UNIVERSAL

Biblioteca de
RUSSELL P. SEBOLD

BIBLIOTECA UNIVERSAL

COLECCION

DE LOS

MEJORES AUTORES

ANTIGUOS Y MODERNOS

NACIONALES Y EXTRANJEROS

TOMO III

OSSIAN

BARDO DEL SIGLO III

POEMAS GAELICOS

TRADUCCION EN VERSO

DE

DON ANGEL LASO DE LA VEGA

TOMO XC

MADRID

Imp., lit. y est. de LA BIBLIOTECA UNIVERSAL
Calle Fuencarral, 137.

1883

MADRID

DIRECCION Y ADMINISTRACION

Madera, 8, bajo

1883



FA DRPS FA/1254

0500775319

CRUTHLODA
POEMA EN TRES CANTOS

CRUTHLODA

POEMA EN TRES CANTOS (1)

CANTO PRIMERO

Fingal, esposo hacía dos años de Roscrana, hijade Cormar, rey de Irlanda, pasa á las islas de Orkney á visitar á Cathula, rey de Inistore. Despues de una corta estancia en el palacio de Carrictura, regresó á Escocia, cuando una terrible tempestad le obligó á refugiarse en la bahía de Uthor-no, en Scandinavia, cerca de Gormal, donde residia Starno, su enemigo.

Starno reunió sus tribus y corrió á la ribera; pero conociendo sus deberes para con los extranjeros, y no osando medir sus armas con las de Fingal, probó ejecutar por medio de una indigna estratagemal lo que no le era dado por la fuerza. Fingal invitado á una fiesta guerrera, se acordó de la antigua perfidia del rey de

(1) Ossian dividió este poema en tres *duan*. Los bardos llamaban *duan* á un poema, cuya narracion se interrumpia con frecuentes apostrofes y episodios. Deste que se extinguieron los bardos, tal es el nombre general que se da en Escocia á todas las poesías antiguas.

Loclin (*Fingal, canto III*), y rehusó asistir á ella.—Starno se prepara á combatir: Fingal á defenderse.—Llega la noche.—Dumarunno quiere observar los movimientos del enemigo; pero Fingal se reserva este cuidado.—Llega éste por casualidad á la caverna de Turtor, donde Starno tenia encerrada á Cargias, hija de un jefe vecino. (Este episodio está incompleto; se ha perdido una parte del original).—Fingal avanza hasta el lugar sagrado donde Starno y su hijo Swaran consultan al espíritu de Loda sobre el éxito de la guerra.—Encuentro de Swaran y de Fingal. Descripción del palacio aéreo de Cruthlo-da, que se cree sea el Odin de Scandina-via.

I

Canta, Ossian, de los pasados siglos
Un famoso suceso. Oh tú, el que moras
Invisible en los aires y los juncos
Inclinas de las márgenes del Lora,
¿Por qué en tu dulce murmurar cesaste,
Y ¡oh céfiro! tu voz no escucho ahora?
Del lejano torrente á mí no llega
El ronco son, ni hasta las altas rocas
Los sonidos del arpa, vibradores
Que llenan de placer el alma toda.
Ven, Malvina hasta mí, ven y mi númen
Reanime tu presencia encantadora.
Sobre los campos de Loclin mi vista
Detiénese y se fija presurosa
En el puerto de Uthorno que un asilo

Prestó á Fingal, de las airadas olas
Y el furor de los vientos preservándole.
Los héroes de Morven á aquella costa
No fueron en gran número. Allí Starno
A Fingal mandó un súbdito de Loda
Para invitarle á su solemne fiesta;
Mas teniendo el pasado en su memoria,
Fingal no pudo contener su enojo,
—Y, ¡nunca! así exclamó, nunca en mal hora
De Gormal ni de Starno, ante mi vista
Se ofrecerán las torres en que moran.
De sangre y muerte sin cesar sedientos,
Abrigan siempre la ambición traidora
En sus feroces almas, y no olvido
La triste muerte de Agandecca hermosa.
Retírate, y contesta al que te envía,
Que menosprecio sus palabras todas
Como el vano rumor de aquellos vientos
Que en el otoño á la montaña asordan.
¡Levántate oh terrible Dumarunno,
Oh Cromaglas cuyo ardimiento asombra;
Y tú Cromar cuyos bajeles vuelan
Sobre el ancho Océano, como cortan
El espacio y se ven sobre las nubes
Los rándos meteoros! ¡Sus! La hora
Llegó en que el brazo á combatir se apreste.
Hijos de héroes de preclara historia,
Acudid á mi lado: en esta tierra
De extranjeritos á lid se nos provoca.
Que cada cual sobre su escudo fije
Su vista y como Trenmor en gloriosa
Ocasión dijo al suyo:—«Escudo mío,
Desciende, así le diga, de esa bóveda
Donde alzado te ves junto á las arpas;

Ven á cruzar las enemigas ondas
Que lejanas se agitan, ó conmigo
A reposar en la callada fosa!»

Los héroes de Fingal en el momento
Levántanse con furia aterradora;
De sus terribles lanzas se apoderan:
Cada cual en silencio y á sus solas,
Su espíritu recoge, y se levanta
De súbito el ruido que ocasionan
El estruendoso y redoblado choque
De los broqueles que en su diestra toman.

II

Cuando vino la noche, en la colina
Se ampararon doquier diseminándose;
Con la voz de los vientos se mezclaba
El singular rumor de sus cantares,
Y á sus armas prestaba el débil brillo,
El blanco disco de la luna alzándose.
De Cromacar el cazador resuelto,
Dumarunno, el que audaz surcó los mares
Para acosar en la apartada isla,
Allá en Crathormo (1), al jabalí salvaje,
Levantándose dijo:—Entre las sombras
Voy á observar las enemigas haces,
Oh el hijo de Combal, y de este escudo
Al abrigo, pretendo aventurarme.
Con Swaran el rudo, Starno vela.
Sin duda han de invocar en los lugares
Donde la Piedra del Poder se alza,
De Loda al gran espíritu indomable.
Si Dumarunno aquí ya no volviera,

(1) Una de las islas Orcadas.

Su triste esposa quedará sin nadie,
De Crathmo (1) en la llanura. Dos torrentes
Sus aguas rugidoras y espumantes
Mezclan no lejos de mi hogar; lo cercan
Altos collados con antiguos árboles,
Y muy próximo agita el Océano
Las olas que las peñas allí baten.
Mi tierna hija por las costas vaga,
Y allí contempla á las marinas aves:
De un fiero jabalí llévale entonces
La cabeza, y recuérdale á su padre.
Dile cuál era su placer mirando
Al irritado monstruo infatigable
En las selvas de Ithorno, de su lanza
A los golpes, en tierra revolcándose.
—El recuerdo está en mí, Fingal contesta,
De mis abuelos al cruzar los mares.
El instante del riesgo, de su vida
Juzgaban ellos el mejor instante.
Aunque joven aún, sóbrame calma
Del enemigo en la presencia, y late
El corazón de ardor y está impaciente
Por demostrar su audacia en los combates.
Jefe de Crathmo, á quien velar le toca,
Es á Fingal, mientras la luz nos falte.

III

Fingal encaminóse por la orilla
Del Turtor, el torrente que atraviesa
El valle de Golmar, entre las sombras.

(1) Crathmo Craulo es el antiguo nombre de esta parte de Escocia, que está frente á las Orcadas.

A la luz de la luna y en la cuesta
De un collado, á una jóven vió apenada
Y cual las hijas de Lóclin tan bella.
En su espalda flotaban sus cabellos:
Sus lentos pasos desiguales eran,
Y comenzó á cantar interrumpiéndose,
Y sus ebrúneos brazos con presteza
Agitando. Sin duda de su alma
El dolor sin consuelo se hizo presa.
—«Venerable Tornoth, así decia,
¿Dónde tu sombra su morada encuentra?
¿Es en los bordes del Luban? ¿Al borde
De los torrentes tuvo tu existencia
Su término fatal! ¡Oh triste padre
De Carglas infeliz!..... Pero ya cerca
Te perciben mis ojos; padre mio,
Tambien habita la mansion aérea:
En el palacio del potente Loda
Con los héroes te juntas ya sin penas.
Cuando los velos de la noche umbría
Al cielo cubren, á la luna bella
Ocultas con tu escudo: oscurecido
Vé su globo: tu larga cabellera
Enciendes en el fuego de los astros,
Y en sus sombras nocturnas te paseas.
¿Por qué olvidada entre tinieblas vivo
Y á solas en tan lóbrega caverna?
¿Sobre Carglas la triste, una mirada
De compasion arroja tan siquiera.
Desde el palacio donde Loda habita,
Que á consolarme en mi infortunio venga.»
—¿Quién eres, dime, preguntó el acento
De Fingal, y porque con tales quejas
De la noche los ecos entristeces?

Al oírle Carglas, marchóse trémula
—¿Quién eres la que errante y solitaria,
Fingal insiste, vaga en las tinieblas?
En su gruta Carglas presto ocultóse,
Y siguióla Fingal. Fuertes cadenas
Que ligaban sus manos delicadas,
Desatóle el caudillo. A quien debiera
El ser le preguntó, y con triste tono
Le contestó la mísera doncella:
—«En otro tiempo Torno (1) residia
Del mugidor Lulan en las riberas:
Hoy junto á Loda en su palacio aéreo
Pasa la vida en las alegres fiestas.
Con Starno midió su fuerte espada.

(1) Torcul-Torno, que llamamos simplemente Torno, era rey de Crathlan, pequeño canton de Suecia. El rio Lulan corria cerca de su morada, y aun hay en Suecia uno que tambien se llama de igual manera.

El origen de la guerra entre Starno y Torno, en la cual este último perdió la vida, fué una partida de caza en Torno, á que habia sido invitado el rey de Lochlo. Los dos reyes y su comitiva cazaron en las montañas de Stinavor: un jabalí salió del bosque, y Torno le mató. Starno creyó que esta accion violaba á su juicio los derechos de la hospitalidad: porque, segun la tradicion, se debia siempre dejar á los huéspedes todo el honor y los peligros de la caza. Suscitóse entre los dos jefes una violenta querrela, y los dos partidos vinieron á las manos: el de Torno fué derrotado por completo, y él mismo pereció, vencido por Starno. Este aprovechó la victoria, asoló el país de Crathlan, saqueó el palacio de Torno, y se apoderó de su hija, la bella Carglas, á la que encerró en una caverna, donde tan cruelmente la maltrataba, que llegó á perder el juicio.

Esta nota pertenece á Mr. Christian.

Terrible á la verdad, fué la contienda.
 Mi padre sucumbió junto á una roca
 Que al lado mismo de Lulan se eleva.
 Acababa de herir á un tierno corzo,
 Y juntaba afanosa con mi diestra
 Mis cabellos flotantes y entregados
 Al viento que vagaba por la selva.
 De súbito escuché rumor terrible:
 Grito de espanto me arrancó y de pena:
 Volé al palacio de mi padre al punto.
 Mi seno palpitaba con violencia.
 ¡Allí pensé encontrarte, padre mio!
 Y no hallé en el palacio con sorpresa,
 Sino al feroz Starno; su sonrisa
 Tan infame y cruel, sus anchas cejas.
 ¡Cuán odioso me hicieron su semblante!
 ¿En dónde está mi padre? Así dijera
 Con supremo dolor; ¿en dónde el héroe
 Que su vida ha salvado en cien peleas?
 ¿Así en medio de tales enemigos
 Abandonada á la infeliz hoy dejas?
 Sin responderme Starno, apoderóse
 De mí con gozo y prontitud grosera,
 Y hasta su nave me arrastró inhumano....
 Por asilo me ha dado esta caverna,
 Algunas veces á mi vista acude,
 Y el broquel de mi padre aquí me muestra.
 Alguna vez de mi prisión distante,
 Miro pasar con su gentil presencia,
 A un guerrero (1); ¡ay de mí! que ya en el alma
 De la infeliz Carglas tan sólo reina.»

(1) Sin duda es Swaran, hijo de Starno, á quien se refiere Carglas.

— ¡Oh jóven desdichada! así replica
 El gran caudillo, en la fatal tristeza
 Del dolor, y la llama poderosa
 Del amor que la absorbe se ve envuelta
 El alma tuya, pero no desmayes:
 A esa luna eclipsada ya no temas,
 Ni á los ardientes meteoros esos
 Que en torno tuyo resplandeciente vuelan.
 Mi espada poderosa está ya pronta
 A esgrimirse terrible en tu defensa,
 Y la misión le cumple de vengarte
 Del héroe fuerte á la invencible diestra.
 En mis comarcas nunca se cautivan
 De este modo á las jóvenes doncellas;
 Sus encantos y dulces atractivos
 En triste soledad no se encadenan.
 Se les admira en su candor y gracia,
 Engalanadas con sus largas trenzas,
 Inclinar melancólicas sus frentes
 Sobre las arpas de su amada Selma,
 Y sus voces tiernísimas y dulces,
 En los desiertos campos no resuenan.

IV

Animoso Fingal entre las sombras
 Prosigue su camino con denuedo,
 Y al lugar se adelanta en que los árboles
 De Loda se doblegan al esfuerzo
 Del rudo vendaval. Allí se elevan
 Tres piedras que de musgo se han cubierto;
 Allí ruge un torrente; allí la nube
 De Loda, y de color de ardiente fuego,
 Ya cruza, ya se eleva, ya se abate,
 De un círculo fatal nunca saliendo.

Sobre esta inmensa nube tan estraña,
Se muestra un torbo espíritu, compuesto
A medias ya de sombra ya de humo,
Que infunde gran pavor, y cuyo acento
Se mezcla con el eco del torrente
Que allí se precipita con estruendo.
A tal paraje próximos se hallaban
Prosternados al pie de antiguo cedro,
Starno y Swaran, y recogían
Las frases del espíritu en silencio:
Ocultaban su frente en sus escudos,
Encorvados teniendo así sus cuerpos,
Con sus lanzas tendidas adelante
Como buscando de la noche el seno.
Al rumor de los pasos de aquel héroe
Entrambos se levantan.—«¡Mata presto,
Starno grita, al enemigo! ¡Aterra
A ese nocturno y tan audaz guerrero!
Al broquel de tu padre no traspasa
El contrario valor. ¡Combate luego!»
Swaran á estas frases, con oñojo
Sobre Fingal su lanza arroja fiero,
Mas en el árbol del ardiente Loda
Enclávase, y al punto ambos aceros
De aquellos adversarios, con sus golpes
Su metálico son dan á los vientos.
De Swaran el escudo en tierra cae
De Fingal á la espada, y cae deshecho
Su casco de igual modo, mas el héroe
Magnánimo retira en el momento
El brazo para herir ya suspendido,
A su enemigo desarmado viendo.
Colérico Swaran, vaga la vista,
El trozo arroja de su espada, lejos,

Y atraviesa el torrente impetuoso
Con lento paso y en fatal silencio.
Starno ve marcharse al hijo suyo,
Y se aleja también, pero frunciendo
Sus negras cejas y de inmensa ira
Henchido todo el vengativo pecho.
Hiere el árbol de Loda con su lanza,
A la sorda amenaza de su acento.
Por distintos caminos ambos llegan
A Loclin y á las tiendas de su ejército.
El valiente Fingal en la llanura
De Turtor pronto estuvo de regreso.
Ya en el Oriente las rosadas tintas
Del alba dando su esplendor primero,
Despertando á la flor, la humilde planta,
Hacen pronto brillar á sus reflejos
De Fingal en las manos los despojos
En Loclin conquistados con su esfuerzo.
Carglas radiante de hermosura deja
Su gruta, y recogiendo sus cabellos,
Que á meced de los aires allí flotan,
Y alternando á la vez con sus lamentos,
Salvajes cantos en que el arte falta
Y que aprendió en Lulan bajo el paterno
Asilo que perdió, lenta camina,
Y va con triste tono repitiéndolos.
Ve el escudo de Starno; lo conoce:
De la reciente sangre está cubierto,
Y el júbilo dilata su semblante,
Pero también el casco ya no entero,
De Swaran allí ve..... y entonces ráuda
Del de Morven se aleja «¡Ay ya te pierdo!
Llorando así prorrumpe. ¡Has perecido,
Y eras tú de mi amor el solo objeto!»

V

A la cumbre de Uthorno que domina
Las olas de la mar, cuyos declives
De rocas se ven siempre reflejados
Del meteoro de la noche triste,
Tras de los bosques descendiendo advierto
A la luna en quien ya la luz se extingue.
En tí la sombra del ardiente Loda,
Oh monte que en lo negro te distingues,
Descansa porque en tí, sobre esa cima
Los funestos espíritus residen.

Inclinada en los bordes de su alcázar
De nubes, el indómito y terrible
Cruthloda, cuyas formas gigantescas
Se ven entre las nieblas más sùtiles;
En la una mano su broquel sostiene
Y en la otra levanta de las lides
Ignea copa, en la cual como de sangre,
Llena el rojo licor en sus festines.
De su palacio la techumbre inmensa
Acuden á sembrar inextinguibles
Los fuegos de la noche. En sombras vagas
Se adelantan y leves se perciben,
Aquellos de la raza de Cruthloda,
Quien presenta á los jefes más insignes
La misma copa en los funestos campos
Donde el valiente á la segur se rinde,
De la muerte cruel; pero su escudo
Que de espesos vapores se reviste,
Cual barrera fatal allí levanta,
Entre el cobarde y el que fué invencible.

.

CANTO SEGUNDO

Fingal da el mando del ejército á Dumarunno, que empeña el combate y rechaza al enemigo más allá del torrente de Turtor.—Pero despues de la victoria Dumarunno cae mortalmente herido.—Los bardos celebran sus funerales.

I

«¿En dónde estás, Fingal? ¿Dónde caiste,
De Selma oh noble vástago? Ya vuelve
La luz del alba, y los primeros rayos,
Que allí de Uthorno las colinas hieren,
Los vapores rompiendo que las cubren,
Y adonde elevas tu pendon, no vuelves.
Seguidme, amigos míos; tomad presto
Vuestras lanzas; tomad vuestros broqueles.
Nunca se diga que Fingal ha huido
Cual esos fuegos que fugaces suelen
Por los cielos cruzar sin que en la tierra
Vestigio alguno de sus pasos dejen.

Pero ya le percibo: aquí retorna
Ligero cual el águila que tiende
Sus alas, y á los vientos atrás deja.
Con los despojos del contrario viene.
¡Salud, oh rey de Selma! Entristecía
Tu larga ausencia á tus amigos fieles,
—Dumarunno, lo sé: los enemigos
Estan cerca, y la lucha se previene,
Y avanza cual las olas de los mares

Que entre la densa niebla se revuelven,
Y por encima del vapor espeso
Alzan inquietas su espumosa frente.

Cuando la fiera tempestad avanza
Tiembla el viajero: á refugiarse atiende,
Pero en dónde no acierta. No los tímidos
Viajeros somos, pues, hijos de héroes.
Preparad vuestras armas. ¿Al combate,
Fingal es hoy quien conduciros debe?
¿A otro ilustre caudillo corresponde
Tomar el mando de la osada hueste?

Los pasados sucesos hoy nos trazan
Aquel camino que tomar conviene.
De Trenmor el recuerdo ante nosotros
Tengamos esta vez, tengamos siempre.
No era vil ni apocada el alma suya,
Y nunca pudo contener su mente
Vergonzosos y tímidos proyectos,
Ni afán que digno de loor no fuese.
Las tribus que reuniera Colgancrona
En sus campiñas, desde cien torrentes
Iban mandadas por caudillos bravos.
Cada cual reclamaba ser el jefe
Del ejército aquel, y los aceros
Pugnaban por brillar al aire á veces:
Los ojos con el fuego de la audacia
Mostrábanse á la vez resplandecientes,
Y alejados los unos de los otros,
Cantos siniestros murmuraban. — ¿Debe
Ceder el mando, cada cual decia,
El noble esfuerzo que mi brazo tiene?
¿Por qué lo ha de ceder? ¿Nuestros abuelos
Igual fama, igual nombre y prezo obtienen?
Trenmor, gozando de la edad florida,

Estaba entonces de su pueblo al frente:
Vió al enemigo que avanzaba, y rápido,
Con justa indignacion, á aquellos jefes,
Que en el mando alternasen del ejército
Propuso, porque así todos cediesen.
Todos fueron vencidos; pero entonces
Trenmor se puso de su tropa al frente;
Bajó de su colina, y como el humo
Desvaneciósse el enemigo fuerte.
Los guerreros juntaronse en su torno,
Y golpeando al punto sus broqueles,
Le expresaron su júbilo. Las órdenes
De los reyes de Selma fueron siempre
Sagrada voluntad para sus pueblos,
Mas la costumbre fué tan exigente,
Que el mando del ejército aspiraban
Que uno tras otro al combatir tuviese,
Hasta el instante del peligro extremo,
Porque entonces tocaba ya á los reyes
Combatir y vencer; y si vencidos,
Evitar el oprobio con lo muerte.
— Conocidas me son esas acciones
Y el teson de tan nobles ascendientes,
Crommacaglas les dice; mas ahora
¿Quién conducir nuestras legiones debe,
Antes que al campo de la lucha acuda
Nuestro monarca á decidir su suerte?
Esas cuatro colinas que en vapores
Envueltas allí veis, serviros pueden
Para una pronta decision: á ellas
Cada cual de nosotros suba en breve,
Y su escudo en su cima golpeando.
Acaso obtenga que en las sombras lleguen
Hasta él los espíritus que indiquen

A quién le toca el mando de la hueste.
Subieron á esas cumbres designadas
Los guerreros, y allí de los broqueles
Observaron los bardos los sonidos
Con vivo afán, con atencion solemne.
Dumarunno, el del tuyo el más sonoro,
A tí aquel mando te entregó la suerte.

II

Los soldados de Uthorno con estruendo
Descienden inundando la llanura.
Starno y Swaran van á su frente,
Y con miradas de insolencia suma,
Tras sus férreos escudos guarnecidos,
Observan al contrario. Así fulgura
El formidable espíritu de Loda
Cuando se esconde tras la blanca luna
Y encima de su globo oscurecido
Desplega en medio de la noche oscura,
Las temibles señales que amedrentan
De su poder terrífico.—Se lucha
En las riberas del Turtor: los bravos
Se chocan y se oprimen y se juntan,
Cual las olas del mar. Cunden los ecos
De sus terribles golpes. Se apresura
La muerte á recorrer fila tras fila:
De igual modo se advierte en las alturas
Esas nubes que llevan el granizo
Mezclado con los vientos que retumban;
El espacio conmueven con sus choques,
Y el mar se hincha y con furor murmura.
¿Por qué trazarte aquí la lid sangrienta
De Uthorno? Ya en los tiempos se sepulta

Del pasado, y comienza ya á olvidarse
De la memoria infiel. Starno pugna
Al frente de una parte de su ejército,
Por avanzar allí, lo que procura
A la vez Swaran yendo con otra.
Tuespada, oh Dumarunno, ¿cuándo nunca
Refluge con brillantes resplandores,
Sin que al fin cuanto toca no consuma?
Las gentes de Loclin huyen dispersas:
Starno y Swaran miran su fuga
Confundidos, y torvos y callados
Ven la derrota de su hueste ruda.
De Fingal en los labios, por doquiera
El sonoro cuerno ya se escucha.
Los hijos de Albion cercanle en breve,
Pero más de un valiente halló su tumba
En las riberas del Turtor. ¡Ay cuántos
En un lecho de sangre allí se juntan!
—Oh bravo Dumarunno, así exclamara
El invicto Fingal, ¡qué bien triunfas!
Mi ejército no vuelve sin que mire
Humeando este campo de la lucha
En enemiga sangre. A tales nuevas,
Cual en la frente de Lanul augusta
El gozo esplenderá ¡Sobre las rocas
De Crathmo el hijo tuyo que ya ilustra.
Su sangre, aquel Candona valeroso (1),
¡Qué placer sentirá en el alma suya!
—Colgorn, exclama Dumarunno, el héroe
Que atravesó las líquidas llanuras

(1) Candona ó Ceandaona era hijo de Dumarunno ó Duthmarunno. Después de la muerte de Fingal, se distinguió en las expediciones de Ossian, y los bardos posteriores han celebrado sus hazañas.

Del Océano, en Albion fué entonces
De mi raza el primero: fué de adusta
Condicion y á su hermano dió la muerte;
Dejó el país de sus abuelos; nuncaron
Tornó á pisarlo, y en silencio triste
En las rocas de Crathmo halló su tumba.
Sus descendientes sin pavor buscaron
Al enemigo con andaz bravura,
Pero siempre en las lides todos ellos
Percieron, Fingal. ¡En mí se cumpla
La misma suerte! «A sus palabras une
Al punto la acción rápida, y la aguda
Flecha traspasa el animoso pecho.....
¡Que en holocausto tan cruel sucumba!
En la extranjera tierra cae sin vida
Al golpe fiero de la muerte brusca.
A la mansion tempestuosa vuela
De aquellos héroes de su noble alcurnia,
A unirse á sus abuelos aquel alma
Que las glorias del mundo así rehusa.
En rededor de Dumarunno quedan
Los héroes todos con acerba angustia,
Y mudos y suspensos, semejantes
A las rocas de Loda que confusas
A lo lejos percibe ante el crepúsculo,
Aquel viajero que los campos cruza.

III

La noche descendió sobre las tiendas.
Del ejército aquel: todos inmóviles,
En su inmenso dolor, permanecieron.
El soberano de Morven dispone,
Dominando su espíritu angustiado,

Que Ullin el bardo, á su presencia evoque
Los cantos del dolor que el heroísmo
De aquel guerrero y sus hazañas honren.
«Dumarunno, les dijo, no es un fuego.
Que esplende y que se extingue así en la
(noche;

No es un débil y ráudo meteoro
Que en el instante pierde sus fulgores.
El sol que se entroniza allá en los cielos
Y á torrentes la luz vierte en los montes,
Es la imagen más bien de ese valiente.
Ullin, tu canto á su valor se entone;
Celebra á sus abuelos; del olvido
De las tumbas tu voz saque sus nombres.

— ¡Itorno! ¡Itorno, el bardo así pro-
(rrumpe,

Que reinas en las olas, di, responde;
¿Por qué tu frente muestras tan sombría
Del inmenso Océano en los vapores?
En tus valles prodúcese una raza
Cual las águilas fuertes y veloces,
Que son las reinas del inmenso espacio;
La raza de Colgorn; esa que impone
Doquier sus armas; la del férreo escudo,
A la que Loda en su palacio acoge.

En la isla de Tormo temblorosa,
Luthan se eleva; la colina enorme
Que riegan cien torrentes, sobre un valle
Silencioso, su frente que de bosques
Se corona, inclinando se le admira.
Allí no lejos del lugar do corre
Espumoso el Cruruth, Rumar reside,
Del rudo jabalí rayo y azote.
La hija suya Strina-Dona, es bella

Como son de la luz los resplandores.
 A aquel palacio de tiumar llegaron
 Héroes, caudillos y guerreros jóvenes,
 A la doncella candida de Tormo,
 A ofrecer con su amor sus corazones.
 Tú Strina-Dona la gentil y hermosa,
 A todos viste indiferente entonces.
 Cuando tus pasos huella la llanura,
 Tu garganta, que igual no reconoce,
 El vello de la cana (1) allí oscurece,
 Y si errante caminas por los bordes
 De la mar, de sus olas las espumas
 Ven con envidia que en tu seno pone
 El alabastro su blancura toda,
 Y donde quier la admiracion absorbes.
 Las estrellas no son tan deslumbrantes
 Como lo son tus ojos: los colores
 Del iris menos brillan que tu rostro;
 Tus cabellos en ondas y en desórden,
 Sobre tu espalda flotan, y no es mucho
 Que los besos del céfiro provoquen.
 Tú reinas en las almas. Cierta día
 Con su hermano Suran, (2) Colgorm lle-
 (góse

(1) La cana es una planta que crece en abundancia en los terrenos húmedos é incultos del Norte; su tallo se parece al de la caña, y su bello es de una blancura excesiva, que no se diferencia mucho de la del algodón.

(2) Corcul-Suran. Casi todas las veces que los héroes de nuestro poeta tienen dos nombres reunidos, sólo les damos uno, permitiéndonos dulcificarlos en lo posible, por prestarse tan poco al lenguaje poético.

A su mansion de Itorno, porque entrambos
 A obtener aspiraban sus amores.
 Viólos ella y la imágen del segundo
 En su sensible corazon fijóse.
 La estrella de Loclin pura brillaba
 Sobre su frente en la callada noche,
 Y tendiendo sus brazos, la veia
 En medio de sus sueños, hácia el jóven
 Que imperaba en su pecho. Ambos her-
 (manos,
 Celosos mutuamente, en sus facciones,
 Contenidos mostraban sus enojos.
 Se alejan con despecho dando golpes
 En sus férreos escudos y ya á un tiempo
 En sus trémulas manos se disponen
 A empuñar el acero, y disputarse
 La posesion de aquélla; y sangre corre,
 Y Suran cae sin vida, y á su muerte
 Su desolado padre en sus furores,
 De Itorno al punto al matador arroja,
 Quien largo tiempo sin saber por donde
 Y á merced de los vientos, fué vagando
 Hasta llegar á vista de esos bosques
 De Crathmo, en los que al fin fijó su alber-
 (gue.

Esta tierra extranjera asilo dióle.
 No en ella estaba solo: Strina-Dona,
 La belleza de Tormo, á sus amores
 Correspondiendo fiel, á tal destierro
 También resuelta y sin dudar siguióle.

CANTO TERCERO

Preparativos de los dos ejércitos.—Pláticas de Starno y Swaran.—Episodio de Cormar-Trunary de Foinar-Bragal.—Starno quiere que á su ejemplo, Swaran sorprenda á Fingal que se halla solo y retirado en un paraje cercano.—Rehusa Swaran ejecutar lo que le propone, y Starno se encarga de la empresa.—Es vencido y hecho prisionero por Fingal, que le perdona, en memoria de Agandecca.

I

¿De dónde brota la existencia humana
El manantial copioso de los años?
¿Dónde el término está á sus corazonas?
¿A qué abismos van ellos impulsados
Del adverso destino? Mis miradas
Pretenden sondear de lo pasado
En lo profundo, pero sólo advierten
Incierto resplandor, como el del rayo
De la luna que lejos se refleja
En la gran superficie de los lagos.

Allí la antorcha del guerrero brilla:
Cruzando en el silencio y al acaso,
Allí la vil generacion contemplo:
Ninguna noble accion digna de aplauso
Y digna de guardarse en la memoria,
Por el mundo mostró á su inútil paso.
¡Oh tú la que mi númen ya despierta,
Arpa mia, desciende de ese alto
Pilar, donde suspensa entre las armas
Te encuentras, para dar luz á mi canto,

Que á tus dulces acentos se disipe
La oscuridad que vela aquel pasado:
Haz que revivan á mis ojos luego
Los héroes que en el mundo ya pasaron.

Uthorno, la mansion donde residen
Las rudas tempestades, tus collados
Con valientes guerreros de mi raza
Que fueron á su vez hijos de bravos,
Cubiertos miro. Allí de Dnmarunno,
El que á la muerte dióse en holocausto,
Fingal sobre la tumba, en las tinieblas,
Se inclina, y del héroe desgraciado
A la vez los amigos.—En la margen
Del Turtor agrupándose entre tanto
Las huestes de Loelin, se hallan envueltas
En las húmedas brumas. Allí Starno
Y Swaran en su rabia y su ignominia,
De sus guerreros al revés infausto,
Refúgianse en dos rocas en silencio,
En sus largos broqueles apoyados,
De las estrellas de Occidente el curso
Contemplan, otras horas esperando.
Cruthloda cual sangriento meteoro,
De negra nube desde el seno infando
Sale y se inclina, y los furiosos vientos
Desencadena entonces; con su mano
Traza en los cielos misteriosos signos
Que hacen al punto comprender á Starno
Que nunca el gran Fingal en los combates
Se verá sometido á su contrario.
De Loda, aquel guerrero así vencido,
Dos veces hiere con furor el árbol.
Va á encontrar á aquel hijo, de su afrenta
Partcipe tambien: lúgubres cantos

Murmura y presta oído á aquellos vientos
De la noche. De pié y á opuestos lados
Cada cual así vuelto, ambos caudillos
Parécense á dos robles que eran altos,
Pero de opuestos vientos la violencia
Consiguió ver por último encorvados
Sobre dos arroyuelos, sacudiendo
Sus secas ramas con desnudos brazos.

II

«Era Annir, dijo Starno, en otro tiempo
Un fuego abrasador que consumía
Los ejércitos todos. Invencible,
Sus encendidos ojos despedían
Los dardos de la muerte: atravesando
Los campos de la lucha, sus delicias,
Su contento mayor eran el duelo,
El estrago feroz, y ante su vista,
Más grato el curso de la sangre era
Que el del manso riachuelo que desliza
Su onda pura á través de los peñascos
Y en la estación primaveral camina
Serpenteando por el valle hermoso
Que alegra con sus aguas y reanima.
A los bordes del Lago de Lucormo
Se adelanta veloz: vencer ansía
A Trunar, belicoso soberano
De fuerte espada, que en Urlor domina.
De Trunar ya los súbditos sombríos
A aquella costa de Gormal arriban.
A la hija de Aunar vió este monarca,
A Bragal seductora; al par la ignea
Centella del amor ardió en su pecho,
Y la hermosa doncella no fué esquivada

Al vencedor de las airadas olas
Y rudas tempestades. Prevenida
La fuga estuvo pronto, y á la nave
De su amante llegó en la noche umbría.
Sobre el abismo de la mar siguiólos
Annir, y demandó todas sus iras
A los vientos del cielo. El soberano
No estaba solo allí; junto tenía
A Starno como un águila de Uthorno,
En él teniendo su mirada fija.
Arribamos á Urlor. Puesto ya al frente
De su pueblo Trunar, ya á nuestra vista,
Luchamos, pero fué del enemigo
La gloria toda en la contienda impía.
Annir en su furor causaba espanto.
En sus ojos hallábanse sus iras.
Y su espada cortaba, en su despecho,
Las ramas que en los árboles pendían.
Advertí de mi padre el fiero enojo,
Y á las tinieblas me lancé en seguida.
Iba en busca de un casco destrozado
Y de un roto broquel, y ya tenía
En mi diestra una lanza quebrantada.
De este modo partí con faz tranquila
Al enemigo campo. En una roca
Sentado hallé á Trunar; y allí á su vista,
Bajo un árbol no lejos vi muy luego
A la hermosa Bragal: con voz sumisa
Y arrojando á sus piés el roto escudo,
Estas frases de paz fueron las mías.
«En la ribera de la mar tendido,
En la garganta con mortal herida
Que en la lid recibió, difunto yace
Annir: el hijo suyo se dedica

A elevarle una tumba, Starno mismo
 Entregado á sus duelos, y él me envía,
 De Loda entre los hijos escogiéndome,
 Porque llegue á Bragal, aunque mi vida
 Arriesgue al traspasar tu campamento,
 Y un rizo de sus trenzas hoy le exija
 Que en esa fosa para Annir abierta,
 Se guarde como prenda de alta estima.
 Soberano de Urlor, haz que la lucha
 Al punto cese, pues que ya termina
 Con la muerte de Annir, y de Cruthloda
 Al golpe su poder ya se aniquila.
 Bragal las tristes lágrimas vertiendo,
 De su abundosa cabellera quita
 El rizo demandado, y me presenta
 Trunar la copa de la paz pedida.
 En las nocturnas sombras ocúlteme.
 Y cubrí cuidadoso la faz mia
 Bajo el casco, en acecho del instante
 Más oportuno á mis siniestras miras.
 El sueño ya venció á nuestros contrarios,
 Entonces levantándome de prisa,
 A través de las sombras dirígeme
 Como un fantasma á do Trunar dormía.
 Le herí en el corazón..... Era el postrero
 El sueño en que se hallaba, de su vida.
 A Bragal alcanzó de mis furoros,
 En el instante aquel, la suerte misma.
 Aquel seno de nieve, palpitante
 Ha poco de placer, el arma impia
 Desgarró sin piedad ¡Por qué mi saña
 Provocaste, infeliz, tú que eras hija
 De poderosos reyes! Del contrario
 Huyó la hueste al renacer el día,

Golpeando el broquel llamó á su hijo
 Annir, y el hijo se ofreció á su vista
 De sangre todo lleno. Gritó horrible
 Tres veces el monarca en su alegría
 Lanzó á los aires, semejante al ronco
 Y súbito rugido en repentina
 Tempestad por el viento propagado
 Cuando el ráudo relámpago fulmina
 Su luz y rasga á la negruzca nube
 Que en el espacio azul se precipita.
 Al júbilo entreguámonos serenos:
 En mitad de la noche más sombría,
 A los voraces buitres évocamos,
 Y en alas de los vientos acudian
 Á hacer al enemigo de mi padre,
 Horrible pasto de nefanda orgía.
 Esta noche, en verdad negra se ofrece,
 Y sólo está Fíngal en su colina;
 Que tu lanza penetre con cautela
 En su pecho, y entonces mi alegría
 A la de Annir igualará.—¡Eso nunca!
 El brazo de Swaran á herir no atina,
 Cobarde en las tinieblas. Yo camino,
 Hijo de Annir, con el fulgor del día.
 Entonces donde quier conmigo acuden
 Esas aves sañosas y carnívoras,
 Porque á seguirme ya se acostumbraron
 En mi carrera insana y homicida.»
 Starno á estas palabras, furibundo
 Por tres veces se alzó, ciego, en su ira
 Para herirle en el pecho! Conmovido
 Perdonólo alejándose en seguíd
 Y sus rápidos pasos le llevaron
 Del alto monte á la ríscosa cima.

III

En las riberas del Turtor existe
Una oscura caverna que es la cárcel
De la infeliz Carglas. Starno llama
Allí á la hija de Lulan en balde,
Porque la hija de Lulan se encuentra
De Loda en los fantásticos alcázares.
Lanzando espumas de furor, se lanza
Al retirado sitio en que ya sabe
Que reposa Fingal sobre su escudo,
Sin miedo alguno y sin temer á nadie.
Resuelto cazador, rayo temible
De la fiera del bosque, vé qué haces:
No es una joven temerosa y débil
Ese que tienes ante tí; ni es fácil
Como al niño que duerme en el helecho,
Del Turtor en la orilla, amedrantarle.
Ante el lecho del bravo has acudido,
Y es tu fin, si despierta, inevitable.
Guárdate, pues, á paladin tan fiero
Con imprudencia audaz, de despertarle.
Starno avanza, mas Fingal sacude
El sueño de repente. «¿Qué te trae?
¿Quién eres, hijo de la noche?» dice.
Starno no contesta: alevé y ágil
Arrojale su lanza en las tinieblas.
Entonces ambos con furor combaten.
El escudo de Starno al rudo golpe,
Rueda en tierra partido en dos mitades.
Fingal del alevoso se apodera,
Y al tronco de una encina, sin hablarle,
Con fuertes ligaduras le ata luego,

Tal castigo á su audacia sólo dándole.
No bien los rayos de la luz del día
Inundaron la tierra, el indomable
Monarca de Morven vió con asombro
Que era el rey de Gormal el miserable.
La sorpresa embargó toda su alma:
Sus pensamientos en aquel instante
Volviéron al pasado, y aquel tiempo
Recordó en que le fué más agradable
El rumor de los pasos de Agandecca
Que los himnos del bardo. Era su padre
El que estaba á su vista. En el momento
Sus ligaduras hizo desatarle.

—«Retírate, le dijo, vete luego,
Hijo de Annir, de mi presencia. Parte
A tu palacio de Gormal. El rayo
De esa luz sin igual, que inexorable
Extinguiste, aun alumbró el alma mía:
Aun de la hija que tuviste, aun arde,
Vive en ella el recuerdo; él de la muerte
Que mereciste por traidor, te salve.
Perdono al matador y al enemigo,
Por la piedad que me despierta el padre.
¡Lejos, lejos de aquí; ser sanguinario!
¡Vé á tu odioso retiro; vé á ocultarte
Allí con el feroz remordimiento;
Allí tu adusta faz no mire nadie!
¡Que los hijos del héroe hasta se olviden
De tu nombre afrentado; nunca llame
El viajero á tus puertas, ni consuele
Con su presencia nunca el caminante
Tu hogar maldito, y por doquier te siga
El desprecio debido á los infames!....»

DARGO

HIJO DE DRUIVEL

Dargo, hijo de un druida, desembarcó durante la noche con una hueste de scan-
dinavos en la costa de Morven. Dos guer-
reros de Fingal son vencidos por él y los
envia á Fingal para que le trasmitan el
desafío suyo á este príncipe, á singular
combate.—Fingal escoge á Curach, jefe de
Inisfail, para mandar la accion.—Dargo
perece en la pelea, y Curach tambien,
despues de haber combatido bravamente
y perdido una mano.—La escena pasa en
las orillas del rio de Moruth.

I

Cierto vago rumor hasta mi llega
De aquella ola que el lejano escollo
Con lentitud domina, estando en calma.
Es el torrente que murmura sordo
De Struthan-Dorchá, en el extenso valla
De los robles que unidos y frondosos
Dan su sombra á marmóreo circuito.
Suspirando se ven en sus contornos
Los fantasmas compuestos de vapores
Que en la noche se forman tenebrosos,
Los cobardes los oyen, y se sienten

Hasta con miedo inmenso de sí propios
Y trémulos evitan acercarse
A tan alto lugar. — «Huyamos pronto,
Se dicen, porque es siempre por las sombras
Frecuentado un lugar tan pavoroso.
Vuestros acentos fúnebres al bardo
Que errante entre estas piedras vaga solo,
No dan miedo jamás, ¡oh de la noche
Espíritus de triste y blanco rostro!
No; yo probé, cuando con vida estábais,
Vuestro esfuerzo indomable y poderoso:
Contra Dargo el audaz, vuestro caudillo,
Alcé mi lanza con ardiente enojo;
Contra Dargo aquel hijo tan temible
De Druivel. Referiros me propongo
Un suceso de tiempo ya pasado,
Cada día más lejos de nosotros (1).

II

La noche no estaba lejos:
Terminado hubo la caza.
Sobre sus hechos de musgo
Se tendían ya con ansia,

(1) Los druidas, durante algunas generaciones, habían estado en guerra con la familia de Fingal, y la acción que forma el asunto de este poema parece ser el último esfuerzo que hubieron de intentar para el sostenimiento de su orden. Habían obtenido algunos socorros de la Scandinavia; pero toda su bravura, ayudada de la de sus aliados, era muy débil para luchar con éxito contra una raza belicosa. Se vieron obligados a someterse, y sus vencedores, no teniendo nada que temer de ellos, les permitieron retirarse bajo sus sombríos bosques, y morir en la oscuridad.

Del bosquecillo á la sombra,
Los hijos de la montaña,
Envolvíanse en un velo
De oscuridad las más bajas
Colinas: los héroes todos
En la mesa se sentaban
Del festín de Selma. Allí
Los acordes de las arpas,
Los no interrumpidos cantos,
Entretenían la velada,
Según la costumbre, haciendo
A la noche menos larga.
De tiempo en tiempo se oían
Los aullidos que lanzaba
El dogo al pie de la roca
Colocado, sus miradas
Dirigiendo al Océano.
Sulinroda, que asombraba
Por su vista penetrante,
Y Culchossa que gran fama
Por su rápida carrera
Obtenía, eran los guardas
Encargados de observar
La costa y la extensa playa
Que incesantes recorrían
Con su frente levantada.
¿No es ya tiempo, hermosa luna,
Que del verde lecho salgas
Que te dan los campos? ¿Todo
Tu disco entero en las altas
Rocas de Morven, acaso
No mostrarás? Hoy tu marcha
Deten allí, dulce luz,
Y arroja alguna mirada

A través del arbolillo,
A la cierva que descansa
En el sueño; en tu derrota
Por los cielos, da á las aguas
Del Cona el ténue reflejo
Que con tus rayos derramas.
A nuestros fuertes soldados
La senda alumbrá que pasan;
Si el mar tenebroso hienden
Las naves de las comarcas
Del extranjero, condúcelas
De Selma á las mismas playas.
El palacio de Fingal
Abierto siempre se halla
Al viajero á quien la sombra
Ha sorprendido. Es morada
Que al huésped dispuesta tiene
Ancha mesa hospitalaria.

Estrellas, brillad espléndidas
A través de nubes pardas.
Uloicha, tu luz esparce
Que las tinieblas espanta.
Mas en paz dormid vosotras
En esas regiones altas,
Oh luces del firmamento.
Sobre nosotros se agrandan
Las nubes, y espesas brumas
Os ocultan congregadas,
En esos múltiples pliegues
Como aquellos que en su *ancha*
Túnica muestra Ossian.
Oscura está la montaña,
Y claridad, la más leve,
Brilla en la mar agitada,

A no ser la de las olas
Que allí se rompen lejanas,
Al chocar en el escollo
Que las detiene á sus plantas.
Las sombras que en sus bageles
De nieblas, veloces pasan,
Escuchan esos rumores
Pavorosos y ya mandan
A sus marinos recojan
Sus velas. ¡Oh luna clara,
Aparece en la colina
Vertiendo tu luz tan grata!
¡Estrellas, brillad espléndidas
A través de nubes pardas!
¡Uloicha, tu luz esparce
Que las tinieblas espanta!

III

A blanquear los espacios
Comenzaba el alba ténue:
Las cumbres de las montañas
La veían sonrientes.
Sobre las alas del céfiro
Llegó un murmullo muy débil
Que por grados fué aumentándose
Y fijando fué la fuerte
Atención de aquellos dos
Vigilantes tan perennes.
«Será, dijo Sulinroda,
El ruido que hacer suelen
Los insectos que se juntan
En la mañana.—Parece,
Culchossa dijo, el zumbido
De las abejas que vienen

Del monte y dejan las rocas
Que son su musgoso albergue.
Descuidado algun viajero
Alguna pisó, y crueles
Y vengativas se lanzan
A combatirle furentes,
A millares.—No son pues,
Sulindora á decir vuelve,
Ni insectos de la mañana,
Ni abejas del monte agreste.
¿No podrá ser el rumor
De alguna enemiga gente
Que en las costas desembarque
Y que avance y aquí llegue
A través de esa columna
De vapor, como se advierte
A la luna en su carrera
Silenciosa, cuando esplende?»
Humillados, pues, entrambos
Caminaron diligentes.
No han descubierto el ejército
Antes que el día volviese
¿Y cómo esperar los vea
Fingal sin cólera ardiente?
Con el rubor en la faz,
Su veloz paso contienen;
Con sus armas, vacilantes,
La tierra surcan á veces.
De la roca tenebrosa
En la falda se detienen:
Con una mano, en el pecho
Se golpean fuertemente,
Y la barba con la otra
Oprímense de igual suerte.

Un riachuelo que en cascada
De lo alto se desprende,
Húmedo vapor esparce
En sus cabellos y frentes,
Sin que de ello aperecidos
En tal instante se muestren.
Sumidas están sus almas
En pensamientos solemnes.
Al fin Sulinroda eleva
Hondo suspiro que extienden
Los ecos, y lo oye el águila
Que en la roca altiva duerme;
Sus ruidosas alas bate,
Y despierta de ambos jefes
El alma dormida.—«Vamos
A demandar de los héroes
El combate, así prorrumpen,
Al mismo tiempo entendiéndose.
Si no cubiertos de gloria,
Fingal á vernos no vuelve.»

IV

Cual dos torrentes hinchados
Que espumosos de las cimas
De alto collado cubierto
De arbustos, se precipitan,
Y en el valle umbrroso rápidos
Juntan su fuerza; caminan
Aquellos valientes. Barren
De aquellos las turbias linfas
Con la tierra amontonadas
La piedra y menuda gija,
Y el árbol desarraigado
En ambos lados, derriban,

Y en sus espumas lo arrastran
 Con rapidez infinita.
 Desde su roca distante,
 Con terror el jóven mira
 Tan bello como terrible
 Espectáculo. Se inclina
 Sobre el ya encorbado roble
 En que se apoya, y lo admira
 Tal es la imagen de aquellos
 Que á la lid Morven envia.
 Pero Culchossa fué á un mar
 En que perderse debia:
 Culchossa vióse en la lucha
 Encadenado en seguida;
 Sulinroda erguido aún
 Con despecho combatia.
 ¡Mas quién pudiera de Dargo
 Vencer la fuerza y las iras?
 El cazador oyó el choque
 De las armas confundidas,
 En la mitad de su sueño
 Que al pié de la roca altiva
 Disfrutaba. Imaginóse
 Que la centella fulmínea
 Rompió á su paso, de aquella
 La agrietada y alta cima,
 Y tembló creyendo verse
 Del fatal estrago víctima.
 La cierva que sigilosa
 Del cazador á la vista,
 Va llevando el cervatillo
 Que amamanta, allí se admira
 De que á su ejemplo, no vaya
 A refugiarse con prisa

Al lejano bosque. Huyendo,
 Sacude su frente erguida.
 «¡Cazador, no eres prudente!»
 Va diciéndose á sí misma.

V

Aquel rumor de las armas
 A turbar vino mis sueños
 En Selma; y aunque dormido
 Extendí mi diestra luego
 Para armarme de mi lanza.
 Un nuevo soplo de viento
 Un nuevo rumor más fuerte
 Me trajo: alcéme resuelto,
 Y mi escudo golpeé
 Con violencia y con estruendo.
 Fingal de pié ya se hallaba.
 Resonó el escudo férreo
 De Morven. De las colinas
 Con rapidez descendieron
 Los héroes cual huracanes
 Que entre los robles ya secos
 Cruzan veloces. Uniéronse
 A los mismos, cien guerreros
 De Inisfail. Muy en breve
 Pudieron ver el ejército
 De aquel hijo de Druivel,
 Y ya flotar á los vientos
 Sus pendones. «Concededme,
 Dijo aquel, que nuestro esfuerzo
 Se pruebe en número igual,
 Frente á frente combatiendo.»
 Ante Fingal se encontraban
 Sus caudillos todos llenos

De sus ánimos ardientes
Y su invencible denuedo,
Mas eran aquellos jóvenes
De Inisfail, extranjeros.
Cuando aquél tomó su lanza,
Ante él rápidos fueron.
A la sombra de sus cascos,
Tenian en él todos puestos
Sus ojos, y parecian
A esos insólitos fuegos
Que bajo nubes oscuras
Revolotean, cuando trémulos
Los bosquecillos lejanos
Los advierten, y con miedo
Los ciervos huyen veloces
Atravesando el desierto.
En el fondo de sus almas
Consigo hablabanse ellos.
Fingal advirtió en sus ojos
Del valor el vivo fuego,
Y pensó que alto renombre
Gozaban ya sus guerreros,
Y que los hijos de aquellas
Distantes riberas, luego,
Tal vez murmurar podrian
De los de Morven con celos.
«Curach, exclamó, conduce
A mi hueste con los buenos
Soldados de Inisfail;
Pero, Ossian, que esté presto
Tu escudo á alzarse al peligro,
Inmediato siempre á ellos.
Más de una vez fué la imagen
De firme roca que á tiempo

Al roble de las montañas
Salvó, en terribes momentos,
Cuando inclinaba su frente
A merced del rudo cierzo,
Y cuando todos los árboles
Cercanos con ronco estruendo,
Derrumbados se esparcian
Por las llanuras y cerros.

VI

El jefe anciano de Sliruth se hallaba
Apoyado en el tronco desprendido
De la cima de un árido peñasco
Por las airadas sombras, á los silbos
De los furiosos vientos. Arrancaba
Sin darse cuenta de su accion él mismo,
Con una mano, allí de su corteza
El musgo casi seco y desunido,
La lanza sosteniendo con la otra,
De su padre, en la cual estaba extinto
Su luciente esplendor, pues de los años
El orin ocultaba el primer brillo.
Allí pasaron por su alma todos,
De su edad juvenil, tal como un rio
Silencioso, los dias. No marcaba
Su paso algun rumor, si no era el tímido
Que producía el canto de los bardos
En baja voz á veces repetido.
Ansiaba que este canto con su gloria
Llegar pudiera á venideros siglos.
Mas cuando oyó que para dar guiando
A una hueste al ejército enemigo
La batalla, nombrado era, del héroe
Por las guerreras prendas, á su hijo,

De los pasados tiempos el recuerdo
Olvidó en el instante de improviso.

Dulce sonrisa apareció en sus labios;
De su frente apartó sus blancos rizos,
Y tendió sus miradas, anheloso
De encontrar las ardientes de su hijo,
Pero no las halló. La triste noche
De la vejez á circundarle vino
De las espesas nieblas que no pueden
Disipar luz alguna con su auxilio.

VII

Curach, así exclamó, mi lanza toma.
Cual de las hojas secas
Cubre el otoño los senderos húmedos,
Los héroes con frecuencia
Han sembrado los suyos de despojos,
Al blandirla en las guerras.
Como tus padres en las crudas lides,
Con tu brazo manéjala.
Mis ojos en las sombras hoy ya duermen,
Mas tus padres te vean
Desde el seno incorpóreo de esas nubes,
Y que en tu gloria excelsa
Sus sombras se complazcan. Hijo mío,
Que toque, pues, me deja
Porque á Sorglan los años han cegado,
Tu armadura; que pueda
Tocar tu espada. ¿La afilaste, hijo,
Para la lucha fiera?
Deja que toque tu broquel: es roca
De acero en la contienda.
Más tirantes estén que cual las tienes,
Estas anchas correas:

Yo tan flojas jamás, cuando era jóven,
Me agradaba tenerlas,
Cuando á la lucha de las lanzas iba,
Y la sangre en mis venas
Con ardor inmensísimo su curso
Precipitaba. Era,
Curach, tu padre en juveniles años,
La tempestad funesta
Para el osado luchador.—Un día,
En Iforlo acaesciera,
Siete jefes conmigo se juntaron:
En sus verdes florestas
Los alígeros gamos perseguíamos.
Uthorran con rudeza
Injurióme. ¡Jamás, así exclamara
En su altiva soberbia,
Atrás fui yo dejado.—Nuestro esquite
Quemára en la ribera,
Y á veinte de los suyos les previno,
Que allí nos sorprendieran
Al caer de la tarde, do el reposo
Nos daba una caverna.
Inlorno, que era nítido destello
De original belleza,
Sus palabras oyó, viendo de sombras
Terribles y siniestras
La frente de su padre circundada,
Cual la nube funesta
De Lano que en su seno va escondiendo
La fulmínea centella.
Su amor me daba y de riente arbusto
Para su alma era
Mi imagen, y temblaba de que fuese
Derribado en la tierra

Por viento destructor, y se decía:
 «Si su ráfaga fiera
 Las verdes ramas por el suelo abate,
 No saldrán hojas nuevas
 De mi tallo, y no más podrá de nuevo
 Despertar mi belleza,
 A la voz que dulcísima levante
 La hermosa primavera.»
 Al declinar la tarde la encontramos
 Allá en nuestra caverna.
 Sus blondos bucles agitaba el viento
 Sobre su faz cubierta
 De rubor y de lágrimas, en tanto
 Nos daba á todos cuenta
 Del peligro en que estábamos. —No esteis
 En esta umbrosa cueva,
 Mas no digais que Inlorno hasta vosotros
 Llegó deesta manera.
 El alma de mi padre está sombría
 Como la noche eterna
 Del postrimer asilo. ¡Por qué sabe
 ¡Ay! de mí! ¡Suerte adversa!
 Que el jefe de Shlruth de la hija suya
 El alma tiene entera!
 Envolvióse en su nube, retirándose
 Cual la luna serena
 Despues que ha encaminado con sus luces
 Al perdido en su senda.
 Sin recelar su engaño el caminante
 Vagaba por do quiera;
 En las pendientes de empinada roca
 La claridad refleja
 Del astro bienhechor; mira en su torno,
 Y advierte con presteza

Su camino anterior, y en él bendice
 La luz que por él vela.
 A las pérfidas gentes combatimos:
 La victoria fué nuestra.
 A Inlorno allí buscamos, mas la espada
 De su padre sangrienta,
 En el seno la hirió. Luego la hallamos
 En su morada tétrica
 Anegada en su sangre. Estaba hermosa
 La infelice doncella,
 Cual moribundo cisne que doliente,
 Del Lano se contempla
 En la espuma, mostrando el pecho herido
 Por la certera flecha
 Del cazador, y sus nevadas plumas
 agitadas apenas
 Al suspiro del céfiro. Su hermano,
 Un niño, en su inocencia,
 Preguntónos por qué no se quería
 Alzar, y en su extrañeza,
 Por qué la causa del amargo llanto
 Que en nuestros ojos viera.
 De esta vírgen alcé la triste tumba
 En su nativa tierra:
 La luna cuando todo está sombrío,
 De claridad la llena.
 Las sombras de cien vírgenes modulan
 Sus canciones más tiernas,
 Sobre las brisas que veloces pasan.
 Encuéntrase con ellas
 El alma de mi Inlorno; va en sus nubes.
 Melodiosas sus quejas
 Inundan el espacio, y de sus ondas
 A través, el sol deja

Que un rayo de su luz allí sonría
De su tumba en la piedra.
Durante tres jornadas, en la triste
Mansion de la que era
La más gentil y hermosa, de mi Inlorno,
Las lágrimas corrieran:
A la cuarta surcábamos las olas
En la nave ligera
De Ulthorran. Tales fueron las hazañas
De la edad placentera,
De la felice juventud distante.
¡Curach, ay, tales eran!
¡Que al de tu padre tu renombre, hijo,
Igual en todo sea!»

VIII

Como con gritos agudos
Desde la region del aire
Fija el águila su vista
En el desierto paraje
En que duerme el cervatillo,
Así Caruth ráudo y ágil,
Devora el espacio, yendo
En busca de los combates.
Sus guerreros igual síguenle.
El ruido que ellos hacen
En su marcha, se parece
Al de un río que pasase
Bajo alta roca; á aquel trueno
Que las entrañas guardaren
De la tierra, cuando al bosque
Se ve agitar su follaje.
Sin que una inflamada nube
Sobre el césped se derrame.

Dargo avanza, Dargo fiero
Que es el rayo del combate,
Las olas de sus valientes
Conduciendo, semejantes
A las del Balva. Es su paso
Taciturno, lento, y fácil
Es de advertir que son fuertes
Y de atrevido carácter.
Cabalgaban ambos héroes
Por las dos distintas márgenes
Del Moruth.—Se detenian
Para á la vez admirarse.
Empuñaban placenteros
Sus fuertes lanzas. Halláronse
Muy en breve en la mitad
De las aguas, do sus haces
Les siguieron, cual dos nubes
Tormentosas, y á mezclarse
Vino en su torno el acero
Con el acero al instante.
Las olas allí se tiñen
De púrpura. y cuando lamen
El férreo broquel, de espuma,
Y allí en los cañaverales
Se ven las manchas extensas
Que va dejando la sangre.
Engruesando van el curso
De las aguas los cáda-veres.

IX

¡Más quién dirá los horrores
De aquella terrible lucha?
El escudo de Curach
Que no sostenian seguras

Sus correas, viene á tierra.
 A cogerle se apresura,
 Pero la espada de Dargo
 Troncha su mano con furia.
 Sobre el escudo crispada
 Flota en las aguas. ¿Qué duda?
 ¿Aun no le queda la otra?
 Curach retrocede; empuña
 Su espada que fulge llena
 De amenazas. «¿Que me cubra,
 Osian, así me dice,
 Tu broquel, pero no acudas
 Con tu lanza al enemigo.
 De los guerreros no dura
 El renombre, sino cuando
 Con igual número luchan.»
 —«Con un enemigo herido
 Jamás combato, que nunca
 A mi gloria serviría
 Su muerte.» Así se apresura
 A decirle Dargo. «Vete,
 Vete á soñar con tus últimas
 Proezas, y con el hijo
 De Fingal mi acero fulja!»
 Curach se alejó: en sus ojos
 La llama se vió iracunda
 Del despecho: en tierra echóse
 Y luego advirtió con suma
 Complacencia allí un escudo
 Sin dueño, pues que su tumba
 El que lo fué, vino á hallar
 En la contienda sañuda.
 Conchana, exclamó, sujétalo
 Con las fuertes ligaduras

A mi pecho. Todavía
 Podré combatir. ¿Quién juzga
 Así que me falta un brazo?
 ¿Para qué quiero su ayuda?
 Contra Dargo alcé mi lanza,
 Y á tal embestida brusca
 Retrocedió, y vacilando
 Cayó, asiéndose con súbita
 Presteza, de un viejo roble.
 El chocar de su armadura
 Y el ruido de las ramas
 Al romperse, allí retumba.
 Se levanta, y en el árbol
 Se apoya, y así procura
 Blandir su espada, mas viéndole
 Sin fuerzas, mi acero excusa
 Atacarle. Sus guerreros
 En su torno se acumulan
 Moribundos, cual las hojas
 Ante el ábrego que zumba
 En el crudo invierno. Pasa
 La corriente de la altura
 Sobre sus frentes, y agita
 Su cabellera negruzca
 Sobre las rocas, y aquí
 Y allí las flotantes plumas
 De los cascos balancea,
 Alzando sus voces rudas.
 «Ossian, gritóme Dargo,
 Tu espada esgrime. Mal juzgas,
 Si por vencido me tienes.»
 —«Curach alzaré la suya.»
 Dijo este bravo, lanzándose
 A través de aquella turba

De soldados, y á la vez
Sembrando con saña ruda
La ribera de cadáveres
Y de despojos. «¡Concluya
Con él mi espada!» Y cumpliendo
Su amenaza furibunda,
El arma, hiere de Dargo
El pecho, cual la sulfurea
Centella al inhiesto roble
En ráudo instante derrumba.

X

Rodó el caudillo al torrente,
Y su caída, á sus bordes
Estremeció; sus guerreros
Retrocedieron entonces.
Pero Cuthon aun segaba
Con sus hastes nuestros hombres
De allí distantes, igual
Al torbellino que corre
Formando espesa columna
De polvo, ó como veloces
Los vientos barren la nieve
En el declive del monte.
Corrí en auxilio de aquéllos,
Pero Ferjus precedióme.
En la presencia de Cuthon
Se inflamaron sus furores.
Parecíanse sus ojos
Al río de fuego que impone
Al recorrer los espacios
En las horas de la noche.
Con la alegría del águila
Que distingue en sus feroces

Intintos, allá en la cima
De Moruth su presa, y pone
Su vista en ella y desplega
Al fin sus alas disformes
En las corrientes del viento,
Al enemigo lanzóse.
Cuthon quedó leve instante
Tan terrible como inmóvil,
Como la sombra nocturna
Que del Lena junto al roble
Reposa, y ve el meteoro
A su paso y lo recoge
Para revestir sus miembros
Del terror que angustia pone:
Desde las nubes, proyecta
La guerra y daños y horrores
Y espantos, flotando encima
De las trémulas naciones.
Así Cuthon ráudo vuelve
A empuñar sus armas nobles.
Pero viendo á sus guerreros
Desparecer, que devore
Su cólera, en lentos pasos
Retirándose, no asombre.
Por dos veces en su senda
Se detiene, sin que adonde
Dirigirse sepa, como
El Balva preso en sus bordes
En la estrechura del valle
Cuando no sabe si sobre
A aquel lado ó á este el curso
Ha de llevar. Al fin pone
Sus ojos en el paraje
Do luchó su padre. Entonces

Ve su ardiente cabellera
Sobre las aguas que corren.
Aun en su diestra empuñaba
Dargo su acero; aun del roble
Hallábase asido..... Cuthon,
Alteradas sus facciones,
A él corrió: inmenso grito
Le arrancaron sus dolores.
En sus brazos, pues, condujo
Hasta la cima del monte
A su padre, confundiendo
Sus suspiros y clamores,
Con el chocar de sus armas,
Con los zumbidos del Norte.

XI

A incorporarnos con Fingal partimos
Con lento paso; la corriente undosa
De un riachuelo encontramos entre el cé-
(ped.

Prueba Curach á franquearlo, y logra
En su lanza apoyándose, á su orilla
Llegar, mas luego con mortal congoja
Tendido cae; sus invencibles fuerzas
Perdidas siente: á su broquel las olas
Cubrieron, y á la vez del noble pecho,
Con sus espumas las heridas hondas.
Ossian, con voz débil así hablara:
Da á mi hijo esta espada sin deshonra.
De Sliruth en el valle has de encontrarle,
De las plantas jugando con las hojas.
Muy cercano de él, el agua pura,
Saltando con bullicio de las rocas,
Entre dos verdes márgenes sombrías

Desciende ráuda: su murmurio nota
Mi hijo, que, «mi padre oigo que llega»
Exclama con afán y voz gozosa.
Corre á mi encuentro, mas su paso entonces
Velozy fíme la corriente corta.
¡Vuelve á jugar con las pequeñas plantas,
Oh el hijo de mi amor! De vaporosa
Nube en el seno te veré, y mi vista
Brillará de placer en tales horas.
Dile, Ossian, cómo su padre ha muerto,
Porque en su alma la bravura toda
De su padre renazca cuando lleguen
Los años en que fuerte se conozca.
El vestido ofrecido á mi regreso,
Oilamin, me prepara por sí propia;
Mas sus lágrimas corren; á su alma
Pensamiento fatal constante acosa,
Y entre sus blancas manos su cabeza
Con indecible desaliento apoya.
Oilamin, tus temores no son vanos.
Sobre los campos de Moruth ahora
El héroe yace: tu fatiga excusa,
¡Oh ser amado, que de grises sombras
Va á ser en adelante de tu esposo
El adorno inmortal, la eterna ropa!

XII

Una tumba cavamos á este jefe
Y dijeron su gloria nuestros bardos,
En tanto que la piedra que debía
Conservar su memoria levantábamos.
El rumor de sus inclitas hazañas
Llegó al oído de su padre anciano,
Que esperaba el regreso de su hijo

Bajo el adusto peso de los años.
Imaginó que á su presencia entonces
Con los himnos de gloria era llevado:
Para buscarle, su temblante diestra
Tendió impaciente y sólo en el espacio.
De un modo más distinto, tristes ecos
Escuchó de los cantos funerarios.
¡Conque falta á tu padre ya su hijo,
Oh Caruch? gritó el viejo desolado.
En la profunda oscuridad incierto
Se adelantó con desiguales pasos.
Con un héroe que el alma á cien heridas
Abierta allí mostraba, tropezaron
Sus piés entonces. «¡Conque á ser tan débil
El jefe de Sliruth así ha llegado!»
Entre suspiros exclamó aquel triste
Herido, su cabeza levantando
Sobre su roto escudo, con fatiga
Porque su pecho estaba traspasado
De aguda lanza. «De Sliruth el jefe,
¿En Iforno, no estuvo, ó yo me engaño?
Si allí estuviste tú, toma esta espada,
Quizá la reconozcas; de las manos
De un guerrero famoso recibila
Siendo jóven. No más el desdichado
Ulan-Forno alzará su frente osada,
Porque una tumba le dará el descanso.»

XIII

El recuerdo del pasado
Despertóse en el momento
En aquella alma afligida
De Sorglan. Todos le vieron
Sollozar sobre el hermano

De la que fué aquel primero
Rayo de luz de su amor,
No olvidado con el tiempo.
Al sepulcro de Curach
A los dos llevamos luego:
Sorglan tocó aquel paraje
En que debía muy presto
Reposar, y con voz débil
Ulan-Forno pidió un puesto
Para su tumba, cercano
Al del héroe guerrero.
«A mis salas enviad
Aquesta lanza que os dejo,
Nos dijo, será el sosten
En vez mía, cuando menos,
De mi madre que sucumbe
De los años bajo el peso.
Mas no tengo tierna esposa
Y me faltan herederos
De mis armas, que con gozo
Las contemplan. ¡Ay, yo muero
Como el jóven arbolillo
Que en el collado desierto
Y solitario, á los soplos
De los espíritus negros
De Loda, se ve encorvado:
Arrancadas por el viento
Están sus raíces ya,
Y ningún retoño nuevo
Saldrá de su triste tronco
Abandonado y ya seco.
Elevad aquí mi tumba,
De Morven los héroes buenos,
Y enviad mi fuerte lanza

Al hogar de mis abuelos.
 —«Enviaré tu lanza, si;
 Dijo Fingal, mas no esto
 Habrá de ser lo que sólo
 Reciba tu madre luego
 En vez de su hijo. Ahora
 En su alcázar brilla ardiendo
 El roble encendido. Danse
 Los bardos á sus conciertos,
 Y comparan la luz pura,
 Su fulgor más vivo y bello,
 A la gloria de su hijo,
 A sus más heróicos hechos.
 Se estremece de alegría
 Su alma, y de llanto llenos
 Se ven sus párpados; llanto
 Dulce y de júbilo intenso.
 «Esa gloria de Ulan-Forno,
 Exclama, es astro de fuego
 Que alumbrará de mi vida
 El último instante fiero.
 Sobre mis últimos años
 Reflejarán sus destellos
 Y á la madre de Ulan-Forno,
 Bendecirán sus guerreros.
 »Para enjugar esas lágrimas
 De dicha y júbilo inmenso
 Que empañan su débil vista,
 Se interrumpe; mas ¿qué es esto?
 El escudo da un sonido
 Apagado, y su reflejo
 Es sombrío..... De tu madre
 Palidece el rostro presto.
 Ulan-Forno, El dogo aulla

Allá fuera. ¿Es un lamento,
 O á Ulan-Forno ve llegar
 De las lides de regreso?
 El viejo bardo ha salido
 Para saber qué es aquello;
 Y apoyandose en su lanza,
 Sobre la cumbre allí inhiesto,
 Recorre la azul llanura
 Con fijos ojos atento,
 Y ve encima de los mares
 Extendida por los vientos,
 Larga cadena de nubes
 De sombrío y triste aspecto.
 Reconoce que los héroes
 De la patria yacen muertos.
 Sus puertas pide que abran
 Los alcázares aéreos,
 Y á recibirlos acuden
 En sus nubes sus abuelos.
 A Ulan-Forno ve marchar
 A su cabeza; al momento
 Por su gallarda estatura
 Le distingue. Es él de cierto.
 Una estrella débil brilla
 A través de aquel inquieto
 Monte de plumas que sombra
 Dan á su casco de acero.
 Su escudo en todos sentidos
 Está á los golpes abierto.
 Las nubes de forma cambian.
 El bardo vuelve ya dentro;
 Su semblante está sombrío
 Cual meteoro funesto;
 Cual el que acaba de ver

Y observar allá en el cielo.
El arpa tiene en su mano,
Mas sólo da tristes ecos,
¡Oh bardo, dice un fantasma
Que junto pasa muy quedo,
Suspende el arpa del muro.
Nuestro valiente guerrero,
De Morven en las colinas
Con gloria inmensa tenemos.

XIV

Esa gloria en Morven has recibido:
Si, fantasma glorioso,
Y Fingal tu alabanza ha repetido,
Cuando de Inlorno, con la imagen llena
El alma de Sorglan, vertió angustiosa
Amargo llanto sobre tí, y los bardos
A tu nombre han unido
El de Curach cuyo recuerdo apena.
Te tengo en mi memoria:
De tu nombre me acuerdo cuantas veces
En los vientos del Norte te apareces
Sobre el lugar de tu envidiable gloria.
Tu arrogante estatura
Admiran los infantes. Una sombra,
Se dicen, inclinándose fulgura
Sobre Moruth. Los golpes de tu lanza,
Han herido en un número que asombra,
Corazones y escudos; cual centellas
Brillan los rayos de tus ojos siempre,
Al débil resplandor de las estrellas.
Reconozco de Iforno al gran caudillo,
Y enseño con afán a los pequeños
El canto de su gloria.

Ellos dicen que Dargo con el brillo
De su grandeza le acompaña: el viento
Agitando va el ígneo meteoro
Que forma su abundosa cabellera,
Y el roble que en los montes tiene asiento,
A su lado se ve de igual manera (1).
¡Cuán me complace, mis queridas sombras,
Que vuestros campos visiteis constantes!
Del contrario guerrero los fantasmas
Hostiles no le son, porque incesantes
Olvidan ya los bravos fenecidos;
Los rencores del mundo; ya sin odio
Se encuentran y recorren conducidos
De la furiosa tempestad en alas,
Juntos los cielos. Del escudo el choque,
De la lanza el rumor no es escuchado
En sus etéreas y apacibles salas.
Se ven juntos sentados los que antes
En las lides midieron sus aceros.
En un mismo festín se ven triunfantes
Los ínclitos guerreros
De Loelin y Morven, y todos juntos
Atento oído prestan
A los himnos del bardo, placenteros.
¡Por qué luchar aun, cuando tan vastos
Son los campos aéreos, y en las nubes
De ese cielo extendido,
Los ciervos son en número crecido?
Como yo sonriendo,

(1) El poeta supone que el roble es, en el otro mundo, un compañero tan esencial del druida, que también existía a su lado en aquí.

Miren los años que al pasado huyen,
Y suspiran, teniendo
En la memoria los alegres días,
Que perdidos jamás se restituyen.
Tienden su vista hacia la tierra, yendo
En sus nubes sombrías,
Y se admiran entonces de que fueran
Por liviano motivo,
En los rencores que la paz alteran,
Traspassados del hierro vengativo.
Sí, vosotros los héroes que en regiones
De ventura habitais, ya veis pasado
El sueño de la vida,
Cual de Dargo, Ossian ve las acciones,
La gloria conseguida,
Y la lid en que fama ha conquistado.
Este suceso que os conté en mi anhelo
De enzalzar al guerrero valeroso,
Es no mas que un relato fugitivo
De los años que el tiempo presuroso
Mas allá de Morven llevó en su vuelo.

COLMUL
HIJO DE DARGO

SUMARIO.

Este poema es la continuacion del titulado Dargo, hijo de Druivel.—Dargo es conducido al lugar de su sepultura.—Ossian y Suilocha observan los movimientos del enemigo, y son testigos de sus supersticiosas ceremonias.—Regresan al oir los sonidos del escudo de Fingal.—Fergus, hijo de Fingal, recibe el encargo de conducir las tropas al combate.—Colmul y él vienen á las manos.—Fingal va en socorro de su hijo, y pone fin á la batalla.—Colmul muere de sus heridas despues de haberse reconciliado con él.—Se pacta una paz duradera, por mediacion de Lugar, cuya historia refiere Ossian entonces.

COLMUL

HIJO DE DARGO

I.

Bosque salvaje de Moruth, el viento
Destroza la corteza de los árboles,
Y el huracan airado los encorba
Y con violencia abate
Sus muertas ramas, como rándo juega
Con mis blancos cabellos. ¡Cuán fugaces
Son la fuerza, el vigor que bajo el ala

De los tiempos se parten;
Que ya no vuelven cuando el vuelo elevan
Delosrios del desierto hasta las márgenes!
Mas sin fuerza y vigor no ¡nos hallábamos

De Moruth en el valle,
Entre el tumulto de la lid cruenta,
Cuando temblaba, reteñida en sangre,
De Colmul á los pasos, la llanura

En que se dió el combate.
Antiguos pinos de Moruth, ¡acaso
De su inmenso valor no os acordais?
De vuestra hermosa juventud pasada

En tiempos memorables,
Cual los del bardo al fin vuestros recuerdos
Que estén borrados para siempre es fácil,
Mas el vago reflejo de los dias
Que hoy lejanos se hacen,

Encantos tiene que á los ráudos tiempos
Acaso sobrevivan. A contarte
Voy un suceso de pasados años,
De gloriosas edades,
Que huyeron [sobre el campo del desierto
Donde nunca dejaron las señales
De su paso y tampoco esos vestigios
De las acciones grandes.

II

Terminada estaba ya
De Dargo la gran batalla:
Sobre sus fuertes escudos
Ya los héroes reposaban.
Tres piedras, hijas del río,
Bajo las pródigas ramas
De alto pino de Moruth,
Y teniendo coronadas
Sus frentes toscas y altivas
De juncos, allí guardaban
Al porvenir la memoria
Del lugar en que fué alzada
La tumba á que conducimos
Con amargüisimas lágrimas,
De Curach los restos. Yo
Junto á esta tumba elevada,
Pasé la postrera noche,
Apoyándome en mi lanza.
De Ardven cual la nube, en breve
El sueño sobre mi alma
Sus vapores extendió,
Pero las formas fantásticas
De otras tierras á mis ojos
Brillaron cual en las aguas

Del Cona trémulas, luce
El sol cuando las montañas
Cubiertas están de sombras,
Y las neblinas se paran
Entre los cuernos del ciervo
Que recorre la enramada.
Curach se alzó en mi presencia
Sobre nube aérea y vaga,
Tal cual le ví poderoso
En los campos de batalla.
El ardor de los combates
Aun lucia en sus miradas,
Y un pálido meteoro
En la forma de una espada,
Era su guia en las sombras
De las regiones más bajas.
El viento elevó su escudo:
Sus correas se soltaban,
Porque faltábale un brazo
Para alzar alto sus armas.
Reconocí de mi amigo
La sombra ligera y pálida.
Ante mí con triste aspecto,
Por algun tiempo su marcha
Signiera, y más de una vez
El viento ya dispersaba
O ya reunia sus miembros,
Mas conservando fantástica,
De Curach la misma imágen
Que á mi afecto era tan grata.
«¿Por qué Ossian se ha dormido?
Dijo con voz apagada
Sobre su nube inclinándose.
¿Entregarse al sueño en calma

Los guerreros de Morven
Se han de ver cuando amenaza
En las sombras el peligro
Alrededor de sus armas?
De aquel pino de Moruth
Se apoderó á estas palabras,
Y despues de sacudirlo,
Se alejó de mis miradas.
Al ruido de las hojas
Despertéme: allí la llama
De un seco tronco avivé.
Al resplandor que lanzaba,
Apercibiéronse en breve
Los guerreros, que las armas
De Colmul seguian; al punto.
Se retiraron. Con ansia
Llamé á Suloicha. Este héroe
De recorrer acababa
Las riberas de Moruth
Que el enemigo ocupaba,
Reconociendo sus fuerzas
Con arrojo y con audacia.

III

A la verde isla en donde
Reposaban sus abuelos (1),
Llevado fué por los mares
Del terrible Dargo el cuerpo,
A la sombra de una encina

(1) Esta isla es probablemente la de Yuna, adonde, según el obispo Pocock, se habían retirado los últimos restos de la secta de los druidas. Su antiguo nombre era *Innis-Druinach*, Isla de los druidas.

Encorvada por el tiempo
Y cuyas ramas flotantes
Gastadas se estaban viendo
Por el roce con las piedras
Que entre aquel follaje espeso
Sus toscas frentes mostraban.
Los bardos alzaron luego
Sus alabanzas al héroe
A quien ráudos en el cielo,
Los fantasmas de sus padres
A recibir acudieron
Sobre las nubes de nieblas
Y de vapores espesos.
Sus ojos estaban rojos
Por el llanto más acerbo:
De su ilustre descendiente
Lloraban el fin funesto.
Las corrientes de Moruth
Atravesé en el silencio
Con Suloicha. Por tres veces
Escuchamos el acento
Del hijo de Loda, á sí
Llamando á todos aquellos
Que temblando á sus furores,
Le rinden su culto ciego.
Escuchamos, pues, sus gritos
Extenderse con estruendo
Alrededor de las piedras
Del circuito allí inhiesto.
«Corred, vapores del Lano
Que vais la muerte esparciendo,
Así decian, corred
Vuestras columnas de fuego
Sobre las altas colinas

Del enemigo al momento!
Del terror acompañado,
Loda descende á sus sueños,
Y con forma aterradora
Aparécete entre ellos;
Desata en su torno al punto
Todos tus rayos tremendos,
Y precediendo á tu paso,
Escuchen la voz del trueno.
¡Corred, vapores del Lona
En derredor de los fieros
Enemigos sin tardanza:
Loda, descende á sus sueños,
Del terror acompañado,
Que espanto ponga á sus pechos (1)»

IV

Mientras los hijos de Loda
Daban al aire sus gritos,
Los ancianos (2) no guardaban
Silencio, porque asimismo
Evocaron, y con éxito,
A los aéreos espíritus.
Al pasar los escucharon
De aquel Dargo los amigos,

(1) El uso de los encantamientos era tan común entre los Scandinavos, que, en los últimos tiempos, todos los depósitos de su saber y todas las piezas de poesía rúnica, pasaban por encerrar poderosos sortilegios.

(2) Refiérese á los druidas. Se deduce de lo que sigue que poseían el secreto de inflamar una materia sulfurosa, con la que se servían para espantar á sus enemigos.

Yendo en alas de los vientos,
De meteoros vestidos.
Del hijo de Dargo en torno
Dejaron mostrar su brillo:
Los extranjeros solían
Diseminarse á este signo.
Cual de la yerba del monte
Que abrasa el incendio activo,
Refugiándose en el valle
El gamo va fugitivo,
También así el extranjero
Desparecía ante el peligro
Con que amagado se hallaba,
De los abuelos sombríos
De Dargo, pero á los riesgos,
De Morven el jefe, el mismo
Espanto jamás sintiera
En su nunca flaco espíritu.
Sosegado se halla siempre
Entre estos héroes tan tímidos.
Contemplando los fulgores,
Al hijo de Dargo vimos
En apartado paraje,
Como su aspecto, sombrío.
Sobre su lanza inclinado
Ya del sueño acometido,
Ya con aire de amenaza
Agitándose intranquilo.
El dolor, los pensamientos
De la lucha, en un abismo
A su alma quebrantada
Sumían. Allí distinguimos
A la sombra de su padre.
Apoyábase el caudillo

Melancólico en la nube
Que abultaba de improviso
La clara luna; á un anciano
De las rocas (1) parecido,
Cuando en otros mundos tiene
Sus pensamientos ya fijos.
A merced de ráudo viento
Sus cabellos eran vistos,
Y cual la voz de la brisa
Entre los juncos erguidos
Del Lego, cuando las sombras
De los que ya han fenecido
Privados de gloria en parte,
Recorren sus bordes frios
En forma de tristes nieblas,
Se escuchaban sus suspiros.

V

De Fingal sonó el escudo;
Le respondieron las peñas
De las colinas. Los ciervos
Dejando el lecho de yerbas,
Retemblaron, y las aves
Batieron sus alas bellas
Con pavor sobre los troncos
Del desierto. Su carrera
Detuvo el lobo, viajero
Nocturno, allá en la pradera,
De sus hazañas el campo,
Donde buscaba su presa.

(1) Es preciso entender por estas palabras, habitantes de las rocas, un druida ó un culdeo.

Ahullando corrió á ocultar
Su terrible rabia hambrienta,
En su guarida. ¡Oh los hijos
Del bosque, huid de esa bestia!
Dirigimos nuestros pasos
De Fingal en busca. Era
Mi compañero Suloicha,
Quien miró si las estrellas
Palidecian ó estaban
Hacia el Oriente dispersas.
Su pié tropezó en el cuerpo
De un guerrero que debiera
Ser de la hueste de Dargo.
Apoyado en una piedra
Se hallaba: sobre su escudo
Reposaba su cabeza
Ensangrentada. «¿Poqué,
Dijo á Suloicha, así alteras
El reposo del guerrero
Que ya carece de fuerzas
Para alzar su lanza fuerte
Que tan temida antes era?
¿Por qué como el viento brusco
Del desierto así vinieras
A espantar el grato sueño
En que gozaba? A la bella
Roscana veía, en los rayos
De mi amor el alma envuelta.
¿Por qué su sombra espantaste?
¿Por qué mis dulces quimeras?
—Ese rayo de tu amor,
¿Esa Roscana quién era?
Dijo Suloicha. ¿Sus ojos
Parecian las estrellas

Que brillan entre las ondas
 Matinales? ¿Su voz tierna
 Semejábase al sonido
 Del arpa de Ullin? ¿Ligera
 En su paso, pareciase
 A la brisa dulce y fresca
 Cuando encorva á sus suspiros
 La linda flor medio abierta?
 ¿Su continente era aquel
 De la luna cuando llena
 De majestad en la calma
 De la noche, se refleja
 En una nube y en otra,
 Del espacio entonces dueña?
 ¿La viste tú como el cisne
 Que las claras ondas llevan,
 En su dolor, resignado,
 Y su soledad, sin quejas?
 Sí; la hallaste como yo
 Te pinté su imagen tierna.
 Esa Roscana fué mia.
 ¿Que hiciste, extranjero de ella?
 —Sobre el seno de las ondas
 Hallé á la hermosura esa.
 Hacia una isla distante,
 En su esquite iba ligera,
 Donde un jefe de Morven
 De acudir le hizo promesa;
 Mas no fué. Su amor ansioso
 Solicité, y que siguiera
 Mis pasos á la llanura
 De Iuna, y fué su respuesta
 Que tres lunas esperase.
 Suloicha tal vez aun venga,

Me dijo, pero agoviada
 Por el dolor, cayó muerta
 Antes de aquel corto plazo,
 Como el abeto se seca
 En su edad lozana herido
 Por las ráfagas violentas
 Del viento del Norte. Allí
 Su tumba alcé en la ribera
 De la isla, colocando
 Sobre la misma dos piedras.
 Cercano un tejo sus ramas
 Y negras hojas desplega;
 Un manantial, de una roca
 Cubierta siempre de hiedra,
 Salta allí, los pies bañando
 Del árbol del duelo. Aquella
 Gentil Roscana allí duerme
 En una mansion eterna.
 El marino que en la noche
 Tempestuosa se llega
 A aquel paraje, una sombra
 Encantadora contempla
 Vestida de la más blanca
 Y admirable de las nieblas
 De los montes. Bella eres,
 Dice, oh Roscana; así envuelta
 En un ropaje de nubes,
 Más hermosa que mis velas.
 De tal modo hoy en mis sueños
 Acabo también de verla.
 ¿Por qué no le fué á mi alma
 Permitido que acudiera
 De tan dulce luz al seno?
 Roscana, tu imagen venga

De nuevo á mis sueños; dame
 Tu resplandor que consuela,
 Cuando sólo tristes sombras
 Y soledades me cercan.
 —Jefe de Iuna, á mi amada
 Su lecho abriste en la tierra.
 Si tus heridas no pueden
 Curar del monte las yerbas,
 Se alzaré en Morven tu fama,
 Y al par tu fúnebre piedra.
 ¡Roscana, por mí has gemido,
 Y yo ocasioné tus penas!
 Arbolillo de Moirra,
 ¿Están tus ramas ya secas?
 De tu lado me apartaron
 De Fingal las crudas guerras:
 A un amigo te envié;
 Ni su esquite ni él volvieron.
 Mi vista al nacer la aurora
 Fijaba en el mar extensa,
 Y mis postreras miradas
 En la tarde, errantes, llenas
 De inquietud estaban fijas
 Sobre sus olas revueltas.
 En la oscura noche, luego
 Apoyaba mi cabeza
 En las rocas, pero sólo
 A mi fiel Roscana viera
 En los sueños que á mis ansias
 Y á mi dolor daban treguas.
 Jefe de Iuna.....; mas qué,
 No me respondes? ¡Tu lengua
 Muda está ya! De la luna
 A los rayos veo cubierta

Tu faz de las tintas pálidas
 De la muerte. Son tus bellas
 Limpias pupilas azules,
 Llamas que luz no destellan.
 ¡Oh el amigo de Roscana;
 Tu tumba va á abrir mi diestra!»

VI

Por segunda vez se oyeron
 Resonar los golpes fuertes,
 De Fingal en el escudo,
 Como el ruido que mete
 En la calma de la noche
 El árbol que se desprende,
 Y que arrastra en su caída
 Cuanto á su paso se advierte.
 A sus guerreros llamaba.
 Acudimos prontamente,
 Del sepulcro de Curach
 Pasando cerca. ¿Quién puede
 Llorar así de ese modo,
 En silencio, sobre el césped,
 Sin cuidarse del sonido
 Del broquel de nuestro jefe,
 No más que de los fulgores
 Del alba apenas naciente?
 ¿Quién? Cossagalla no halló
 A su dueño allá en su albergue.
 ¡Alta la oreja, el fiel dogo
 Tendido en la roca ves!
 De todos puntos del cielo,
 Aspira ansioso el ambiente;
 Su nariz á toda brisa
 Que agita la yerba, vuelve,

Mas su dueño en parte alguna
Es imposible que encuentre.
Ni la hoja más pequeña,
De su árbol se desprende,
Ni ave alguna en la espesura
Su ligero vuelo cierne,
Sin que el pobre Cossagalla
De advertirlo entonces deje,
Pero á Curach no distingue,
Pero su dueño no vuelve.
Aquel campo de batalla
Á olfatear se detiene,
Y á encontrarse llega al cabo
Ai borde de la corriente,
Toda manchada en la espuma
De sangre en que se revuelve,
La mano que fué cortada
A su señor. Ráudamente
Llévala aullando á su tumba.
En la que al punto se tiende:
Sobre tan triste despojo
El cuello constante tiene.
Le vi al pasar, y mis párpados
Se bañaron tristemente
De lágrimas: de mi Oscar
Y su fiel perro acordéme,
En mi lanza algun apoyo
Buscando un instante breve,
Llena el alma de dolor
A recuerdos tan crueles.
Reclamábanme entre tanto
Del soldado los deberes.
Procuré llevar conmigo
A Cossagalla, mas éste

Rehusó seguirme. Lanzó
Tres aullidos ya muy débiles,
Y espiró. ¡Como la arcilla,
Oh tú el más fiel de los fieles,
Helado estás, Cossagalla;
No respiras!..... ¡Triste muerte!
¡Por qué las lágrimas hoy
Así mi vista oscurecen?
Mi valor se debilita:
No sé el pesar lo que tiene.....
Mas los golpes del escudo
Me despiertan de repente.
En rededor de Fingal,
Hé ya reunidos los héroes!

VII

Como á los rayos del sol
Se ve dorar con sus luces
De innumerables fulgores
Los rebordes de las nubes,
De Inisfail y Morven
Las lanzas así relucen,
Y por millares se elevan
Ante el hijo tan ilustre
De Fingal —Curach no existe.
Mil héroes que por costumbre
Guardan silencio ante aquel,
Le miran. ¿A quién incumbe
Mandar la hueste en la lucha?
¿Quién piensa que en ella busque
Así su gloria? Apartado
Allí á Fergus se descubre:
Tiene la lanza en su diestra,
Sin que nada le preocupe

Al parecer; pero sueña
En esa gloria, y aun surge
En su pecho la esperanza,
Y le conmueven y acuden
A su alma la memoria
De sus acciones ilustres.
Su sangre corre cual fuego
En sus venas, y la lumbré
Que brilla en sus ojos es
De dos estrellas que fulgen
Cuando la noche dormita
Y los vientos lejos huyen
Alzando feroz rugido,
Al desierto, con las nubes.
La faz tranquila del jefe
De Morven, sus inquietudes
No calman, pero en la suya
La ansiedad no se trasluce.

VII

«¿Dónde es ida esa águila que há poco,
Fingal exclama, con audacia inmensa
Sus espléndidas alas agitaba
Para afrontar los riesgos, por sus sendas?
Tu lanza nunca ha sido, no hijo mío,
Frágil objeto con que el niño juega.
Ella en los campos de la lid, honrada
Y blandida con hórrida braveza,
Hasta los mismos héroes enemigos
Como á espigas segó. Fuerte es tu diestra
Y su empuje es fatal. Tu hierro agudo
Advierto desde aquí con anchas mellas,
Por fieros choques en la lid causadas.
Serás hoy el primero en la contienda,

El primero en los hórridos peligros,
Como en la gloria que en tu frente llevas.
Tu padre colocado en alta roca,
De tí estará con sus miradas cerca,
Como el águila andaz sobre los aves,
De los espacios soberana, impera.
¡Oh digno hijo de Morven, al punto
Tus vigorosas alas ya despliega!
Dí al poderoso que ante tí se incline,
Pero del débil las heridas prueba
A curar. El renombre de los héroes
En las reñidas luchas se acrecienta,
Cuando á sus golpes y valor sucumben
Los temidos guerreros, mas si muestra
Tinta su lanza del que está humillado,
En la sangre, los bardos no celebran
En sus cantos su nombre y su desprecio
Los héroes á la vez le manifiestan,
Cuando su sombra sin honor, asciende,
Ansioso un puesto en su mansion aérea.
¡Oh Fergus, tu perdón para el rendido,
Mas cuando el fuerte se resista, sea
Tu brazo el rayo!... Desde el alto monte
Será el fuego mi voz que el campo incendia.

IX

Cual tempestad tremebunda
De pronto se precipita
En las tinieblas, así
Colmul con su hueste umbria
Estremece el Océano,
Conmueve todas sus islas
Y levanta las espumas
De sus olas, cual erguidas

Montañas de helada nieve,
Audaces cual movedizas.
Un anciano cazador
Piensa escuchar en seguida
La marcha de los guerreros
En las horas matutinas,
Al levantarse en el valle
En la arboleda espesísima,
Al pié de la roca en donde
Lecho halló la cervatilla
Sobre el musgo. Presta oído.
«Quizás, se dice, perciba
El sordo rumor del trueno
Que en la lejana colina
Ronco ruge, mas no fulge
El rayo que antes lo avisa.
Tal vez será, piensa aun,
La tempestad que domina
El Océano. A las rocas
Escarpadas y allí erguidas,
Subiré porque me place
Contemplar del mar las iras.»
Llega, en efecto, afanoso
A la acantilada cima,
Mas las olas de los mares
Siguen su curso tranquilas.
El sol á medias se ofrece
Del Oriente en las colinas,
Y sus rayos á traves
De una escasa lluvia tibia,
Dora allí la rubia barba
Del cazador, que no atina,
En su lanza así apoyado,
Lo que aquel rumor motiva.

Prestando oído prosigue;
Tal rumor más se aproxima;
De Colmul las turbas ve
Que presurosas caminan.
«¿No iré, se dice, en socorro
De Morven? ¿Te necesita,
Guerrero de antiguas luchas,
Que de nada ya te cuidas?
Ve á esperar desde tu roca
El fin de la lid reñida.»

X

Los guerreros de Fingal
A su vez son numerosos;
Se adelantan con fiereza
Y con intrépido arrojo.
Ardiendo Fergus en cólera,
Va á su frente majestoso
Cual la sombra del desierto
Que repasa los contornos
De la selva, y del arbusto
Despedaza el verde tronco;
Cual de la flor quiebra el tallo
El infante revoltoso.
La voz de Fergus parece
Del trueno el sonido bronco:
El fulgor de la centella
Brilla rápido en sus ojos,
Y sus cabellos se ven
Flotar cual los meteoros.
Temblando le ven los héroes
Enemigos con asombro.
Los soldados que le siguen
Parecidos son en todo

A un monton de negras nubes
Que el rayo guarda en su fondo.
Los ejércitos se juntan.
De Moruth, al choque pronto,
Se estremecen las riberas,
Y el sonido estrepitoso
De los escudos, las lanzas
Que se chocan, y el sonoro
Acento del bardo, elévanse
En los aires vagorosos.
Tiembla en el mar la ballena;
Corre al desierto el medroso
Cervatillo y con estrépito
Huye el ave en vuelos pronto
A sus montañas, en donde
Seguro asilo hallan solo.
Aquellas hijas del arco,
Cazadoras de buen rostro,
Bellas manos de marfil
Y de perfectos contornos,
Dormidas en el silencio
De bosquecillos umbrosos,
Perciben esos rumores
Que producen pavorosos
Los huéspedes de las selvas
Al pasar sobre sus toscos
Asilos, rústicas chozas,
A traves de los frondosos
Abetos, y en sueños ven
Un peligro no remoto.
En su faz echan sus velos,
Y tiemblan con duelos hondos
Por la suerte de los héroes
En el choque sanguinoso.

No en vano temblais ¡oh bellas
Cazadoras de los sotos
De Moruth! De vuestros héroes
Muchos ¡ay! á los medrosos
Cervatillos con sus arcos
No han de seguir sin reposo.
De Moruth los campos riegan
Mil riachuclos, pero todos,
Son de púrpura; mil árboles
Que tienen robustos troncos,
Con sus ramas van sembrándolos
Y van á hundirse en su fondo.
Derribados son los héroes,
Cual la arboleda al fegoso
Rayo se ve destruida;
A merced del viento ronco.
Su débil frente levanta
El herido árbol añoso.

XI

Dos águilas se lanzan al espacio
De dos rocas opuestas, y combaten
Allá en el borde de la negra nube
Donde llegan airadas á encontrarse.
De un lado á otro las impele el viento,
Y á gran distancia las medrosas aves
Perciben de sus alas el ruido,
Y tiemblan y van rándas á ocultarse.
Colmul y Fergus, los temibles héroes,
Las dos águilas son que así combaten.
En su lucha espantosa como larga,
La victoria á ninguno puede darse.
Un hijo del gran Loda al fin esgrime
Su lanza en el espacio que un instante

Los separa. ¿Por qué en el heredero
De Fingal, así dice, ya su hambre
No sacia el fuerte halcón?—; Muere tú
(mismo)

Mas no porque el halcón su instinto sacie!
Gritó Fingal con rapidez blandiendo
Su matadora espada formidable.
Su cabeza adherida allí en su casco,
En la tierra cayó manchando en sangre
Al pasar, de su escudo el terso brillo,
Y murmurando inteligibles frases.
Su cuerpo quedó en pie; lo sostenia
Su lanza que en la tierra fué á clavarse.
Fingal al riesgo en que Fergus se hallaba,
Su acero alzó de nuevo. Reportándose,
¿Por qué, exclamó, privar al jóven héroe
De la gloria que puede conquistarse?
¿Por qué llenar de súbita tristeza,
La nube en que mansion tiene su madre?
¡Oh nunca, oh rayo de mi amor primero,
Cubriré de tristeza tu semblante!
Sin mí será en la lucha encarnizada,
Vencedor nuestro hijo inquebrantable.

XII

Aquella sombra de pasados tiempos,
Sobre el viento pasó que la impulsaba,
Y vió suspensa, de los dos caudillos
El terrible combate á que se daban.
Parecen, dijo, los sublimes héroes
Que ya no existen en la tierra baja.
De la carroza descendió del viento
En densas nubes de vapor velada,
Y sobre el campo se detuvo absorta,

Contemplando de entrambos las hazañas.
Ocultóle á Fingal su espesa niebla
A Fergus, y su gente concentrada
En gran parte, no vieron á su jefe
Con sobresalto, por la misma causa.
Fingal tembló por el heroico Fergus,
Y temible corrió, como la brava
Res de Gormal, el jabalí sañoso,
Cuando errante y hambriento en busca

(marcha,
De una presa, percibe al fin las huellas
Del atrevido cazador marcadas,
En la senda que lleva á la guarida,
Donde sus caros pequeñuelos guarda.
Su voz oyen las rocas, y al momento
En su base vacilan espantadas.
Así las rocas de Moruth las voces
De Fingal estremecen, y más altas
Las de su bardo, á su presencia sueñan
Cual el torrente ruge en la montaña.
Los bravos de Morven luego sintieron
Renacer su valor dentro del alma;
Cual el fuego que próximo á extinguirse
El cazador remueve con su lanza
En los bosques de Lora, auxiliado
De los vientos que soplan con más saña;
Yendo entonces de una á otra colina
Desplega con furor todas sus llamas,
Y se le ve elevar hacia los cielos
Por la atmósfera azul antes diáfana,
Luengas columnas de inflamado humo
Con el sordo rumor con que rebrama
El escondido trueno. Allá en sus nubes
Las sombras van juntándose, y traspasan

su oscurecido fuego, que de lejos
Resplandecer advierte acongojada
La cierva, recordando al hijo suyo
Que en su musgoso lecho entre las ramas
Sin defensa dejó: tiembla; en sus ojos
Asoma en el momento gruesa lágrima,
Mas al instinto del peligro, corre
A salvarse de aquél que la amenaza.

XIII

Aquellos de Colmul que derribados
No ruedan por el polvo, á pronta fuga
Apelan sin demora: por la orilla
Del Moruth, perseguímoslos con furia.
Colmul herido sobre el campo queda,
Cual roca allá en los mares insegura,
Batida por las olas, y que infunde
Al marino temor, cuando la cruza,
Receloso de verla desprenderse
Sobre su frente, y que altanera y brusca
Del huracan la saña desafia,
Pues no logró que vacilase nunca.
A Fingal ve hácia él, y de su lanza
Se apodera con gozo y ansia suma;
Mas Fingal ve la sangre que le cubre,
Y su acero en su contra alzar rehusa.
Tristemente el vencido tras los suyos
Con lento paso va lleno de angustia.
Trató tres veces la escarpada cima
Subir, y por tres veces sin fortuna,
Faltáronle las fuerzas. Se apoyaba
En seca rama con fatiga mucha;
Quebrándose de súbito, en el rio

Cayó, para ser más su desventura,
Y su caída resonó en la margen,
Cual la abultada roca se derrumba
Cuando la nube pasa sobre ella,
Y el trueno de repente airado zumba,
Y el valle se estremece y los rebaños
Que pacen en las fértiles llanuras.
Corrimos todos del caudillo triste
En socorro, mas pálido, la oscura
Sombra que imprime la implacable muerte,
Se apoderó de él: noche sin luna
Y sin estrellas semejaba sólo.
¡Era ya el aire aquel del de las tumbas!

XIV

«¡Derribado así estás, Fingal con pena
Suspirando exclamó, tú que temible
Desplegaste en la lid tus fuertes brios?
¡Y la vida del héroe así se extingue!
¡Que tan rápida sea! En la mañana
A sembrar sale impávido y terrible
El campo de cadáveres, y en breve
Al nocturno crepúsculo reciben
Su cuerpo helado sus amigos tiernos.
Su anciana madre con su esposa, tristes
En la ausencia, preparánle la mesa;
En torno al fuego del hogar, perciben
Cualquier rumor lejano por si fuese
El de los pasos del que esperan. Siguen
Escuchando, y al fin suena un ruido:
La luna que su luz da á los declives
Del monte, ver los deja algunas gentes
Que á sus mismos umbrales se dirigen.
¡Ya esta aquí! gritan ambas, y gozosas

A su encuentro se lanzan ¡Infelices!
 Su fétetro se hallan. El guerrero
 Una jornada del invierno vive,
 Breve jornada que entre sombras corre.
 ¡Cuán escasos los rayos que describe
 Sobre el campo al pasar! Fergus, que ven-

(gan
 De Colmul los guerreros, y que cuiden
 De su cuerpo, y dispon que luego á todos,
 De Fingal con la fiesta se les brinde,»
 Colmul oyó del héroe las palabras,
 Y tendióle su diestra, y perceptibles
 Algunas frases á sus labios fueron.
 «Escuchad á Colmul: tu el héroe insigne,
 Fergus, dijo, este escudo tú conserva;
 Esta mágica vara tu recibe (1),
 Fingal, ilustre jefe. El alma mía
 Sube, y el ígneo meteoro (2) sigue
 A la mansion etérea de los buenos
 Y los seres heróicos. Sólo os pide
 Que de Colmul se lleven los despojos
 Adonde están los de sus padres. Mírense
 Reposar allí juntos: en la isla
 Verde y frondosa llegarán á unirse.

(1) Los druidas, así como todos los pretendidos sabios en materias de magia, llevaban una varita blanca, llamada *Satan druiaichd*, la vara de los druidas ó mágica.

(2) Los montañeses de Escocia están aún persuadidos de que á su salida del cuerpo, el alma marcha al otro mundo de esta manera, y creen que ciertos meteoros, á los cuales les dan el nombre de *dr'eng* presagian la muerte de las personas de elevado rango.

XV

A la fiesta concurrirnos;
 A un anciano vimos luego
 Avanzando hácia los árboles.
 Era aquel hábil y esperto
 Cazador que allá en las rocas
 Se inquietó por los guerreros
 De Morven. Tres veces quiso
 Probar su agotado esfuerzo,
 La lanza en que se apoyaba
 En los aires esgririendo,
 Y tres veces suspiró:
 A su diestra era gran peso;
 Volvióla débil la edad.
 Tocó sus blancos cabellos
 Y enjugó en sus rojos párpados
 Su llanto de decoconsuelo;
 Pero cuando más terrible
 De Morven fué el grave riesgo,
 Recobró su juventud
 Y olvidó los pensamientos
 De la vejez, y acudió
 En nuestro auxilio, resuelto.
 Próximo ya, vió la lucha
 Terminada, y dando al viento
 Antigua canción de guerra,
 Tornaba á su bosque espeso.
 Su antiguo traje mostraba
 De jirones todo lleno;
 Su broquel ya por los años
 De rojizo orin cubierto,
 Y su luenga y blanca barba
 Ocultándole su pecho.

«—Dad otro traje al mendigo
Y haced que ocupe aquí un puesto
En mi fiesta. Así Fingal
Dispuso.—Con gusto acepto
El traje á Fingal debido,
Respondió, pero no puedo
A sus fiestas asistir.
Seguiré mi senda presto.»
Reconoció en el instante
Fingal el trémulo acento
De Lugar, y al dogo fiel
De su amigo..... Y con sincero
Placer, con esa alegría
Que sintiera siempre al verlo,
Corrió á abrazarle, mas antes
Dispuso que sus guerreros
Se apartasen, para ahorrar
A aquel venerable viejo,
La humillacion de sentirse
Avergonzado á su aspecto.

XVI

«De Moiallin oh tú el jefe,
Dijo Fingal, ¿dónde estuvo
Tu morada tanto tiempo?
De jóven fui amigo tuyo.
Tu me dabas otras veces
De Drincola en los fecundos
Y hermosos campos, cien vacas
Con sus hijuelos robustos;
Veinte corceles domados
Tuviste allí siempre juntos,
Y cinco naves gallardas
Dispuestas, que ráudos surcos

Dejaban sobre las olas
De los mares iracundos.
Iguales dones hoy debo,
Lugar, hacerte con gusto.
Tales rasgos generosos,
Fingal olvidar no pudo.
—No soy Lugar; respondióle
El cazador. Este mundo
Prefiero dejar, no hallando
Un amigo que con luto
En el alma, en mi postrer
Asilo me tienda adusto,
Que obtener un beneficio
Que debo estimar por último.
—Será debido á tí solo,
Y lo tendrás de seguro;
Mas ántes por tí serán
Prolongadas en mis muros
De Selma por cinco dias,
Las fiestas que dan el júbilo.
Siete ilustres campeones,
Después, á tu asilo oscuro
Haré te lleven, quedando
En Moillin al lado tuyo,
Para allanar los senderos
A los pasos inseguros
De la vejez. Al anciano
El mismo Fingal condujo.
Con los héroes de Colmul,
Seguimos nosotros juntos.
Negruzca piedra encontramos
En nuestra senda, y al punto
El buen Lugar las palabras

De paz pronunció sesudo.

XVII

«Estos que unidos á la fiesta acuden,
Así dijo, ¡por qué sobre los campos
De la sangrienta lucha han de mostrarse
De nuevo con rencor, y los infaustos
Rumores han de oírse de querellas
Otra vez por los mismos suscitados,
Y entre aquellos que juntos y felices
Han segado las mieses de sus campos;
Entre los hijos de los héroes dignos
Que en las nubes recorren los espacios
Unidos, y no sufren los dolores
Que acompañan la vida de enconados
Combates de sus mismos descendientes,
Y alcanzan de la paz los goces gratos?
Hijo tú de la roca solitaria,
Sobre los campos de Moruth manchados
En sangre, alza esta piedra. Por los hijos
De los distantes venideros años
Será advertida, y para qué fué alzada
Preguntarán entonces al anciano.
Conducidme ante ella, dirá luego,
Y todos seguirán sus lentos pasos.
En despuntada lanza va apoyándose;
Le acompaña un fiel dogo que ha cegado
Por su edad dilatada. Hermoso tiempo
Se disfruta: los trinos de los pájaros
En el bosque resuenan; la colina
Repite la voz débil del venado,
Mas no los oye el viejo. Esplendoroso,
Brilla el sol descendiendo hácia su ocaso,
Y sólo á medias el fulgor distingue,

Atento aquél, de sus fugaces rayos
Que iluminan su blanca cabellera
Rizada toda, en cuyo aspecto extraño
Se asemeja á la mia; y mientras anda
Con lentitud, agítase en su mano
Su rota lanza. Cuando al fin se acerca
A la piedra, la toca así exclamando:
—Esta es la piedra de Muruth; y sigue
Después de procurarse algun descanso
A su mucha fatiga; vuestros padres
Aquí apaciblemente se juntaron.
Desde entonces tan noble monumento
Erigido se eleva por sus manos.
La paz por vuestros padres, hijos míos,
Aquí jurada, recordad no en vano
Y jamás la olvideis, vuestras miradas
En esta piedra de Muruth fijando.
¡Oh grata piedra, tu elocuencia muda
Hable á los tiempos que vendrán lejanos
Tras los rayos del sol, á aquellos siglos
Que á su voz matinal no han despertado
A los que luego á contemplarte lleguen,
Dí que aquí nuestras guerras terminaron.
Sobre Moruth te elevas como el símbolo
De la paz.... Mas que nunca de los años
Te envuelva el musgo. Las fugaces som-
(bras

De la muerte te den, aquí cruzando,
Su constante defensa. No se acerquen
A tí jamás ni la enemiga mano,
Ni los vientos de rudas tempestades,
En tanto que subsistan estos campos
De Moruth como están; en tanto corra
Esa triste corriente murmurando.

XVIII

La noche toda discurrió en la mesa
Del banquete teniéndonos; sus luces
El alba difundió: fuéronse entonces
De Colmul los guerreros, y las fúnebres
Canciones á su jefe repitieron
Sus bardos con acentos aunque dulces
Henchidos de dolor, acompañados
De los ecos al par gratos y lúgubres
De aquellas arpas de Morven sonoras,
Que inmenso encanto al corazón infunden.

XIX

Tu diestra fué, Colmul, ruda y potente;
Ninguno te igualaba en bizarria.
Te ví más de una vez resplandeciente
Bajo la forma de la nube umbría
Formada de las nieblas de los mares,
Cerniéndose ligera
Sobre el campo en que al fin de los azares
De la lucha, tu gloria renaciera.
Mas de verte he cesado, aunque del viento
Que en sus veloces alas te conduce,
Los rumores escucho que produce
Al agitar la espesa cabellera
Del árbol de Moruth más corpulento.
Le escucho, cuando acudo como ahora
A su sombra á sentarme, á la caída
De la tarde, del agua bullidora
Percibiendo el rumor en el riachuelo
Que pasa entre la yerba humedecida.
¡Oh corriente, tu voz me da el consuelo!
Dulce es tu grato murmurar nocturno

Y el rumor con que tanto me recreas,
Cuando en los mudos campos serpenteas.
Pero es tarde, y preciso es se retire,
A la nocturna tempestad huyendo,
El triste bardo, porque ya ha advertido
Que el gallo de los campos va corriendo
A su lecho de musgo apeteuido.
¡No escuchoy a su voz que anuncia en breve
Regresara al refugio
Do la aguarda su dulce compañera?
¡Oh cara Evir-Allin, oh tu la mía!
Hubo un tiempo en que así de mi retiro
Te llamaba también de igual manera.
Hoy mi acento te llama y mi suspiro,
Mas no tengo otro amigo que responda
A mi voz que los ecos de sombría
Y solitaria peña, el de la honda
Corriente que su voz alza bravía.
Fué al alcázar Fingal de sus abuelos,
Y mi Oscar ya no existe:
Recorre Evir-Allin los altos cielos
En la nube que el sol de rayos viste,
Y la voz de Malvina
Silenciosa hoy está. ¡Cuándo el instante
Que ante vosotros vaya, deudos míos
Y amigos de otros tiempos? ¡Cuándo el grato
En que término tenga esta constante
Existencia que así lenta camina
Con días tan iguales cual sombríos,
Con noches como largas inclementes;
Existencia que va marcada ahora
Con desdichas que son tan diferentes?
Mis amigos están todos muy lejos;
Su memoria ya está casi extinguida

Cual las fúnebres piedras
De los lechos de muerte:
De sombras circuida,
Solitaria se encuentra de igual suerte.

XX

Pero el bardo no essolo el que se halla
A estos cambios expuesto y sometido.
Tú, Lugar, tú tambien en la batalla
De la vida estos trances has corrido.
Yo á los héroes gozando de tus fiestas
Contemplaba en un día.
De cien antorchas el fulgor radiante,
Del festin en las salas esplendia,
Y en tus mesas reinaban
La abundancia, y riqueza y la alegría.
Tu palacio, hoy no más informe escombros,
Era el asilo del placer. Yo he visto
Tal tu noble mansion. De igual manera
Que da paso á las otras estaciones
La grata primavera,
En el curso del año, presurosa
La suerte hizo á Lugar vagase errante
Seguido de su esposa,
Sumido en la indignencia degradante.
Crucé aquel valle de Moallin: desierta
Encontré tu morada;
De musgo su techumbre ya cubierta,
Daba paso al ligero cabritillo;
Allí vino á quedarse desplomada
En el mismo lugar en que tus fiestas
Asombraban á todos por su brillo.
Su cabeza sombría
El repugnate buho allí escondia

De las luces del sol, entre la hiedra,
Y las aves del mar allí volaban
En torno de la rota y larga piedra,
Y el silvestre animal en la corriente
Que allí cruza, sus aguas revolviendo,
A bañarse iba osado pareciendo
Que en el destino de Lugar pensaba.
¿Habeis visto á Lugar, hijos del monte?
¿Cuán alegres estais porque sus flechas,
Turbando vuestro plácido reposo,
A heriros no van rándas y derechas!
Mas tambien como á él, ¡cuán presuroso
Llegará vuestro fin! En los oteros
Que cruzais sin cesar, en vuestra busca
Irán vuestros antiguos compañeros.
Y vuestros hijos moverán sus frentes;
Tampoco saben dónde está su asilo;
El que es comun á todos los vivientes,
El postrero tambien y más tranquilo.

XXI

¡Oh vida pasajera
Tan varia cual lo son las estaciones!
Hubo un tiempo en que risa placentera
En mis labios tenia; en el estío
De la edad de las dulces ilusiones,
¿En que sueños de gloria me gozaba!
Y cual vosotros, pinos majestosos
De Moruth, á mi vez con fuerte brio,
Del invierno á los vientos estruendos,
A la furente tempestad retaba.
Mis abundantes hojas, les decia,
Cual las vuestras, veré siempre lozanas,
Y en mi vejez florecerán galanas

Las ramas que me cubren en el día.
Mas hoy lo que era ayer, ¿cómo se ofrece?
Sin sus hojas, se ven mis secas ramas;
Mi rubia cabellera
Cual la vuestra está blanca y se estremece
Al soplo de la brisa pasajera.
¡Soberbios pinos de Moruth, nosotros
Alcanzamos también tiempos mejores;
Mas ellos han huido ante estos otros,
En sus oscuras alas: se han abierto
En silencio camino, traspasando
La campiña en que brotan nuevas flores,
Y han ido así volando,
A perderse en el árido desierto!

CARTHON

CARTHON

Clessamor, hijo de Thadu, y hermano de Morna, madre de Fingal, fué arrojado por una tempestad á Balclutha, pueblo de las orillas de Clyde, perteneciente á una colonia de Bretones. Reuthamir, el más rico del pueblo, le recibió en su vivienda y le dió en matrimonio á Moina, su hija única. Un breton llamado Reuda, apasionado de los encantos de Moina, insultó á Clessamor. Los dos rivales se batieron. Reuda fué muerto. Pero los bretones obligaron á Clessamor á que huyese y se retirase á Morven, cerca de Combai, padre de Fingal.

Moina dió el ser á un hijo, y murió poco tiempo despues. Reuthamir llamó á este niño Cárthon, es decir, *murmurio de las olas*, en recuerdo de la tempestad que había arrojado á Clessamor á Balclutha.

Cárthon tenía tres años cuando Combai, en una guerra contra los bretones, quemó á Balclutha. Cárthon fué salvado de la matanza. Su nodriza se refugió con él en una provincia de la gran Bretaña. Cuando sa-

lió de le infancia resolvió vengar los infortunios de su padre sobre los descendientes de Combal, y fué con una pequeña hueste de bretones á atacar á Fingal.

Este es el principio de la accion del poema. Clessamor es del número de los guerreros de Fingal; Cárthon, su hijo, se halla á la cabeza de los bretones; no se conocen, y combaten el uno contra el otro.

I

Fúlgidos timbres de la edad pasada,
Gloria de aquellos fenecidos héroes,
Revivid en mis cantos: el murmurio
De tus rios, ¡oh Lora! me recuerda
Los años que ya fueron. De tus bosques
El rumor, Germallat, llega á mi oido,
Tan dulce cual si fuese el de cien arpas.
Malvina, ¡allí no ves en la alta roca
Que corona el ramaje y en su cima
Destacarse tres pinos que soberbios
A sus piés ven tenderse el verde valle?
Allí la flor de la montaña esplende:
A los soplos del céfiro su tallo
Se mece junto al cardo, aislada planta
Cuyos blancos cabellos de los vientos
Son juguete. Dos piedras medio ocultas
En la tierra, de musgo (1) tapizadas,
Se encuentran, pues, allí. Tímido el gamo

(1) Se creía que los animales veían las sombras de los muertos. Aun hoy en las montañas de Escocia, cuando un animal se estremece de pronto sin causa aparente, el pueblo atribuye este movimiento á la aparición de algun fantasma.

Del monte, huye veloz á la presencia
Del fantasma que guarda silencioso
Tan sagrado paraje. Dos guerreros
Afamados, en él, Malvina, yacen.
¡Timbres honrosos de la edad pasada,
Gloria de aquellos fenecidos héroes,
Revivid en los himnos de este bardo!

II

¿Quién el que viene de extranjera tierra (1)
Acaudillando miles de guerreros?
El estandarte de Morven que flota
En el aire, precédele. Del viento
Es juguete su espesa cabellera,
Y en su dulce semblante placentero,
No se ve la expresion fiera que imprime
La impiedad de la guerra, y es su aspecto
Tranquilo, como el rayo de la tarde
Que á traves de las nubes sus reflejos
Esparce en la extension del verde prado
Del Cona que apacible es como ameno.
¿Quién otro ser pudiera que aquel hijo
De Combal tan terrible por su esfuerzo?
¿Quién otro que Fingal, el jefe ilustre
De tan sublimes y hazañosos hechos?
Con júbilo retorna á sus colinas;
Manda á los bardos elevar su acento,
Y cien voces y mil llenan el aire,
Alzándose en armónico concierto.

(1) Fiagat volvia entonces de una expedicion contra los romanos, la cual celebró Ossian en un poema que se ha perdido.

III

«Oh moradores de extranjeras tierras,
 En vuestra misma patria
 Huísteis con pavor. El rey del Mundo (1)
 Sentado allá en su alcázar,
 La nueva sabe de que fué su hueste
 Vencida en la batalla.
 En torno suyo en el momento arroja
 Coléricas miradas,
 Y con terrible indignacion empuña
 De su padre la espada.
 Hijos vencidos del lejano suelo,
 Huísteis nuestras armas!»
 Sus melodiosos cánticos al viento
 Los bardos así daban,
 Cuando de Selma ante el palacio mismo
 Llegaron sin tardanza.
 Encendiéronse allí las cien antorchas
 En la lid conquistadas
 Por Fingal á los rudos extranjeros (2).
 La fiesta fué muy grata:
 Fué magnífica: así pasó la noche
 Con júbilo sin tasa.

IV

«¿Dónde está Clessamor? Fingal pregunta.
 ¿Dónde el fiel compañero de mi padre?
 Solo, apenado, su existencia tiene,
 De Lora, sin nosotros, en el valle.

(1) El emperador de los romanos.

(2) Eran sin duda las antorchas de cera que formaban parte del botín que los caledonios habían llevado de alguna provincia romana.

Pero no; le apercibo que se lanza
 De la colina ráudo, semejándose
 Al brioso corcel que desde lejos
 Sus compañeros siente, dando al aire
 Sus abundosas crines. Te saludo,
 Valiente Clessamor. ¿Por qué has de hallarte
 Alejado de Selma tanto tiempo,
 Donde todos quisieran que habitases?
 —¿Fingal retorna vencedor? responde
 Aquel recién venido. Del combate
 Así Combál, volvía. Así mil veces
 Atravesamos del Carun la margen
 Para atacar á la extranjera turba;
 Nuestros aceros se teñían en sangre,
 Y los reyes del Mundo sus derrotas
 Lloraban con despecho en su coraje.
 Mas ¿por qué recordar la edad aquella
 En que jóven luché, cuando no sabe
 Ya la mano encorvar el arco fuerte,
 Ni levantar la lanza firme y ágil?
 ¡Ay, cuándo sentiré júbilo tanto
 Como aquel que en un día vino á darme
 La presencia de Moina, esa extranjera
 De atractivos y encantos sin iguales,
 De hermosura gentil, al ver mis ojos
 De súbito la luz de su semblante!
 —Recuérdanos, Fingal así le dice,
 De tu florida edad aquellos lances
 Hazañosos. Tu alma se oscurece
 Como una nube sobre el sol brillante.
 Acaricias los tristes pensamientos.
 Solitario del Lora allá en las márgenes,
 Dinos qué pena en tus hermosos días,
 Así el alma pudieron enlutarle.»

V

Clessamor al punto mismo
Se expresó de esta manera:
«Llegué á Balclutha. La paz
Reinaba entonces. Mis velas
Hinchaban los ráudos vientos,
Y del Clutha (1) las riberas
Recibieron á mi nave
Impelida por violenta
Tempestad. Fué allí el palacio
De Reuthamir mi vivienda
Por tres dias. ¡Ay, mis ojos
Contemplaron la belleza
De su hija! A nuestros labios
Llevamos con complacencia
La copa de paz, y el héroe
De la blanca barba espesa,
Me dió á Moina. Cual la espuma
De los mares blanca era
La garganta de esta virgen,
Y sus ojos como estrellas
De la noche deslumbraban,
Y ricas eran sus trenzas,
Y sus cabellos, más negros
Que el ala del cuervo es negra.
Su hermosa alma latía
Generosa y siempre tierna.
Mi amor á Moina fué inmenso,
Y mi ventura completa.
Un jefe extranjero, henchido
De amor á esta jóven bella,

(1) Hoy día el Clyde.

De Reuthamir al palacio
Llegó. Su altiva insolencia
Se mostraba en sus palabras,
Y más de una vez pusiera
Sobre el puño de su acero
Amenazante su diestra.
¡En dónde está, prorumpía,
Ese Combál en la guerra
Tan poderoso; ese jefe
Que al descanso no se entrega?
Sin duda á Balclutha avanza
De su hueste á la cabeza,
Pues Clessamor tan osado
Como sin miedo se muestra.
—Sabe, le dije, que el alma
Que en mi ser vive y alienta,
Con su propio fuego arde,
Y que impasible se queda
En medio de sus contrarios,
Aun á pesar de la ausencia
Del caudillo de los héroes;
Y si procaz es tu lengua
Con Clessamor, extranjero,
Es porque solo se encuentra;
Pero su espada va siempre
No muy lejos de su diestra,
Y ya de darse á los aires,
En sus ocios se impacienta;
Y cuida el hijo de Clutha,
Que no le dejen que tenga
De Combál el claro nombre
En sus labios, con paciencia.»
El extranjero irritóse;
Combatimos; cayó en tierra

A mis golpes. Su caída
Resonó por las riberas
De Clutha. Brillaron presto
En torno mío y bien cerca,
Mil lanzas; luché no obstante,
Pero la turba extranjera
Logró su intento. Embarcado
De nuevo, crucé las sendas
Del mar: mi nave impelida
Por el viento, como flecha
Partió al horizonte al punto.
Trazando rápida estela.
A Moina se vió en la costa,
La faz de lágrimas llena,
Flotando á merced del aire
Sus cabellos: oí sus quejas.
Veinte veces intenté
Tornar mi bajel á tierra,
Pero los vientos del Este
Me abrumaban con su fuerza.
Desde entonces no ví á Clutha,
Ni he visto á Moina. Está muerta
De Barclutha allá en los muros,
Mas ví su sombra. ¡Cuán bella
Reconocíla, en los aires
Deslizándose ligera
Sobre las aguas del Lora,
Pareciéndose á la nueva
Y clara luna escondida
Tras de las nubes espesas,
Cuando el cielo en grandes copos
A través de blanca niebla,
Vierte la nieve y el mundo
Duerme en silencio y tinieblas!»

VI

«Cantad á la bella Moina,
Dijo Fingal á sus bardos;
En nuestras cumbres evoquen
A su sombra vuestros cantos,
Porque acuda la infelice
A descansar hoy al lado
De las hijas de Morven
Que de los siglos pasados
Fueron gloria y ornamento
Y el amor de aquellos bravos
Que de otra edad venturosa
Despiertan recuerdos tantos.
Ese pueblo de Balclutha
He visto yo abandonado:
Las llamas habian envuelto
Sus hogares, y en su espacio
Voz humana no se oía,
Y el rio que lo baña, el rándoo
Curso paraba en las piedras
Que detenian su paso.
Por donde quier se extendia
El silvestre jaramago,
Y musgo y césped temblaban
De la brisa á los halagos.
La que fué mansion de hombres,
Los animales selváticos
Ocupaban: sus cabezas
Se alzaban en aquel campo
De ruinas y de escombros
Por la yerba tapizados.
Aquella mansion de Moina
Está desierta; el palacio

De sus padres, es albergue
Del duelo y el luto infausto.
Alzad vuestros himnos fúnebres
Y gemid la suerte, oh bardos,
De esos héroes extranjeros;
De aquellos que ya pasaron,
Y al sucumbir nos preceden
No más que muy breves años,
Porque preciso es que presto
Todos también sucumbamos.
¡Por qué levantar alcázares,
Débil hombre, si tan rápido
Lleva el tiempo hacia la muerte.
Hoy miras desde lo alto
De tus torres arrogantes:
No pasarán, sin embargo,
Muchos días sin que acuda
Del desierto el brusco ábrego
A rugir en tus almenas
Abandonadas, silbando
En redor de tu escudo
Por el orin oxidado.
¡Pero que venga en buen hora
Del desierto el viento! ¡Acaso
Nuestras glorias no murmura
Cuando en las lides triunfamos?
Ya, pues, las profundas huellas
De mi valor, en los campos
De batalla permanecen,
Y mi nombre ya aclamado,
Eterno será en los himnos
Armoniosos de los bardos.
¡Cantad, amigos: la copa
De la fiesta apure el labio:

Corra entre todos. Resuene
Donde quier en mi palacio,
De los trasportes del gozo
El estruendo inusitado.
Si debes morir un día,
Oh sol, poderoso astro;
Si es tu brillo pasajero
Y eterno ha de ser tu ocaso,
El renombre de Fingal
Aún más vivirá aclamado.»

VII

Así en su júbilo ardiente,
De Morven cantó el caudillo.
Inclinados en su torno,
Prestaban atento oído
A sus acentos mil bardos;
A su voz, eco ducísimo
De los acordes del arpa
Por las brisas conducidos.
Los pensamientos de todos
Eran dulces y tranquilos.
¡Oh Fingal! ¿per qué mi alma
La fuerza no ha recibido
De la tuya? En todo el mundo
Igual á tí no se ha visto.
Ninguno al rey de Morven
Pudo igualar en lo invicto.
La noche corrió más rápida
Entre el contento y los himnos.
En las cumbres se mostraba
El crepúsculo indeciso,
Y ya el azul de los mares
Sonreía enrojecido

Ante la aurora. De súbito
Se vió cual monte argentino,
Blanca ola ir á romperse
En un ancho escollo, y vino
A salir del hondo seno
Del lago, casi extinguido,
Lentamente, vapor vago
Que fué tomando el distinto
Aspecto de un viejo, el cual
Por la llanura, sumido
En el silencio, avanzó
Causando miedo infinito.
El fantasma se detuvo
En el aire suspendido
Y en la sombra, sobre Selma
Y su palacio: allí fijo,
En una lluvia de sangre
Se disolvió, apenas visto.

VIII

Solo Fingal pudo ver
Este espectro tan terrible,
Y la muerte presintió
De sus guerreros insignes.
Entró en silencio en su alcázar;
Tomó la lanza invencible
De su padre. Ya su cota
Su anchuroso pecho ciñe.
A su voz, todos los héroes
De Morven mudos le siguen;
Miran y observan sus ojos,
Y en sus facciones distinguen
El espíritu animoso
Que da el furor en las lides.

Fingal agita su lanza.
Rayo que abruma y divide.
Mil aceros ya desnudos,
Selma en sus muros percibe,
Y del chocar de las armas
El eco el rumor no extingue.
Los lebreles deteniéndose,
Aullidos lanzan horribles.
De los labios del guerrero
Ni una frase llega á oírse.
Los ojos todos se fijan
En Fingal; las diestras firmes
Toman las lanzas. Así,
Cuanto más mudos, más dicen.
«Hijos de Morven, exclama
El gran héroe; ya se olviden
Las fiestas. La negra nube
De las batallas, sin límites
Se ve llenar el espacio,
Y la muerte se apercibe
Cerniéndose en nuestra patria,
Como sañuda, impasible.
En nuestras costas el mar
Arroja extranjeros miles,
Y ví elevarse en el lago
Una señal infalible
Del peligro que á Morven
Amenaza. Todos cuiden
De aprestarse. Cada uno
Su acerada lanza afile,
Y la espada de su padre
Apresúrese á ceñirse.
De vuestros cascos sombríos
Cubrid las frentes y vibre

El sonido del escudo
Que en vuestra diestra se mire.
La tempestad de la guerra
Sobre nosotros temible
Se cierne, á estallar va pronto,
Y en breve oireis repetirse
El rugido amenazante
Que lance la muerte horrible.»

IX.

Fingal con su tribu avanza
Cual la nube que precede
Al rayo, cuando en la noche
La negra nube se extiende,
Y á su vista el navegante
Fatal siniestro se teme.
Sobre la cumbre del Cona
La falange se detiene.
Apercíbenla las hijas
De Morven, y allí se creen
Ver una selva de súbito
Que en los declives se mueve,
Y por la vida de aquellos
A quienes aman se temen.
Y ven el mar con espanto:
Las blancas olas suspenden
Sus miradas, pues las toman
Por las velas de bageles,
Aun distantes, y en sus ojos
El llanto no se contiene.
Cuando el sol sobre los mares
Se levantó, de repente
Descubrimos una flota
Allá en lontananza. En breve

Se aproximó, y sus guerreros
Arrojó en la costa. El jefe
De todos se alzaba allí
Como el ciervo que se advierte
Rodeado de su enjambre
De cervatillos. Fulgente
Mostraba su gran escudo
Forrado de oro. Fuerte
Con sus guerreros, avanza
A Selma. Su continente
Es digno.—«Sal al encuentro
Ullin, al punto, de ese
Extranjero, y con palabras
De paz expresarte debes,
Fingal así exclama.—Díle
Que en la lid no se nos vence,
Y que poblamos los aires
Con sombras de los que mueren
Al furor de nuestra espada;
Que los guerreros que lleguen
A mis fiestas, son honrados
Y envidiable gloria obtienen,
Y las armas de mis nobles
Abuelos (1), ufanos pueden
Ostentar en los países
Lejanos, donde las gentes
Las admiren, bendiciendo
De Morven la raza fuerte,
Porque en verdad nuestro nombre

(1) Era entonces costumbre cambiar armas con sus huéspedes: se conservaban largo tiempo estas armas en las diferentes familias, como prenda de amistad entre sus antecesores.

Llenó el universo siempre,
Y á los monarcas del mundo
Hizo temblar nuestra hueste
Hasta en su mismo palacio
Do en su poder se envanecen.»

X.

Ullin partió modulando
Heróicos himnos. Fingal
Sobre su lanza apoyóse
Y aperebiendo á su andaz
Enemigo desde lejos,
Así se llegó á expresar:
—Arrogante es tu presencia,
Y noble y digna tu faz,
Y tu lanza es una encina
Que reta á la tempestad:
Se ve que el mudable globo,
De la luna es casi igual
Tu escudo: y es bien hermosa
Tu juventud en verdad:
¡Bien tu negra cabellera
En bucles cae hácia atrás,
Y ondula sobre tus hombros
Del aura al sopro fugaz!
Mas un árbol tan soberbio
Derrumbado se verá,
Y con él puede extinguirse
Su memoria en esta edad.
Del extranjero la hija
Triste llanto verterá,
Y fijando amargamente
Sobre las olas quizás
Su mirada, así sus hijos

Con anhelo exclamarán:
—Un bagel allí aparece:
¡El del monarca será
De Balclutha? Y ella entonces
Al que no saldrá jamás
De su tumba que se alza
En Morven, recordará.
Así se expresó el caudillo
De los héroes, cuando audaz
Pudo Ullin en la presencia
De Cárthon, su digno afán
Exponerle. El bardo al punto
Ante el héroe singular,
Tres veces bajó la lanza
Y entonó el himno de paz.

XI

«Ven á la fiesta de Fingal, oh Cárthon:
Ven como amigo ó de la guerra impía
La lanza se levante ya en tu diestra,
Si la lucha prefieres, pero mira:
Las nubes que oscurecen el espacio
Llenas de sombras enemigas giran
Que á nuestro bravo esfuerzo han sucum-
(bido,
Pues la gloria á los nuestros marcha uni-
(da.
Repara en esos campos, esas piedras
Que el musgo ya ha cubierto en las coli-
(nas:
Otros tantos sepulcros de contrarios
De mi caudillo son.—¡Que eso me digas!
¡Oh bardo de Morven! Cárthon responde.
¡Presumes que tu voz va dirigida

A algun débil guerrero? ¿En mi semblante
La palidez adviertes que no inspira
Sino el torpe temor? ¿Crees que en mi alma
La vergonzosa turbacion suscita
Al recordar el número de héroes
Que perecieron en la lid impía?
Mi brazo señalóse en los combates,
Y mi fama doquier es extendida
Ve en busca de cobardes, y á esos díles
Que ante la espada de Fingal se midan.
Yo los escombros de Balclutha he visto;
¿Y junto al hijo de Combal iria
A sentarme en sus fiestas? ¿Del odioso
Combal, el que llevó con honda ira
La asoladora tea hasta el palacio
De mi padre? ¡Jamás! ¡Nunca lo haria?
Era entonces un niño: hasta ignoraba
Por qué el lloro abrasaba las mejillas
De las jóvenes todas, y veo alzarse
Aún las nubes de humo por encima
De los muros inhiestos: tal entonces
Mi inocencia infantil se complacia.
A los nuestros huir con mudo espanto
Al estrago fatal, por las colinas
Miraba con placer; pero ese tiempo
De la niñez pasado, ya advertia
Que el musgo de los años por do quiera
Tapizaba no más tristes ruinas
De los hogares nuestros: mis suspiros
Al nacer de la aurora ya se oían,
Y al regresar la noche, con el llanto
Se encontraba mi faz humedecida.
¿Y no he de combatir con los herederos
De mis contrarios? Solo me decia.

Si, digno bardo, á combatirles vine,
Y el fuego que á la cólera se anima,
Y la sed de venganza en mi rebosan.
Y sólo en sangre saciaré mis iras.»

XII.

De Cárthon los guerreros en seguida
Se agruparon solícitos, y todos
A la vez esgrimieron los aceros
Ansiosos de matanza. Allá en el fondo
De su alma el caudillo conmovióse,
Y así fué una lágrima á sus ojos.
Recordó de Balclutha las cenizas,
Y el rencor que en su alma era tan hondo,
Ardió como un incendio, y sus miradas
Dirigiéronse al monte en que ya pronto
Nuestro héroe á la lucha disponíase,
Agrupando á los suyos animoso.
A su vez con su ejército su marcha
Emprendió, renovando sus enojos.
¿Atacar debo á Cárthon, se decia
El valiente Fingal, ó presuroso
Detenerle en mitad de su carrera,
Antes que sueñe de su gloria el logro?
Pero al mirar su tumba, tal vez digan
Los bardos: Fué preciso que el famoso
Fingal viniera con guerreros miles
Para que Cárthon sucumbiese, solo.
¡Oh, no! futuros bardos, que mi gloria
No ha de estar en las lenguas de vosotros
Para culparme nunca. Mis valientes
A ese guerrero atacarán sañosos,
Y de la lucha espectador en tanto,
Distante quedaré. Si más dichoso

Triunfa Cárthon, correré á encontrarme
Ante él, suspendiéndole en su arrojito.
¿Quién con Cárthon anhela de los míos
Medir sus armas? En su inmenso odio,
Unánimes se muestran sus guerreros.
Ved á lo lejos cual de lucha ansiosos,
Agitan en sus lanzas la amenaza
Y la muerte fatal contra nosotros.»
Cathol á estas palabras levantóse:
Trescientos de su tribu (1) vió en su torno.
Mas su brazo, más débil que el de Cárthon,
Cedió, y huyeron sus amigos todos.

XIII.

La muerte de Cathol vengar intenta
Connal (2), pero su lanza se ve rota,
Y es vencido en el llano y prisionero.
Sus guerreros se dan á fuga pronta.
«¡Clessamor! ¿dónde está tu fuerte brazo?
Grita el rey de Morven. ¿Puedes sin gloria
Ver á Connal encadenado, al hombre
Que habitaba en las márgenes del Lora
Contigo en otro tiempo? Alzate, ilustre
Compañero de aquel que padre nombra
El labio de Fingal. Brille el acero
De tu pesada y deslumbrante cota,
Y de los hijos de Morven ya sienta

(1) Parece que los clans existían ya en tiempo de Fingal; pero no estaban organizados bajo el mismo jefe que las tribus de hoy día.

(2) Connal es un héroe célebre en los antiguos poemas escoceses por su prudencia y su valor. Existe aún en el Norte de Escocia una pequeña tribu que pretende descender de este jefe.

El de Balclutha la firmeza heroica.»
Clessamor levantóse sacudiendo
Su cabellera gris, y sin demora
Embrazando su escudo, al enemigo
Avanzó con firmeza y muda cólera.
Cárthon se hallaba con tranquilo aspecto,
Sobre una verde y empinada roca (2),
Y la marcha del héroe poderoso
Desde allí contemplaba; aquella torba
Alegria del héroe, y complaciale
El vigor y la fuerza prodigiosa
Que conservaba aún bajo la nieve
De sus cabellos su vejez no poca.
«¡Levantaré, se dijo, contra un viejo
Esta lanza que ostento victoriosa,
Que dos veces no hiere al enemigo,
Pues sólo la primera le derroca,
O evitaré su muerte, recibíendole
Con palabras de paz? Mucho le abona
Su ancianidad; su continente digno
Inspirame respeto. Si de Moina
El esposo tal vez.... de Cárthon padre
Fuera..... Se dice que del ancho Lora
Habitaba en la orilla.» De este modo
El caudillo pensaba allá á sus solas,
Cuando avanzando Clessamor, su lanza
Funesta levantó..... La diestra pronta
De guerrero detuvo el brusco golpe
En su broquel, con calma prodigiosa.

(1) Esta roca es la que Ossian hace notar á Marvina, al principio del presente poema.

XIV

—Héroes! quien cubren los cabellos blancos,
Le dijo á Clessamor,
¿Morven no cuenta con guerreros mozos,
Aquellos como yo,
Que acudan á oponérseme? ¿No tienes
Un hijo que veloz
Acuda en la defensa de su padre,
Mostrando su valor
Como el mío. ¿La esposa á quien quisiste,
Acaso sucumbió,
Ó en la fúnebre tumba de tus hijos
Se entrega á la aflicción?
Si entre reyes te sientas, ¿cuál mi gloria?
¿Cuál triunfo mayor?
—Si mi espada te da la muerte luego,
Oh joven campeón,
Será inmensa, y te baste mi palabra.
Temible fué mi ardor
En la lucha, más nunca á mi enemigo
Mi nombre dije yo (1).
Si te rindes, sabrás que de mi brazo
El funesto vigor,
Los campos de batalla de proezas
Sin número sembró.

(1) Decir su nombre al enemigo era en los tiempos heróicos un medio casi seguro de evitar el combate, porque si había existido alguna relación entre los antecesores de los combatientes, rendían estas las armas y resucitaban la antigua amistad de sus padres. Pero, en casi todas las circunstancias, un guerrero que decía su nombre al enemigo, era deshonrado como un cobarde.

—¿Yo rendirme? ¡Jamás! clamó del hijo
De Balclutha la voz.
Sostuve asaltos memorables: tengo
En mi audacia y tesón,
Honroso porvenir de nuevas glorias,
Y voy de ellas en pos.
Así mi juventud no menosprecio.
Mi lanza ya abatió
Intrépidos contrarios: ténlo en cuenta,
Anciano campeón.
Retírate y regresa con los tuyos
Sin mengua de tu honor,
Que ya para tu edad y tu flaqueza
Los combates no son.
—¿Por qué ese ultraje? Clessamor le dice
Vertiendo con dolor
Una lágrima ardiente.—Sí: ¡aun mi diestra
No tiembla, y puedo yo
La espada de mi padre victoriosa
Levantar! ¡Fuerte soy!
¿De Fingal á la vista, cómo huyera?
De aquel que es el mayor
De los héroes; de aquel á quien tributo
Inmensa adoración?
No, extranjero; jamás, jamás la fuga
Mi nobleza afrentó.
Esgrieme, pues, tu lanza en tu defensa,
Porque en mí no hay temor.

XV

Combaten, pues, los dos héroes.
Cárthon contiene sus golpes,
Y parando los del viejo,
En él piensa ver al hombre

Que de Moina fué el esposo.
 En pedazos al fin rompe
 Su lanza y despues le quita
 La espada, y vencido entonces,
 Va á encadenarlo de súbito.
 Clessamor la mano pone
 En su puñal y lo clava,
 Concentrando sus furores,
 De su enemigo en el lado
 Descubierto. ¡Infeliz jóven!
 Al ver al anciano en tierra,
 Lanza Fingal grito enorme:
 Al ruido de sus armas,
 A su aspecto, sus legiones
 Se detienen en silencio.
 Sus miradas ¡cual imponen!
 Y las suyas todos fijan
 En él. Así á los rumores
 Que á la airada tempestad
 Preceden allá en los montes,
 El errante cazador
 Deteniéndose, se acoge
 Al abrigo de la roca
 Que el malestar le aminore.
 A Fingal espera Cárthon
 Cual inhiesto y firme roble,
 Y le amenaza. La sangre
 De su herida á mares corre.
 Al rey de Morven espera,
 Y no es mucho que recobre
 El alma que desfallece
 Sus alientos anteriores,
 Con esperanzas de gloria;
 Mas sus pálidas facciones

Y su casco que vacila,
 Su cabellera en desórden
 Sobre sus hombros, revelan
 Que es preciso le abandonen
 Sus fuerzas; más sus miradas
 A su audacia corresponden.

XVI

Fingal vió correr la sangre
 Del héroe, y cedió en su furia,
 No pudiendo resolverse
 A herirle: así la voz suya,
 «Ríndete, dijo, oh guerrero
 Valiente, tu prez es mucha,
 Como tu herida es gloriosa
 Y tu heróica fuerza es suma
 Y bastante para hacerte
 Famoso en la edad futura.
 —¿Eres tú, Cárthon exclama
 Con acento ya de angustia,
 Caudillo invicto? ¿Eres tú
 El astro ante quien las tumbas
 Se abren y que es espanto
 De los reyes que subyugan
 Al mundo? Fingal tú eres.
 ¿Dudarlo puedo? Fulgura
 En tí el vigor invencible,
 La viveza cual ninguna
 Del aguila de los cielos.
 ¡Ay, que al cabo así sucumba
 Sin antes con el monarca
 De Morven entrar en lucha!
 Mi nombre seria ensalzado
 En los cantos que modulan

Los bardos, eternamente;
Y el cazador, de mi tumba
En presencia, exclamaria:
«Luchó con Fingal.» ¡Oh injuria
De la suerte, solo, ay,
Cárthon halló muerte oscura:
Empleó su heróico esfuerzo
Contra enemigos que luchan
Como el vulgo de los héroes
Que cual Fingal no deslumbran!
—Ignorado no sucumbes,
Dijo Fingal: tu bravura,
Tu nombre de siglo en siglo
Y los hechos que te ilustran,
Contarán mis nobles bardos
Con lágrimas de ternura.
Te aclamarán esos hijos
Del porvenir ¿quién lo duda?
Admirarán tu grandeza
Y tu gloria que es ya suma,
Y á la lumbre de su hogar
Las lentas horas nocturnas
Pasarán, de antiguos tiempos
Celebrando hazañas tuyas.
El cazador que en la yerba
Tendido, escuche la brisca
Voz de los vientos, sus ojos
Alzará á la roca oscura
Que tu sangre ha enrojecido,
Y á su hijo que le escucha,
El lugar ha de de mostrarle
Do probaron su bravura
Los héroes: allí, dirán,
Combatió el rey de Barclutha.»

XVII

Súbito rayo de gozo
Disipa la triste nube
De la faz del moribundo
Que alza los ojos que cubre
El velo ya de la muerte,
Y da su espada al ilustre
Fingal. Un arma tan digna
Tan sólo guardar le incumbe
Al gran caudillo. El recuerdo
Del rey de Balclutha dure
Para siempre en el palacio
De Selma. Ya en breve cunden
Los himnos de paz que entonan
Los bardos con ecos dulces.
Cesa el combate: los bravos
Extranjeros allí acuden
A rodear á su jefe
Que ya espirante sucumbe,
Y se inclinan en silencio,
Para que todos escuchen
Sus postrimeras palabras
Que gran pesar les infunden.
—«Rey de Morven, ¡que una tumba
Extranjera así sepulte
En la flor hoy de su edad,
Cuando más su fuerza luce,
A quien ya de Reuthamir
La clara estirpe concluye!
Desolada está Balclutha
Y Crathmo en duelo se sume.
Haz revivir mi memoria
Junto á las ondas azules

Del Lora, donde mis padres
Vivieron. ¡Quizás angustie
De Moína al esposo el fin
De su hijo, que así sufre!»
De Clessamor en el alma
Resuenan las frases lúgubres
Del brabo que espira. Henchido
De dolor, su cuerpo cubre
El de su hijo ya inerte,
Sin que su labio pronuncie
Una voz sola. En su torno
La hueste toda confunde
Su pena, muda, aterrada;
No hay frase que allí se cruce,
Y no hay un solo sonido
Que de Lora el llano turbe.

XVIII

Vino la noche: iluminó la luna
Aquel campo de horrores. Los guerreros
Inmóviles allí, se parecían
Al soto que su frente alza sereno
Sobre el Gormal cuando callados yacen
En sus oscuras cárceles los vientos,
Y cuando en calma lúgubre y siniestra
La llanura está triste bajo el velo
Del nebuloso otoño. Por tres días
A Cárthon nuestras lágrimas se dieron:
Al cuarto, aquel anciano, padre suyo,
Espiró de pesar, pesar horrendo.
Oh Malvina, los dos juntos reposan
En el valle que al pie de ese funesto
Testigo de tragedia tan horrible,
Peñasco memorable, allí estás viendo.

Negro fantasma su sepulcro guarda.
La triste Moína cuando el sol el fuego
De sus rayos descansa en esa losa,
Teniendo en rededor sombra y silencio,
Con frecuencia recorre ese paraje.
A él acude, Malvina, mas vistiendo
No el ropaje que visten nuestras hijas;
Su fantástico sayo es extranjero.
Bella, afligida, se presenta sola,
Revelando en su faz su desconsuelo.
A Cárthon dió Fingal sus tristes lágrimas,
Y quiso que sus bardos sus acentos,
Revelando el dolor por su infortunio,
En su elogio elevasen al regreso
Del otoño á la vez todos los años;
Y en el día en que el suyo fué el postrero,
Sus bardos recordaban sus proezas,
Cantando con placer sus grandes hechos.

XIX

«¿Qué sombra es esa de gentil caudillo
Que de las ondas sale,
De esa espuma que lanza el Océano?
La muerte inexorable
En su diestra se ve; sus ojos lanzan
Viva llama abrasante.
En la márgen del Lora ruge airado.
¿Quién otro que le iguale?
¿Quién otro, pues, que Cárthon? Los guer-
reros
Bajo sus golpes caen.
Ved cuán rúdo en los campos de batalla
Va al frente de sus haces.
Del héroe de Morven la augusta sombra

Crejera en él hallarse;
 Pero el roble soberbio al fin sucumbe;
 Brusco viento lo abate.
 ¿Cuándo tú volverás, valiente Cárthon,
 A Balclutha, á tus lares,
 El honor y la placida alegría
 De que gozaban antes?
 ¿Qué sombra es esa de gentil caudillo
 Que de las ondas sale?»

XX

Así los bardos en el triste día
 De su duelo y su pena, así ensalzaban
 Al héroe fenecido, y á sus cantos
 Entonces la voz mía
 Apenado junté; á los que lloraban
 El fin infausto del que ya su frente
 A la muerte cedía,
 De la vida en la edad de los encantos
 Y del vigor y fuerza prepotente.
 Y tú, esforzado Clessamor, tu asilo
 ¿En qué region de nubes encontraste?
 ¿Ya tu hijo olvidóse de la herida
 Que recibió de tí? ¿Le ves tranquilo
 En las nieblas del Norte á do arribaste?
 Mas el dulce calor siento, Malvina,
 Que el sol aquí me manda.
 Permíteme gozar sólo un momento
 De reposo. Tal vez á esta colina
 Acuda Clessamor y el hijo suyo
 A mis sueños. Aquí su grato acento
 Misterioso á mí llega.—El sol ya imprime
 En la tumba de Cárthon sus reflejos.
 ¡Benéfico me alegre y me reanime!

¡Oh tú que en el espacio eres monarca
 Y difundes ta luz sobre mi frente,
 Cual el escudo de mi padre amado,
 ¿En dónde tu fulgor resplandeciente,
 Oh sol, has encontrado?
 ¿Ese eterno esplendor de dónde emana?
 Con hermosura y majestad caminas.
 A tu presencia sólo, allá en los cielos
 Se ocultan las estrellas diamantinas.
 La luna para huir de la mañana
 La claridad primera,
 Con fria palidez, del Occidente
 En los mares se hunde.—¡Oh sol, tú sólo
 Sucumbes sin doblar la altiva frente!
 ¿Quién pudiera seguirte en tu carrera?
 Los cedros de los montes tienen vida
 Efímera no más; los montes mismos
 Por los siglos se ven al fin minados;
 Esas olas del mar bajan y suben;
 La luna suele verse oscurecida;
 Tus rayos nunca, oh sol, se ven cambiados.
 En tu curso brillante
 Te gozas sin cesar, y cuando al mundo
 Las tempestades oscurecen, cuando
 El trueno estalla, y en el mismo instante
 La centella va rápida abrasando
 Cual fulmínea serpiente,
 De entre las nubes sales rubicundo,
 Y con nuevos fulgores sonriente.
 Mas ¡ay! que en vano brillas
 Para el triste Ossian. El viejo bardo
 No puede contemplar tus maravillas:
 No ve tu luz espléndida, ya tiendas
 Tus dorados cabellos en las nubes

Que acuden á tu paso
Llegadas del Oriente, ya que extiendas
El débil resplandor desde la entrada,
De celajes velada,
Del Poniente, al partir hácia tu ocaso.
Mas tú quizá no tienes
Una sola estacion como este viejo,
Y tus años tendrán término acaso.
Puedo verte algun dia
Palidecer parando tu carrera,
Y á la próxima aurora, tu reflejo
Que es su luz y alegría,
Anhelando estaré con vana espera.
Regocíjate, oh sol, en la hermosura
De tu arrogante juventud ; Cuán triste
Y repulsiva la vejez ! Parece
La luz incierta que en la noche oscura
A su reina reviste,
Y se pierde á través de opaca nube
Por los vientos del Norte desgarrada,
Cuando á lo lejos hiere y disemina
Las mustias hojas; cuando en niebla densa
Se envuelve la colina;
Cuando el viajero con la faz helada,
Por las desiertas sendas se encamina.

CATHLAVA

CATHLAVA

Ronnan que ha dado el encargo á uno de sus amigos de que robe á Sulmina de casa de sus padres, le espera en vano durante toda la noche. Al despuntar el día, consulta á un viejo druida. Este le dice que aquélla ha sido sorprendida en su fuga y llevada por Lava, á quien su padre la habia prometido en matrimonio. Ronnan persigue al raptor, presenta la batalla á Lava, y le mata. Pero Sulmina que habia acudido, disfrazada de guerrero, á tomar parte en el combate, queda sobre el campo de la lucha mortalmente herida. Ronnan vuelve á su patria con el cuerpo de su amante. El poema está dirigido al hijo de Arar, que parece haber sido un joven bardo.

I

«Sentado, hijo de Arar, allí te veo
En la márgen tranquila y sosegada
De la corriente azul que tu vivienda
Con lento paso susurrante baña.
A tu lado reposa el arpa muda.
¿Por qué á los héroes de la edad lejana
No celebra tu acento? En torno tuyo

Y desde el seno de las nubes vagas,
Se inclinan hácia aquel triste paraje
Que á sus despojos dió tumba sagrada;
Mas ni otros ecos ni rumor escucho
Que el murmurio del río y de las ramas
Que los vientos doblegan. Tal silencio
¿Por qué el hijo de Arar constante guarda?
¿Ignoras por ventura que te cercan
Los hijos de la gloria más preclara?
—Orran (1), la gloria de los héroes nuestros
Tú conoces muy bien, y aquellas gratas
Memorias de los tiempos ya pasados,
Cual los rayos del sol llegan tu alma
A acariciar felices: toma luego
Tú mismo, lleno de tu ardor, el arpa,
Y el jóven bardo de tus dulces cantos
Los ecos oiga, porque así mañana
A su vez y en los siglos venideros,
Su luz, su gloria donde quier se esparzan.
Y de este modo, Orran, cuando colgado
Tu sonoro instrumento esté en tu sala
Silenciosa y desierta, como el eco
Del viento adormecido en la enramada
En los dulces crepúsculos de otoño,
Tu melodiosa voz que nos encanta,
Por la postrera vez se habrá escuchado,

(1) Desde la extinción de los bardos, casi todos los poemas gaélicos son atribuidos á Ossian, pero éste no parece ser sino una imitación de su estilo. El nombre de Orran, por otra parte, indica otro bardo como autor de este poema. Existe, no obstante, tal semejanza entre ambos nombres, que acaso pudiera ser también un error del original y referirse al mismo Ossian.

Y el nombre de los héroes, y su fama
No han de verse ya dados al olvido
En sus valles, sus selvas y montañas.
—¡Ay, sin duda ya en breve mis acentos
De oírse dejarán; pronto mi arpa
No dará más sonidos, mas la gloria
De los héroes jamás será olvidada.
Hijo de Arar, porque al futuro bardo
Las repitas, oírás sus alabanzas.»

II

El bravo Dumor, el jefe
De las lanzas, residía
En esos verdes collados
Que hollaba su dulce hija
Con ligero pié: era ésta
De hermosura peregrina.
De la mansion de sus padres
Era el encanto y delicia,
El arpa en que preludiaba
Sus bellos cantos Sulmina.
Lava en las lides sangrientas
De Dumor, su valentía
Demostrara, y fuéle entonces
Tal belleza prometida.
Pero á Ronnan dió su alma,
A Ronnan el que tenía
Renombre por sus cabellos
Hermosos, y simpatías
Por sus miradas tan dulces,
Y habitaba en las orillas
De Struthorman. A su oído
Llegó la infausta noticia
De la tristeza en que estaba

La hermosa jóven sumida,
Y encargóle á un fiel amigo
La llevase á sus colinas.
Sulmina con este huyóse,
De la noche protegida.
Hallólos Lava en los campos.
Fuertes nudos á una encina
Ataron al mensajero,
Y trasportada en seguida
La triste jóven se vió
A una nave. En su desdicha,
«¡Ronnan, exclamaba, acude
En mi socorro! ¡Auxilia,
Ronnan, á aquella á quien tienes
En tu alma y te es querida!»
Mas él no la oyó. ¡Infelice!
¡Infortunada Sulmina!
Sentado está junto al río,
Esperando tu venida.
—«¿Qué puede por tanto tiempo
Retenerte, amada mía?
¿Qué obstáculos te encadenan
Lejos de mí? ¿Cómo olvidas
Tu promesa?... Presto oído,
Pero no me traen las brisas
El dulce rumor siquiera
De tus pasos: nada agita
El ramaje y sólo viene
A mí la voz que suspira
Del céfiro en el vetusto
Arbol de Senar (1). Aviva

(1) Sean-ar, hombre de edad. Este hombre parece haber sido un druida que residía en su selva de robles.

El paso, y ven cual la cierva
Que va á encontrar fugitiva,
De su amor al compañero,
Junto al agua cristalina.
¿Por qué tan tarde franqueas
De Gormul los lindes?... Mira
Cuán larga es la noche triste
Sin tu presencia querida.
¿Por qué celestes viajeros,
Estais inmóviles? ¡Fijas
Sendas teneis donde en nada
Pensais, ó acaso os dominan
Cual á mí las inquietudes
De la espera apeteuida
Del objeto en que pusisteis
Vuestro amor? ¿Por qué te olvidas,
Claro sol, rey de los montes,
De aparecer á mi vista?
¿Por qué en tu oriental alcázar
Por tanto tiempo dormitas?
Mas ya lo sé; te encontraste
En tu camino á Sulmina;
Pero yo no la percibo
En los cielos en que brillas.
¡Ay, sí! resplandores bellos,
Os reunisteis en seguida
Rodeados por do quiera
De vuestras fúlgidas hijas,

La pretension de los druidas de poseer conocimientos sobrenaturales, y la multitud de pasajes de este género esparcidos en la antigua poesía gaélica, han dado origen á este don de profecía, conocido entre los mo'taíneses de Escocia con el nombre de *Second sight*.

Os reunísteis presurosos
En las nubes purpurinas,
Y allí la noche parece
Muy breve, mas ¡cuán distinta,
Cuán larga es aquí en la tierra,
Porque faltan á mi dicha
Los bellos y azules ojos
De mi adorada Sulmina.
Tus blondos cabellos salgan
En las horas matutinas,
Entre las nubes de Oriente
Doradas á tus sonrisas.
¡Oh sol, el camino alumbra
De mi amada, y tu la guía
A do acudir prometiera;
A la paz de mis colinas.»

III

Apareció la mañana:
El sol esplendió fulgente,
Mas no condujo á Ronnan
La que amaba de tal suerte.
Elevarse vió una nube
En los espacios celestes,
Y tomar la bella forma
De Sulmina de repente.

Quiso asirla con sus brazos,
Mas del viento el soplo fuerte
Llevóse al punto la falsa
Vision en sus alas leves.
Llenóse Ronnan de espanto:
De Senar, el viejo débil,
En busca corrió: encontróle
A la sombra de su albergue,

Un roble antiguo, en su báculo
Apoyado. Allí su frente
Dobla á la tierra, y al pecho
Su blanca barba descende:
Su mirada oscurecida,
En el suelo fija tiene.
Con los aéreos espíritus
Su alma se encuentra siempre,
Y con las sombras no más
Vive, y su trato mantiene.
«¿Qué ves? Ronnan le pregunta.
¿De Sulmina hablarme puedes?
—Mira, le dice el anciano,
Un jóven á quien retienen
A un árbol cien ligaduras;
Un bagel que la mar hiende.
Sulmina sus voces lanza
Sobre las olas; pues quiere
Que la socorran, y gime
Con tristes ayes su suerte.
—¡Cuán me afligen tus palabras!
Ronnan dice—¡Aun no comprendes,
Añade el viejo, lo mucho
De dolorosas que tienen!»

IV

Con torbo aspecto alejóse
El jefe: el escudo cóncavo
Golpeó su lanza: al punto
Alzáronse presurosos
Cien jóvenes que en el césped
Hallaban su lecho cómodo,
Con sobresalto extremado
Del cervatillo medroso

Que huyó en su espanto. De todas
Nuestras montañas muy pronto
Bajaron á la morada
De su caudillo. Allí todos
Pasamos la noche entera
En silencio, porque hondo
De Ronnan era el pesar.
El dulce acento sonoro
De arpa alguna llegó á oírse,
Ni circularon con gozo,
De las mesas del festín
Las copas, y ningún tronco.
Esparcí sus resplandores,
De Struthorman allí en torno.
Hasta la luz de otro día
Estuvimos de este modo,
Sin fuego, luz ni contento.
Con el alba, presurosos
A los mares nos lanzamos;
Las vírgenes en su lloro,
Desde las rocas con pena
Mostraban sus tristes rostros:
Nuestras velas fúgitivas,
Siguiendo fueron sus ojos.

V

Mas, tú, Dumor, ¿en qué piensas
En estos tristes momentos
En que tu hija, la hermosa,
La de los ojos de cielo,
La de los bucles rizados,
No aparece en tu desierto
Recinto? Tus cazadores
Juntándose en el momento

Que el matutino rocío
Desciende al rosal despierto,
Disponiéndose á seguir
En la floresta á los ciervos,
Parecidas á los rayos
Nacientes, cuyos reflejos
La oriental colina dora
Con vivos lampos de fuego.
Ligeros penetran todos
En el tranquilo aposento
De Sulmina, pero reina
En él el triste silencio.
—«Hija de Dumor. ¿aún duermes?
Despierta, y síguenos luego.
No es costumbre tuya el ser
La postrera en los senderos
Donde la res se desliza.
El sol ya luce de nuevo,
Y ya el cervatillo deja
El musgo que fué su lecho.
Hija de Dumor, recoge
Tu cabellera: debemos
Perseguir los habitantes
De los bosques.... ¿Mas qué es esto?
¿Dónde puede estar Sulmina?
¿No está aquí!..... Cual de los vientos
La voz airada, llegaron
A Dumor los tristes ecos
De sus suspiros: ¡Dumor,
Tu pesar fué grande, inmenso
Pero el tuyo fué Ronnan,
Más vivísimo y siniestro!

VI

La oscuridad se extendía
Del Océano en las sendas.
Parecíanse de Lava
Las costas, á umbrosas nieblas.
A su bahía arribamos
Cuando más las sombras eran.
¡Hijo de Arar, esta noche
Cuán fría, oscura y siniestra!
Ningun abrigo encontramos
Del extranjero en las tierras.
A través de aquellas gasas
Con que las nubes las cercan,
De vez en cuando veíamos
Las vacilantes estrellas,
Y observóse por alguno
Su color que en verdad era
De sangre: á fatal presagio
Se tomara, y con gran pena
Y pavor vimos inquietos
Una señal tan adversa.
Los perros daban aullidos
Espantosos con frecuencia,
Y mostrábanse las sombras
De nuestros padres, aéreas.
Desde sus nubes de franjas
Tenebrosas, con fijeza
Nos miraban y sus frases
Sin duda que tristes eran.
Sentado Ronnan se hallaba
En una negruzca piedra:
De Struthorman el escudo,
Sobre su misma cabeza

Suspenso estaba del tronco
De un árbol: de sus correas
Silbaba el viento á través.
Al lado suyo mi lengua
Cantó los gloriosos hechos
De las ya apartadas eras,
Y de su padre alentado
Las singulares proezas;
Cuando de Ullin en la costa
Con Commar luchó el que era
De tales colinas jefe,
Y de tanta audacia y fuerza.

VII

«Cesa en tus cantos, me dijo,
Hasta que el día me ponga
Ante Lava, pues se encuentra
De nuevo ardiendo mi cólera
Contra su raza y al nombre
De Ullin y su hueste toda.
Al regresar de arriesgada
Expedición, aun ahora
Lo recuerdo, fué su padre
A perseguir á la sombra
De nuestros bosques al ciervo,
Y previno que á la gloria
De los tiempos sucumbiese.
Era un niño; eran tan pocas
Mis fuerzas, que no podían
Alzar la lanza y la hoja
Blandir de una espada. Tuvo
Compasión de mi edad corta
Un guerrero, y libértome
De la vil lanza traidora,

De ese Lava. Suspendidas
 Están nuestras armas todas
 En sus salas, pues mi padre
 No vivió para en su honra,
 Recuperarlas. ¡Mas qué
 Sonidos débiles cortan
 Los aires desde esos campos?
 ¡No adviertes cómo aquí ahora
 Viejo guerrero se acerca?
 ¡Cómo su marcha es penosa!
 Sobre las manos de un niño,
 La suya ese anciano apoya
 Porque le guie; una lanza
 Es su báculo en la otra.
 El riachuelo le detiene
 Y vacila; el paso acorta
 Sobre el césped que está seco.
 ¡Quién eres tú que en las sombras
 De la noche, así los campos
 Recorres? ¡Por qué á estas horas
 Atraviesas de la yerba
 Marchita, la negra alfombra?
 ¡Has perdido las delicias
 De tu alma? ¡Te acongoja
 Algun pesar como á mí,
 Y por eso triste lloras?
 —¡Oh, no! porque sólo amo
 De mi padre el pátrio idioma,
 Y no el que escucho. Las armas
 De esos guerreros las propias
 Parecen ser de mi padre,
 Pero sus voces son todas
 De extranjeros.—¡Ves tú acaso
 Sus armas? ¡Ay, sin demora

Sálvate pronto, hijo mío,
 Pues son de Lava las tropas!
 Huye, y me maten si quieren:
 En este sitio en buen hora
 Halle la muerte. Aquí toco
 De mi buen padre la fosa.»
 Con terror inmenso el niño
 Dióse á huir, y en su congoja
 El anciano quedó trémulo
 Cual del gallo la hembra tosca
 Y silvestre, cuando llega
 El cazador y la acosa
 Con sus hijuelos, á quienes
 Obliga á huir previsora
 Porque oculten sus cabezas
 Bajo el musgo, en tanto arrostra
 El peligro hasta mirarlos
 Seguros, audaz y sola.
 —¡Paz al anciano! exclamó
 Ronnan, y tomó con pronta
 Mano la suya, y yo dije:
 ¡Paz al niño! sin demora
 Deteniéndole en mis brazos,
 Con actitud cariñosa.

VIII

—No somos de esos de Lava,
 Ni con su hueste venimos,
 Ni á los débiles dan muerte
 Nuestros aceros invictos.
 Más bien, el amparo prestan
 Nuestros escudos firmísimos.
 Reposa aquí, y de tu llanto
 Refiérenos el motivo.

—Aquí, pues, reposaré;
 En donde está de mi hijo
 La helada mansion. Yo vengo
 Con este infelice niño,
 Hijo de aquél, con mis lágrimas,
 Y las vierto en este sitio.
 Bajo esta pesada losa
 Taciturno estás dormido,
 Hijo amado. Tú en las lides
 El temible torbellino;
 Tu lengua está muda ahora;
 Tu brazo es débil; el brillo
 De tu belleza ha pasado
 Cual de la flor es marchito
 El tallo, y cual seco roble,
 Tu fuerza ya se ha extinguido.
 ¡En dónde, Amor, está
 Tu varonil, siempre vivo
 Ardimiento, hoy que descansas
 Bajo esta tierra tendido!
 No más un sol darle término
 A su carrea se ha visto,
 Desque, cual él, tú gozabas
 En tu fuerza y en tu brio,
 Y encantabas á los ojos
 De tu padre casi extintos.
 Como él hoy te presentas
 De espeso velo sombrío
 Cubierto, mas sus fulgores
 Serán de nuevo encendidos
 Y aun alzará en el Oriente
 Con el húmedo rocío
 Sus blondos bucles, y aun
 Será su júbilo el mismo.

¡Cuándo verás ese término
 A tan larga noche, oh hijo?
 ¡Cuándo el que duerme en la tumba
 Dejará tan mudo asilo?
 Mas tú elevarás tu frente
 En países muy distintos,
 Con los héroes cruzarás
 Campos de espléndido brillo.
 ¡Llorad, llorad, extranjeros!
 El que yace en este sitio
 Fué un valiente, y cual la vuestra
 Su alma con duelo íntimo
 Se estremecía al relato
 De todo infortunio impío.
 —Sí; tambien le lloraremos,
 Ronnan al anciano dijo.
 ¡De Lava á los rudos golpes
 Por ventura ha sucumbido?
 —Sí, porque siempre él fuera
 Del menesteroso amigo;
 Porque al serlo, de los suyos
 El noble ejemplo ha seguido.
 Lo que siempre á nuestra raza
 Distinguió, es que decididos
 En defensa de los débiles,
 Sin otra ayuda salimos.
 Nuestro escudo de batalla
 La roca de acero ha sido
 Ante el sér infortunado,
 Y su defensa y abrigo
 Nuestra lanza fué; aquel árbol
 Que daba sombra solícito
 Al extranjero ganoso
 De huir del sol del estío.

IX

«Cuando yo era audaz y fuerte,
Así prosiguió el anciano,
Como era ayer el que habita
En esta tumba, iba al lado
Del padre de Lava, el cual
Quiso hacer suyo el palacio
De Struthorman. En su contra
Levantéme entonces airado
Porque los héroes se hallaban
Ausentes, y allí sus pasos
Detener nadie osaría,
Ni resistir á sus ánimos.
En verdad un niño solo
Halló, cuyo débil brazo
A duras penas podía
Alzar el pequeño dardo
En vez de la lanza. Este,
Esgrimirla sin embargo,
Probó con la escasa fuerza
De su edad: en su contrario
Cayó su embotada punta;
Al pié de Commar: fué vano
Su afán de herirle. El sombrío
Y mudo jefe al muchacho
Tornó su mirada.— Un día
Este chicuelo tan bravo
Puede alzar contra nosotros
Arma que cause más daño.
En esta desierta isla
Dejémosle abandonado,
Y la luz de nueva aurora
Esperemos entre tanto.

De aquella isla, por último,
A ser los dueños llegamos,
Y con frecuencia la lanza
De Commar hizo el amago
De herir á aquel débil hijo
De Struthorman. Apenado
Me sentí por tal criatura
Que alientos mostró tan raros.
Me oyó suspirar, y vino
Ante mí. Quedó admirado
Del resplandor de mis armas:
Mis rodillas con sus manos
Pequeñuelas abrazó,
Y en mí su vista fijando,
Miré en sus ojos azules
Una lágrima.— Te amo,
Así exclamó, padre mío.
Sentíme á este afecto extraño,
Conmovido. El alma mía
Dentro de mí, á no dudarlo,
Era un río no en su cauce;
El torbellino era ráudo,
Que en el hueco de la roca
De Atha se ve encerrado
Cuando á la fiera tormenta
Su ramaje dobla el árbol.
Sobre su rubios cabellos
Vertí en silencio mi llanto,
Mientras que él en los pliegues
De mi vestido, callando,
Escondía su faz bella,
Sus blondos rizos dorados.
Como la cierva que sabe
Que el cazador no hizo alto

En su asilo, el verde lecho
 Donde oculta al hijo amado;
 Como el águila del éter
 Cuando piensa que en lo alto
 De su cumbre, de aquel vista
 Ha sido, y lleva volando
 A su hijuelo entre las sombras;
 Así conduje en mis brazos
 Al buen niño en la hora aquella
 En que el sol marcha á su ocaso.
 A su madre que lloraba,
 Las olas atravesando,
 Llévle como una nube
 Vuela al río solitario.
 Ella, pues, dióme esta lanza,
 Y á Ronnan llamó á su lado,
 Al hijo suyo, hasta el tiempo
 En que Lava, ya del campo
 De las guerras con Dumor,
 Regresara. Al desolado
 Corazon de la doncella
 Que amaba aquel hijo bravo,
 Dijo Lava, complacido
 A un anuncio tan infausto,
 Que le dejaba cubierto
 De heridas y agonizando
 En las márgenes de un río
 Del suelo de su contrario.
 Mi cariño hacía Ronnan
 Conocía mi hijo amado.
 — Quisiera que en esa lucha,
 Exclamó, también mi brazo
 Hubiese ido, y la lanza
 De Struthorman y allí alzado

Y al defender á su dueño,
 Hubiera infundido espanto.
 Lava le oyó, y en la fiesta
 Se vió mi hijo cercado
 De sus gentes. Lo demás
 Está esa tumba contando.
 Miradla, extranjeros, vedla;
 Cuando esteis de ella cercanos,
 Con una lágrima honradla,
 Y decid: aquí el descanso
 Encuentra Lamor. Bien presto
 Ronnan vendrá á acompañarlo;
 Mas si acaso conoceis,
 De Ronnan, el héroe bravo,
 A los amigos, llevadle
 Este niño, y sean su amparo,
 Y entregadles esta lanza
 Que reconozcan acaso.»
 Hondo suspiro exhalóse
 Del pecho del acatado
 De Struthorman como jefe,
 Y de aquel viejo en los brazos
 Ené á arrojarle. «¡En mí á Ronnan.
 A tu Ronnan has hallado!»
 Confundiéronse sus lágrimas,
 Y sobre aquel césped blando
 Que cubria de Lamor
 La tumba, se hincaron ambos,
 Y las lanzas de los héroes
 Se cayeron de las manos,
 Y todos su triste lloro
 Allí en silencio mezclaron.

X.

¿Mas qué rumor escuchóse,
Semejante á aquel murmurio
Del río, en aquel instante
Que va á estallar iracundo
El trueno en el alto espacio?
El enemigo es sañudo:
Seguido por esos montes
De sus guerreros innúmeros,
Nuestra llegada advirtió,
Y ya brillan sus escudos
A las luces sonrosadas,
Del sol fugaces preludios.
A Ronnan llegan los himnos
Del combate, y presto el júbilo
En su faz brilla de nuevo
Como una nube en que bruscos
Van juntándose los rayos
De la tormenta que súbito
Ha de oírse sobre el Dora
Con su fragor trenebundo.
A la manera que viene
El espíritu nocturno
Entre los vientos del cielo
A cruzar por los oscuros
Bosques de Arden cuando oyen
Los robles el silbo agudo
De su carrera á lo lejos,
Y con espanto profundo
Agitan ya su ramaje;
Así Ronnan fuerte y rudo,
Al frente de tantos héroes
Se lanza al combate brusco.

No menos valiente es Lava:
El ruido de los suyos
Parece el trueno que ruga
En las nubes cuando el luto
Cubre los campos de Lara.
Mil cascos brillan al punto;
Sus plumas el aire mece:
Bosque de fuego el agudo
Hierro de cien y cien lanzas,
Allí parece en conjunto.
¿Mas qué diré del furor
De la batalla? ¿Qué mucho,
Hijo de Arar, que tal fuera!
¿A dos peñascos negruzcos
Desde dos cerros opuestos
Viste rodar en confuso
Remolino para hallarse
En aquel valle que á uno
Del otro separa? Así
Baja la nube de humo
Que tras de ellos se alza
Y sigue sus pasos, juntos
En espantosa pelea
Riñen los héroes al punto.
Resuenan, pues, las espadas
Y resuenan los escudos;
Con sus cascos las cabezas
Caen en tierra al golpe rudo:
Con los ráudos fugitivos
Se mezclan los muertos mudos.
La sangre corre á torrentes;
De los héroes ya difuntos,
Los espíritus se muestran
En vagos vapores súbitos.

Míralos: ve cuál se adhieren
A los bordes inseguros
De cada nube, lo mismo
Que del águila al oscuro
Plumaje la seca planta,
Cuando deja el verde musgo
Del valle aquel de los ciervos,
Y su vuelo lleva el rumbo
De la cima nebulosa
De Morven, el nido suyo.

XI

¿Mas quiénes son esas águilas
Que luchan, y al rudo choque
Se mueven sobre ese campo,
Agitando ambas veloces
Esas alas resonantes
Y de vivos esplendores?
La presa que se disputan
No es el ciervo de los bosques
Ni la sangrienta cabeza
Del rudo gallo del monte:
Se cruzan de un lado á otro,
Y brotan esos fulgores
De la muerte en sus aceros
Que ni un instante deponen.
Hinca el uno la rodilla
En tierra, y su escudo enorme
Soporta el peso del jefe
Medio en tierra, cual al roble
Que el huracan dobló á medias
Sobre Dunora, el informe
Peñasco—«Ceda tu lanza,
Ronnan exclamó. Retorne

A mi poder mi Sulmina.
No presumas que me goce
De mi enemigo en la muerte,
Cuando en su contra se pone
La suerte y le tiende en tierra
Ante mí.—Que esté conforme,
Fuerza es, replica Lava:
Fuerza es que ceda, pues corre
Mi sangre á mares. El río
De mi vida que se agote
Es fuerza. Entregarte debo
A Sulmina. Allí se esconde
Tras de esa roca, la gruta
En que reposa. Allí pone
Su vista en la azul corriente
Donde se mece en su borde
La blanca rama de un álamo.
Sulmina dé á tus amores
El premio, mas que sus manos
Alcen mi tumba; así honre
Al infeliz que en su alma
Lleva impresa sus facciones.»
A estas palabras, cayó
Moribundo el triste. Entonces
Diéronse á huir sus soldados.
Ronnan quiso que á estos hombres
Perdonásemos, y luego
Subió á la roca disforme
Con rapidez, en demanda
De la oscura gruta en donde
Habitaba la que era
La flor de sus ilusiones.
Encontró el azul riachuelo,
La gruta.... ¡Tristes clamores

Los suyos, no respondidos!
Allí Sulmina, la pobre
Prisionera no se hallaba.
Los vientos aterradores
En el cóncavo recinto
Se introducían feroces.
Volaban las hojas secas,
Y sólo en la tierra el roce
De la planta de algún zorro
Solitario, allí advirtiése.

XII

«¿Dónde estás, Sulmina mía?
¿Por qué de Ronnan te ocultas?
Ven, Sulmina; deja al punto
Tu mansion triste y oscura.
Es Ronnan el que te llama;
Es tu amante el que te busca.»
Mas, tú, el hijo del dolor,
La llamas en vano. Muda
Está su voz: sólo el eco
De la roca á tus preguntas
Responde. En fin, en los campos
De la muerte, triste aulla
De Ronnan el dogo. Corre,
Y en él halla á su hermosura.
Lanzóse á dar á su amado
Ronnan en la lid su ayuda,
Mas la muerte vino á ella,
De aguda flecha en la punta.
Sobre su pecho ya inclina
Su frente tan blanca y pura;
Sus ojos su brillo apagan;
Se ven sus mejillas mustias.

Ronnan en sus brazos cae;
Aun más que la moribunda,
Pálido está, cual la yedra
Cuando el roble se derrumba
Que la sostuvo, arrastrándola
En su caída. Se nublan
Aquellos ojos tan bellos
De Sulmina, y ya la adusta
Sombra, en ella apacible,
De la muerte fiera y súbita
Los cierra; suspira y muere
Sintiendo inmensa ventura,
Porque á visto á su Ronnan,
Aunque ya por la vez última.
Largo tiempo nuestras frentes
Se inclinaron allí mudas
De dolor, y largo tiempo
Lloramos tal desventura
En rededor de Sulmina,
La flor tan en breve mustia.
Con pasos lentos llegóse
Al fin á nosotros Rumna,
Y nos dijo las palabras
De la vejez, la voz suya.

XIII

—«A los acentos de dolor acaso
cudirán los muertos? ¿Será fácil
ne á la voz de los vivos cese luego
sueño de sus párpados? ¡Ay, nadie
o alcanzará! Tranquilos continúan
a reposo en la huesa sin cuidarse
el eco de los vivos que los lloran.
as ellos á vosotros su viaje

A
q
el
L
S
d
m

A la tierra de paz, sólo anticipan.
 Pocos días no más es indudable
 Que deben trascurrir para que todos
 Nos hallemos con ellos en los aires.
 ¡No veis para Ronnan ya preparado,
 Aquel de nubes singular ropaje?
 No lejos de Ronnan, en tal camino,
 El triste viejo cruzará delante.
 Esos torrentes de dolor devastan
 Las riberas ó dan nuevo realce
 A sus encantos y hermosura. El árbol
 Que levanta lozano su ramaje,
 Ya está casi agobiado. Nuestras armas
 En acrecer su gloria no descansan,
 Y no perdamos en la amarga pena
 Nuestros días tan breves y fugaces.
 ¡Oh Ronnan, el dolor es la corriente
 Apacible no más: corre agradable
 Y con silencio, mas destruye al cabo
 La flor que adorna sus risueñas márgenes
 Su mística frente sobre el tallo inclina
 Ve sus hojas morir apenas nacen.

XIV

Levantóse Ronnan. Lleno se halla
 De mortal pesadumbre y de tristeza.
 A Rumna al hijo de Lamor, presente
 Del muro hizo de Lava: en su defensa
 Dejó á Fermor, y de la noche al mudo
 Y vigilante espía. Hacia estas tierras
 A Sulmina, cruzando el mar profundo
 De Ronnan en la nave más ligera
 Conducimos, y aquí le alzamos luego
 Con gran dolor su funeraria piedra.

¿quí también de su Ronnan descansan
 Los despojos; de aquel cuya braveza
 Cual no vióse, y cuya faz tan noble,
 Mejante en lo hermosa no tuviera.
 ¿Y breves sus amargos días
 En la colina que habitaba fueran.
 Su amada fué á unirse en corto espacio.
 ¿Y esta losa que se ve cubierta
 De seco musgo, se encerró su cuerpo.
 ¿Y posa al lado de Sulmina bella.
 Sobre entrambos sepulcros, solitario
 Inclinando está un sauce su cabeza.
 ¿Y la luz tenue y dulce de la luna,
 ¿Entarme aquí vengo con frecuencia:
 ¿Y débiles fantasmas apercibo
 ¿Y sus húmedos rayos, y mi diestra
 ¿Y ma el arpa, y su elogio en mis canciones
 ¿Y triste acento con placer eleva.
 ¿Y cómo felices aquellos que en las alas
 ¿Y los vientos, de aquí rándos se alejan!

A
 lo
 59
 se
 en
 A
 la
 de
 re
 so
 m
 a
 a
 m
 en
 el
 en
 de

LA MUERTE DE CUCHULLIN

Consígnase en el poema de Fingal que Artho, rey de Irlanda, habia dejado en la una al morir, á su hijo Cormac, y (que los jefes de las tribus, reunidos en el palacio de Temora, confiaron á Cuchullin la tutela del jóven príncipe.

Al tercer año del mando de Cuchullin, despues de la invasion de los Scandinavos, Torlath, hijo de Cantela, uno de los jefes de la colonia belga que habitaba el Mediodía de Irlanda, avanzó hácia Temora para poderarse de ella. Cuchullin marchó en seguida contra él, alcanzándole en las orillas del lago de Lego, donde puso su ejército en completa derrota. Torlath murió á manos de Cuchullin; pero este último, persiguiendo á los fugitivos con excesivo ardor, fué gravemente herido por una flecha, y murió dos dias despues, á la edad de veintisiete años.

En el poema de Temora se encuentra la continuacion de la historia de Cormac. Este canto, segun la opinion de Mac-Pherson, es solo un episodio de un gran poema de Ossian perdido en su mayor parte, sobre las últimas expediciones de Fingal.

I.

¡Es el viento irritado el que resuena
En el escudo de Fingal, ó acaso
Es la voz de una sombra que serena
Vaga en torno á mi albergue? Continúa
¡Oh voz dulce y al par conmovedora!
Tu grato acento de placer me llena,
Me entretiene y disipa
El horror de la noche abrumadora.
¡Eres, Bragela, la que vierte el llanto.
La hija de Sorglan? ¡Ay, que las naves
De Cuchullin, cuyo valor fué tanto
No se perciben desde el alto monte,
A merced de los vientos más suaves,
Aparecer allá en el horizonte!

II

BRAGELA

La blanca espuma de las verdes olas
Allí lejana advierto
En el peñasco aquel, cuando se alzan
Los vapores espesos,
De errante sombra en rededor: el aire
Flotar hace ligero
La túnica de esta. Por el llanto
Mis ojos casi ciegos,
Presumen distinguir la hermosa nave
De mi esposo, á lo lejos.
¡Y por qué tanto tardas, noble hijo
Del generoso Semo?
Cuatro veces he visto aquí el otoño
Perturbar el sosiego

la mar de Togorma (1), desde el día De
Que el belicoso estruendo re
gió en torno tuyo; desde entonces en
Bragela en el silencio C
tregada al dolor, suspira y gime de
De tu presencia lejos. re
olinas que os alzais en esa isla Y
De las Nieblas (2), los ecos la
nuestras grutas, cuándo á los aullidos se
De sus lebreles negros el
spondereis? ¡Mas ay, oscurecidas dol
Bajo la nube os veo, des
a triste Bragela en vano llama A p
A su esposo y su dueño.
Noche llega y la extensión inmensa
De ese mar, ¡ay cuán presto
Desvanece ante mi vista! Entonces
Distinguir nada puedo!
gallo entre los verdes matorrales,
Bajo el ala su cuello
la, y la cierva descuidada duerme
Ante el tímido ciervo.
Perturbaránse al renacer la aurora,
E irán con pié ligero
acer en el musgo del torrente;
Pero yo sola quedo:

Togorma era una de las Hebridas. Pertene-
Connal, amigo de Cuchullin. Este había parti-
ra esta isla algunos días antes que se supiese
emorna, la nueva de la sublevación de Torlath,
vientos contrarios, se retuvieron durante la
ra en que Cuchullin perdió la vida.
La isla de Tura de que Cuchullin era sobe-

Renacerá mi llanto con el día
Y con la noche luego
Mis suspiros. ¡Ay, cuándo á mi presente
De tus armas cubierto,
Volverás, oh de Tura valeroso
Caudillo, á quien espero?

III

OSSIAN

Tu voz es de Ossian el dulce encantado
Mas tu la hija de Sorglan, debieras
Retirarte á tu albergue junto al roble
Que allí encendido de esplendor lo llena
Y en silencio escuchar ese murmurio
De las olas que rándas atraviesan
Los valles de Dunscar (1). Que el sueño
(llego)

A tus azules ojos, y que venga
A mezclarse en tus sueños esa imagen
Del héroe en quien tu alma se concentra

IV

Cuchillin está sentado
Junto á las olas negruzcas
Del lago que el nombre lleva
De Lego, y la noche oscura
Le rodea: á sus soldados
Cien robles ardiendo alumbran;

(1) Dunscar ó Dunscaich, residencia ordinaria
Cuchillin, soberano de Tura.

Sobre la yerba tendidos,
Ven alzarse á las alturas
El humo que aquellos lanzan.
Y el vago vapor que ondula.
Preparada está la fiesta:
Carril con grata dulzura,
Al pié de un árbol avanza,
Y el ténue acorde preludia.
Su nevada cabellera
Que por las brisas nocturnas
Era agitada, esplendía
A aquella luz insegura
De las llamas, y su canto
Elevaba con profunda
Emoción á aquella isla
De Togorma, y la bravura
De Connal, su soberano,
Cuya amistad era suma
Con Cuchillin, jefe ilustre
Tan invencible en la lucha.
«¿Por qué, Connal, es tu ausencia
En el día que así zumba
La tempestad? Los caudillos
Contra Cormac hoy se juntan;
Aquellos dal Mediodía
Que descansar no acostumbran.
Retiene el viento tus naves,
Y en torno tuyo murmuran
Las azules ondas: sólo
No está Cormac porque empuña
Por él el acero el hijo
De Semo, que tanto asusta
Al extranjero en las lides
En que ardiente lo fulgura,

Semejante á esos vapores
Que los vientos acumulan
Y llevan de un lado á otro
Lentamente cuando inunda
El sol de rojos fulgores
La tierra, y cuando sus tumbas
Las muchedumbres encuentran
En el campo donde luchan.»

V

Así el buen bardo decía,
Cuando abatiendo su lanza
Despuntada, uno de aquellos
Enemigos se adelanta
Allí en medio. Es emisario
De Turlath, que en la comarca
De los que habitan los bordes
Del triste Lego, es quien manda.
Al frente Turlath venia
De una hueste bien armada
Y formidable, anheloso
De provocar la batalla
A Cormac. El tierno hijo
Del rey Artho en el alcázar
De Temora estaba entonces,
Y allí el uso de las armas
Aprendía: á usar el arco
De sus padres ya empezaba;
Ya á su diestra daba fuerza
El manejo de la lanza.
¡Desdichado adolescente,
Tu corazón no presagia
El destino que en el mundo
El porvenir te prepara!

Tras de tus pasos la muerte
Con alevos pasos anda.
Ante el bardo así enviado
Por Turlath, luego se alza
Cuchullin, y de los héroes
Con la fiesta le agasaja.
—«Sublime cantor de Lego,
Le dice, ¿cuál tu embajada
De Turlath? ¿Viene á sentarse
Este á mi mesa, ó te manda
Para anunciarme que quiere
Medir conmigo sus armas?
—Combatir quiere contigo,
Respondió el bardo. Mañana,
Cuando los rayos primeros
Del sol sobre el Lego esparza
Su luz, estará esperándote,
De Turlath la diestra armada,
En la llanura; ¿mas tú
Osarás ir á encontrarla?
Cual el rayo de la muerte
De Turlath brilla la lanza,
Si él la blande: ten por cierto
Que á su enemigo desarma.
La muerte sigue siniestra,
A los lampos de su espada.
—¡Yo temer su airado acero!
Ser valiente no es hazaña:
Valientes son otros muchos,
Y de serlo no se jactan.
En mí los combates hacen
Las delicias de mi alma.
Cantor de pasados tiempos,
Mensajero de amenazas.

Jamás este acero duerme
De Cuchullin en la estancia.
Al nacer el nuevo día,
Me tendrá donde le plazca.
Al hijo de Semo espere
En esa llanura, y basta!
Siéntate pues, en el musgo,
Oh, bardo, y tus cantos alza.
Los placeres de mi fiesta
Disfruta en paz y con calma,
Y oye á tu vez de los bardos
De Temora, la voz grata.
—No es el momento, replica
El bardo, de oír las plácidas
Canciones, cuando á la lucha
Los valientes se preparan.»

VI

¿Por qué estás hoy tan lúgubre y sombrío,
Oh monte de Slimora?
¿Y por qué ese silencio tan profundo
En tus selvas umbrosos?
Ni de una estrella el resplandor más leve
Tu cima temblorosa
Ilumina, ni el pálido reflejo
La luna melancólica
Esparce en tus declives escabrosos:
Te cercan en las sombras
Los cerros de la muerte, adonde acuden
En las oscuras horas,
Los lívidos fantasmas, los que vuelan
En torno de las rocas.
¿Por qué estás hoy tan lúgubre y sombrío,
Oh monte de Slimora?

¿Y por qué ese silencio tan profundo
En tus selvas umbrosas?»
Así cantaba el bardo al retirarse,
Y con voz congojosa,
Carril unió su acento con el suyo.
Su voz era sonora:
Su canto era el recuerdo de otros tiempos;
El que al alma trasporta
Con tristeza mezclada de alegría,
A épocas remotas.
Y de los bardos nuestros se cruzaban
Sobre el alto Slimora,
Dando sus voces á lejanos ecos,
Las espléndidas sombras.
Regocijaban al dormido valle
En las nocturnas horas.
Así cuando en mitad del claro día
Se sienta en verde alfombra
Ossian, en el valle resfrescado
Por los los vientos que soplan,
Para escuchar atento en esa calma
Que en la natura toda
Impera por completo, los zumbidos
De abeja laboriosa
Los céfiros le llevan; su murmurio
Que dulzura atesora;
Pero de vez en cuando el grato eco
Se aleja y luego torna.

VII

«Alzad, pues, dijo Cuchullin al punto
Á sus bardos, alzad el himno ardiente
Al ilustre Fingal; esas canciones
Que á él le place escuchar y que descienden

Del espacio y se mezclan en los sueños
Del heroico adalid; esas que vienen
De lejos, y al sonido de las arpas
De sus amigos únense, y á veces
Cuando la luz de su palacio alumbra,
De Selma las murallas débilmente.
O más bien entonad de Lara el himno,
Y de la madre de Calmar el héroe (1),
Las hondas penas al buscar en vano
Del collado en las áridas pendientes,
Al hijo de su amor, cuando su aljaba
Rota apercibe en su apartado albergue.
De esa rama, Carril, el férreo escudo
De Cairbar á mi vista antes suspende,
Y mi lanza coloca junto al mismo.
Mañana en cuanto brille en el Oriente
La luz primera, la señal ansiada
De lanzarse á la lid daré á mi hueste.»
Dijo: y al punto se apoyó sereno
En el escudo de su padre. Leves
Acordes se escucharon, y aquel himno
De Lara comenzó, y en todo el éter,
De cien bardos las arpas resonaron
Allá á lo lejos, con sonidos ténués.
Carril aproximóse á su caudillo,

(1) Calmar, hijo de Matha: su triste fin está referido muy extensamente en el canto tercero de *Fingol*. Era hijo único de Matha, y con su muerte se extinguió su familia. Hallábase su morada en las orillas del río Lara, en las inmediaciones del lago de Lego, y sin duda cerca del lugar donde estaba entonces Cuchullin. La vista de la mansión de Calmar le recuerda su muerte y el dolor de su madre.

Y así cantó del arpa con la débil
Vibración de sus cuerdas, que á su acento
Prestaban eco lúgubre y doliente.

VIII.

CARRIL.

«Oh digna madre de Calmar, Alcleta,
¡Por qué tan incesante
Así tu vista en el desierto tienes?
¡Qué mucho, si eres madre,
Y aquí el regreso de tu hijo aguardas!
Pero no sus triunfantes
Guerreros son los que en los montes miras,
Que son lejanos árboles.
No es la voz de Calmar la que tú escuchas,
Alcleta; es de los aires
El ruido que cunde en la montaña,
Viniedo de los mares.

ALCLETA

¡Quién de Lora el torrente así atraviesa?
A Alcleta no le es fácil
Distinguir si es la lanza de su hijo.
¡Ay! los años fatales,
Del ilustre Calmar, oh dulce hermana,
Mis ojos claros antes
Debilitan: así querida Alona,
En esos matorrales
Tu vista fija, y dime, ¿es el que miro
Volver á estos lugares
Aquel hijo de Matha?

ALONA

No, no es ese;
Te engañan tus afanes.
Lo que ves, es un roble añoso y seco.
Respondióle enjugándose
Sus lágrimas Alona, hermosa jóven.
Alcleta, no te engañes:
Es un roble inclinado hácia el torrente
Del Lara allí en la márgen.
¡Mas quién aquel que en la llanura avanza?
¡Cuán veloz paso trae!
Será presagio de infelice nueva,
De algun terrible trance.
La lanza de Calmar miro en su mano.
¡Qué horrible angustia, madre!
¡Es la suya, y de sangre está cubierta!
¡Ay, mírala, de sangre!.....

ALCLETA

¡De sangre!..... Sí; será del enemigo.
No vuelve del combate
Jamás el arco ni la fuerte lanza
De mi hijo indomable,
Sin traer de su intrépido denuedo
Tan gloriosas señales.
Sus contrarios habrán desaparecido
Al verle, en el instante,
Como la yerba seca se consume
Al fuego que audaz arde.
Jóven (1), al hijo de la anciana Alcleta,

(1) Se dirige á Larnir, amigo de Calmar, que lleva la nueva de su muerte.

Dime ¿adónde dejaste?
¡Al son de sus escudos victoriosos
Regresa ya triunfante!
Triste pareces, y silencio guardas.
¡Ay, Calmar muerto yace!
¡Calla guerrero, y cual murió no digas!
¡Ay, no me lo relates!
Cómo la vida se extinguió en sus labios,
¡Pudiera yo escucharte!

CARRIL

Oh digna madre de Calmar, Alcleta,
¡Por qué tan incesante,
Así la vista en el desierto tienes?
¡Qué mucho, si eres madre!

IX

Carril cantó de este modo.
Cuchillin luego acostóse
Sobre su escudo; los bardos
Sobre sus arpas entonces
Reposaron, y los ojos
De los guerreros la noche
Cerró con dulzura al sueño
Que despótico se impone.
El hijo de Semo en tanto
Vela allí, porque le absorben
El ánimo los aprestos
Para el terrífico choque.
A extinguirse ya comienza
La luz de encendidos robles,
Y sólo do quier arrojan
Sus rojizos resplandores.
Una voz débil murmura

A su oído téñues voces,
Y la sombra de Calmar
Se le aparece aun informe,
Sobre un rayo del crepúsculo
Que el negro espacio recorre.
Ancha herida en su costado
Muestra el bravo, y los sudores
De la muerte sus cabellos
Bañan, y así sus facciones
Velan á medias: Terrífico,
Siniestro gozo que impone,
Sus huecos ojos anima.
El fantasma, cuyo porte
Es tan extraño, á seguirle
Invita al lugar en donde
Tiene su tumba, al heróico
Cuchullin.»—«¡ Oh, de la noche
El hijo, el jefe de Erin
Dice alzándose, responde,
Sombra de Calmar, ¿ por qué
Tu negra mirada pones
Sobre mí? ¿ Piensas que tiemble
quien el miedo no conoce,
Hijo de Matha, al presagio
Fatal, ni que así me estorbes
Combatir por los derechos
De Cormac, el digno jóven?
Recuerda no fué tu brazo
En la lid débil ni torpe,
Y tu voz no fué por cierto
De paz mediadora entonces.
¿ Por qué, pues, vienes tú ahora,
Jefe de Lara, á estos montes
A aconsejarme que incurra

En accion que me deshonne?
Nunca, Calmar, huyo al riesgo,
Ni un vano fantasma pone
Espanto á mi alma. ¡ Espiritu
De la muerte, desconoces
El porvenir, y tu brazo
Sin fuerza, nada supone.
En los vientos del desierto,
Tu mansion, el éter, corre.
En los peligros mi alma
Se engrandece, y los rumores
De la guerra me dan júbilo.
¡ Fantasma, vete! No tomes
De Calmar esa apariencia;
No eres su sombra: sus goces
Eran las lides; su lanza
En las bélicas acciones,
Semejábase al relámpago
Que ciega con sus fulgores.»

X

En el espacio de súbito
Desvaneciósse la sombra,
Y en él ya resplandecía
La téñue luz de la aurora.
El escudo de Cairbar
Al punto á la hueste toda
Hizo resonar el eco
De la guerra sanguinosa.
Los hijos de Ullin se juntan,
Y las armas ya se chocan,
Llenan de espanto lo orilla
Del Lego. Torlath asoma
En ella—«¡ Por qué, así dice

De

Ru

En

¡ C

De

Re

Y

La

Se

El

Dol

Des

Á p

(1)

cia a

do ps

en T

y los

guer

(2)

ranc

A Cuchullin, de esa tropa
 Vienes seguido á mis tierras?
 Sé la fuerza poderosa
 De tu brazo; tu denuedo
 Es llama devoradora
 Que extinguir ninguno puede.
 ¿Por qué no quieres, ahora,
 Cuerpo á cuerpo entrar en lucha
 Con el que aquí te provoca,
 En tanto que nuestras gentes
 En torno nuestro, se gozan
 En contar de los escudos
 Los choques que se redoblan,
 Y los rápidos fulgores
 De las espadas briosas?
 Ven á mostrar á los héroes,
 Que tal combate ambicionan,
 Mi valor á toda prueba,
 Y tu sensible derrota.
 Nuestra lucha, pues, observen
 Cual los marinos que notan,
 Huyendo, con mudo espanto,
 Las olas que se amontonan,
 Rompiéndose en el escollo,
 Mugientes y aterradoras.
 —Tu presencia, dice el hijo
 De Semo, con ruda cólera,
 Hace arder al alma mia.
 ¿Tu brazo es fuerte? ¿En buen hora!
 Pero tú, Torlath, del mio
 Sentirás la furia toda.
 Idos, guerreros de Ullin,
 A las sendas del Slimora,
 Y mirad de Erin al jefe

En el día de su gloria.
 Carril, si sucumbo, parte
 Y dí á Connal sin demora,
 Que he maldecido los vientos
 Que le tienen en Togorma.
 Al que á mi lado vi siempre
 Con su fuerte espada pronta
 A ser sin tregua participe
 De mi existencia azarosa,
 En los riesgos y venturas,
 En las lides y victorias;
 Dí que eleve ante Cormac
 El jóven, su acero, y corra
 En el día del peligro,
 A hacer que en breve se oigan
 Sus consejos por los bravos
 Que residen en Temora!.....»

XI

Cuchillin se lanza al punto
 A la contienda sañuda;
 La tierra gime sintiendo
 El peso de su armadura.
 Aquel tremebundo espíritu
 De Loda (1), ardiendo en su furia,
 Creyérase ver llegando
 De las aéreas alturas
 Con su escolta de centellas,
 Esparciendo aquellas bruscas

(1) Loda era el lugar consagrado al culto de alguna divinidad. Por el espíritu de Loda entien de el bardo, acaso á Odin, que era el dios de los pueblos del Norte.

Miradas que dan la muerte,
Abriendo las sepulturas;
Sobre la nube que encima
Se cierne, inmensa y pardusca,
De los mares de Loclin,
Y alzando en su mano, aguda
Aquella lanza de fuego,
Y sacudiendo su ruda
Cabellera en los espacios
Que á su raudo vuelo alumbra.
De tal modo en ese día,
Que su nombre digno ilustra,
Cuchullin avanza. En breve
Torlath sucumbe en la lucha.
Los héroes de Lego lloran
Su fin y con él se juntan.
Mil espadas á la vez
En el aire allí fulguran,
Y mil flechas sibilantes
Por el espacio allí cruzan.
Mas Cuchullin es la roca
Que á batir en vano impulsan
A las olas impotentes,
Los vientos que airados zumban.
Bajo sus golpes no es mucho
Que á encontrar la muerte acudan
Cien guerreros, y no asombra
Que su espada allí produzca
Un mar de sangre. Los hijos
De Ullin á prestar su ayuda
Van en torno de su jefe
Con rapidez é iracundia.
De las riberas del Lego,
Los cadáveres inundan

El fango en sangre que humea...
El jefe de Erin triunfa.

XII

El jefe de Erin la gloria
Del combate al fin consigue;
Pero en su rostro se extiende
La palidez, y se extingue
La animacion que da el júbilo.
Su apagada vista dice
Por qué el sombrío silencio,
Que ya en sus labios se imprime,
El desnudo acero entonces
Vacila en su diestra firme,
Y su lanza á cada paso
Que da, no es mucho se inclina.
— «Carril, así exclama el héroe
Con acento imperceptible:
Las fuerzas, ay ya me faltan;
Mis ojos van á dormirse
En el pasado, y la aurora
Que de luz rosada tiñe
El cielo azul, para mí
No espero que más ya brille.
En Temora mis amigos
Me buscarán, é imposible
Les será encontrarme: nunca
Se encuentra á los que no existen.
Cormac, cubierto de lágrimas,
En su palacio, á decirse
Llegará: ¿dónde está el jefe
De Tura, su jefe insigne?
Amigo, con gloria muero:
Mi nombre ha de repetirse

En los himnos de los bardos;
Y el jóven dirá:— ¡Invencible
Ha sido! ¡Morir pudiera
Cual Cuchullin! ¡Cuán felice!
Sin cesar inmensa gloria
Le cercará inmarcesible,
Cual la túnica á que el oro
Brillante recama y ciñe,
Y tan grande como el mundo
Será su renombre insigne!.....»
Carril arranca la flecha
Que en mi costado veo hundirse,
Y á la sombra de ese árbol
Colócame: acerca el firme
Broquel de Cairbar, y logre
Verme, del mundo, ya alirme,
Rodeado de las armas
De mis padres invencibles.»
Carril exclama así viéndole:
«¡Hijo de Semo!» ¡No existe!
No es mucho que el negro luto
En Tura sólo domine.
El hondo dolor, el llanto,
En Dunscar sólo residen.
Tu esposa en la edad risueña
De la vida, queda triste
Y sola ya con su hijo (1).
Conloch, de su clara estirpe

(1) Conloch, célebre despues por sus hechos heroicos. Su desira en lanzar el venablo, llegó á ser un proverbio en el norte de Irlanda: y para designar un tirador hábil, se decia que su mano era tan certera como la de Conloch.

La esperanza, irá á su madre
A preguntar qué le aflige,
Y al levantar á la bóveda
De su palacio apacible
Sus ojos, verá las armas
De su padre. ¿Por qué existe
Aquí esa espada? su labio
Con sonrisas infantiles
Exclamará, y de su madre
Rasgará el alma infelice.»

XIII

¿Mas quién el héroe que hácia aquí camina
Veloz y ardiente cual corcel de guerra?
A su amigo sus ojos van buscando.
¿Adónde el hijo de Colgar se viera
Cuando el fuerte adalia ha sucumbido?
¿A tu nave aun los vientos con rudeza
En los mares retienen de Togorma?
¿Los bravos han caído en la pelea,
Y no estabas tú allí. Que nadie lleve
Veloz, noticia tan infausta á Selma.
A Fingal sumirá y á sus guerreros,
En llanto de dolor y honda tristeza.
De las ondas de Lego no distantes
La tumba ya de Cuchullin se eleva.
Luath (1) su dogo fiel, su compañero

(1) Era costumbre en otro tiempo, enterrar cerca del muerto el dogo que le fué mas querido: esta costumbre no era sólo de los antiguos escoceses, y muchas naciones la han practicado en sus tiempos heroicos.

Los historiadores colocan la muerte de Cuchullin en el primer siglo. Keating y O'flahert

De caza, allí tambien duerme muy cerca,
 Junto al cadáver de su dueño amado:
 Con triste aullido sucumbió á su pena.
 «¡La paz tenga tu alma, hijo de Semo (1)!»
 Invicto fuiste en la implacable guerra.
 El terror iba siempre acompañándote,
 Y la muerte iba en pos de tu bandera.
 ¡Ilustre jefe de Dunscair, valiente,
 A tu alma la paz, la paz eterna!
 No sucumbiste del laurel cifiendo
 A tu enemigo en la fatal contienda,
 Ni en tu sangre la lanza de un contrario
 Se pudo enrojecer: hendió una flecha
 Los aires, y esclava de la muerte,
 Esa punta acerada al fin te hiciera,
 Pero la débil mano que lanzara
 El arma que te ha herido tan funesta
 De nadie fué en el campo apercibida:
 Cobarde pudo ser, aunque certera.
 ¡Paz á tu sombra, soberano insigne
 Que imperaste en la isla de las Nieblas!
 En Temora los héroes son dispersos:
 En su alcázar Cormac solo se encuentra:
 Este jóven monarca llora y gime
 Porque aun aguarda, Cuchullin, tu vuelta,
 Y no escucha el sonido de tu escudo,
 Y sus contrarios por doquier le cercan.

han tratado de este héroe, conforme la tradición de los montañeses y aquella á que se ha sujetado Ossian.

(1) Los bardos cantan sobre la tumba de Cuchullin Cidaestrofa termina con un título notable del héroe. Esta costumbre se observaba en todas las ceremonias fúnebres.

¡De los brazos de Erin fuerte caudillo,
 Goza dulce reposo en tu caverna!
 Ya Bragela no aguarda tu regreso:
 Sumida en el dolor, ya no te espera.
 Las espumantes olas ya no toma
 De tus bageles por las blancas velas,
 Y los gritos que lancen tus remeros
 No acude ya á espíar en la ribera.
 De su perdido esposo, en su palacio
 Su espada y su broquel fija contempla.
 ¡Cuántas lágrimas vierte! Sin consuelo
 Está la hija de Sorglan; á ella,
 El que llevó su alma, es imposible
 Que ya con vida por los mares vuelva.
 ¡Rey de las cimas que levanta Cromla
 En su vasta extension, rudas y negras,
 Tranquilo duerme, y que feliz tu alma
 Entre las sombras de los muertos sea!»

INDICE

	Páginas
Cruthloda.	1
Dargo, hijo de Druivel.	37
Colmul, hijo de Dargo.	67
Carthon.	104
Cathlava.	139
La muerte de Cuchullin.	169

ERRATAS

Pág.	Lín.	Dice.	Léase.
24	4	nuncaron	nunca
93	30	ver los deja	ver las deja
103	28	estruendos	estruendosos
124	10	miden	rinden
124	33	combatir con los herederos	combatir los herederos.

Biblioteca de
RUSSELL P. SEBOLD

TOMOS	TOMOS
Alfredo de Musset.—Las noches.—Poemas. 76 y 136	Obras escogidas del Pa- dre Feljoo. 113
Poesias asiáticas. 77	Plauto y su teatro. 116
Shakespeare. 78-82-112	Miscelánea de Autores españoles. 117
El Lazarillo de Tormes Leyendas y tradicio- nes. 83	Poesias sueltas de don Manuel Quintana. 118
Poemas gaélicos. 84-85-90	D. Miguel de los San- tos Alvarez.—Tenta- tivas literarias. 119-120-122
Lamartine. 86	G. Belmonte Muller. 121
Séneca.—Tragedias. 87	El abate Prévost.—Ma- non Lescaut. 123
Dickens. 89	Erckmann Chatrian.— La señora Teresa. 124
Antología griega. 92	Julia de Asensi.—No- velas cortas. 125
Rousseau. 93	Goya. 126
La Musa Helénica. 95	Edgar Quinet.—Ahas- vérus. 127 y 128
El Diablo Cojuelo. 96	Gutiérrez de Alba.— Poemas y leyendas 129-130
Cantares populares. 97	Cuentos de Perrault. 131
Poesias ascéticas y re- ligiosas. 98	Biografía de Colón. 132
Terencio.—Comedias. 99	Cervantes.—Entreme- ses. 134
Quintana —D. Alvaro de Luna. 100	Camposamor.—El Dra- ma Universal. 135
Augusto Barbier. 101	Sánchez Pérez.—Ac- tualidades de antaño. 137
Pedro M.ª Barrera. 102	Viajes de Gulliver a di- versos países remotos 139-140
El día de fiesta por la mañana y por la tarde	Aventuras de Robinson Crusoe. 141-142
Maria de Zayas y So- tomayor.—Novelas. 104	Duque de Rivas.—El Moro Expósito. 143-144
Tirso de Molina.—El Burlador de Sevilla y Convidado de Piedra	Tirso de Molina.—El Vergonzoso en Pala- cio. 145
Dlantay —Drama en verso quechúa. 105	Voltaire.—Cándido ó el optimismo. 146
Diderot.—La religiosa. No es un cuento. 106	Juan de Timoneda.— El Patrañuelo. 147
Sófocles.—Filotectes (tragedia).—Juvenal (sátiras). 108	
Poethe.—Fausto. 109 y 110	
Modelos de literatura china. 111	
Edgardo Poé. 118	
Virtud al uso y mística y la moda. 114	